

TRÁS LA VENTANA



MARIA LAS HERAS

TRÁS LA VENTANA



MARIA LAS HERAS

TRAS LA VENTANA

MARIA LAS HERAS



Desde la ventana se veía un gran patio, recordaba al de la película de Hitchcock: “La ventana indiscreta”. Espiaban a vecinos y transeúntes e imaginaban sus vidas...Aquella ventana sería el comienzo de una historia llena de pasión que cambiaría su vida para siempre.

© Tras la ventana; María Las Heras, [2020]

Todos los derechos reservados

Prohibida la reproducción total o parcial y/o la difusión por ningún medio ni físico ni digital o cualquier tipo de servicio de préstamo o similares sin la autorización expresa del autor

Índice

[Saltando barreras](#)
[La llamada](#)
[Amores cobardes](#)
[La rosa roja](#)
[Calladita estás más guapa](#)
[Sabios consejos](#)
[La Continental](#)
[Mi casa es tu casa](#)
[Cada una por su lado](#)
[La mala vida](#)
[Impasse](#)
[Cuatro amigas](#)
[Demasiado cerca](#)
[Ibiza](#)
[Callejón sin salida](#)
[Escondidas](#)
[Quédate](#)
[El acuerdo](#)
[La decisión](#)
[Volar](#)
[Colombia](#)
[La entrega](#)
[El miedo](#)
[Salvoconducto](#)
[Cambados](#)
[El paño rojo](#)
[El pacto](#)
[El lugarteniente](#)
[Las secuelas](#)
[La memoria](#)
[La coartada](#)
[Sueños rotos](#)
[La citación](#)
[La declaración](#)
[El regreso](#)
[El embajador](#)
[La fiesta](#)
[La red](#)
[El hada madrina](#)
[Frutas de Aragón](#)
[París](#)
[El correo](#)
[Amor para olvidar](#)
[Uno menos](#)
[La costa azul](#)
[Plantarse](#)
[El retorno](#)
[Escapar de la prisión](#)

Saltando barreras

Cada tarde después de salir de la facultad, iba a ver a Margarita. Era una mujer de sesenta años que había vivido todos los cambios importantes por los que había pasado este país. Le gustaba que la llamara Marga y de tú, aunque a mí se me hacía muy difícil y tenía que corregirme constantemente. Marga sufría una enfermedad degenerativa que le dificultaba mucho el movimiento. Yo le hacía compañía, la sentaba frente a la ventana. A veces hablábamos y otras me pedía que le leyera un rato. Siempre me decía que mi voz le daba vida a las historias, que las rejuvenecía y la hacía volar a su juventud.

Desde su ventana se veía un gran patio, recordaba al de la película de Hitchcock: “La ventana indiscreta”. Una de nuestras diversiones era espiar a vecinos y transeúntes e imaginarnos sus vidas. Les poníamos nombres e inventábamos los diálogos, que por la distancia nos era imposible escuchar. Marga era muy cómica, casi siempre me hacía reír. A veces inventábamos nuevas historias y otras continuábamos la de los días anteriores, como si fueran capítulos de un culebrón.

El patio daba a varios portales y el ir y venir de vecinos conseguía que nunca nos aburriésemos.

A menudo me preguntaba si seríamos las únicas que jugábamos a eso, o si habría alguien oculto tras una cortina que también inventaba historias sobre nosotras.

No siempre mirábamos por la ventana, algunas veces también hablábamos de mí. Yo le contaba todos mis anhelos y mis miedos y ella me daba su opinión. Era una sabia consejera.

Aquella tarde subí acalorada, acababa de cruzarme con su vecina del quinto, aquella chica me ponía nerviosa. Ni siquiera sabía su nombre, pero era incapaz de cruzar con ella dos palabras sin tartamudear.

Marga sonrió al verme entrar.

– Buenas tardes Marga, ¿cómo te encuentras hoy? –le dije acercándome a ella y dándole un beso en la mejilla.

– Un día más en el paraíso –me contestó sonriente, le encantaba citar frases de películas.

Dejé mis cosas y la ayudé a salir de la cama y sentarse en la silla de ruedas.

– Hoy me podrías dar un baño –me pidió cogiéndome cariñosamente por el brazo.

Realmente aquello no entraba en el acuerdo al que habíamos llegado, pero hacía ya mucho tiempo que nos conocíamos y a mí no me importaba en absoluto hacerlo.

– Claro, voy a prepararte el agua –afirmé devolviéndole la sonrisa.

Marga tenía toda la casa adaptada. Sus padres le habían dejado una jugosa herencia. Mientras estuvo bien, se dedicó a viajar por el mundo y cuando la enfermedad le impidió hacerlo, modificó su casa para estar lo más cómoda posible.

Por la mañana venía una enfermera que le hacía las curas y Petra, la mujer que le limpiaba la casa y le preparaba la comida, que se quedaba hasta las cuatro. Marga estaba un par de horas sola hasta que llegaba yo. Por la noche venía Andrea, la acostaba y se quedaba a dormir con ella, yo siempre sospeché que en algún momento fueron amantes, la manera en que la trataba era tremendamente delicada. Los fines de semana los solía hacer Andrea, uno de cada cuatro la sustituía Petra, y si alguna vez ellas no podían me quedaba yo.

Empecé yendo un par de tardes en semana y a los seis meses, Marga me propuso ir de lunes a

viernes.

Con el sueldo que me pagaba me financiaba los estudios y el alojamiento y vivía razonablemente bien. Su compañía era muy agradable y casi siempre aprendía algo nuevo, así que no me costaba ningún esfuerzo pasar las tardes con ella.

La metí con cuidado en la bañera. Le encantaba disfrutar de un buen baño, decía que era como quitarse cincuenta kilos de encima.

– ¿Te has vuelto a cruzar con la “vecinita”? –me preguntó con sonrisa pícaro.

– Sí –contesté mientras me ponía colorada sin poder evitarlo.

– A ver cuando te decides a preguntarle su nombre –me dijo agarrándome de la mano.

Yo era bastante tímida y a pesar de que nos habíamos cruzado muchísimas veces, apenas reunía valor para saludarla o hacer algún fútil comentario sobre el tiempo. A estas alturas debía pensar de mí que era una sosa, así que cada vez se me hacía más difícil.

Saqué con cuidado a Marga de la bañera y la sequé, cuando estuvo lista la llevé a la ventana. Acababa de entrar la primavera y en el patio habían florecido las rosáceas. Era una imagen alegre y relajante.

De pronto sonó el timbre, me extrañó, a esa hora no solía tener visitas.

– Abre y dile que pase –me pidió Marga.

Abrí la puerta esperando que tras ella estuviera Jean Pierre o algún otro de sus amigos, pero quien estaba allí era la niña de mis ojos.

Me saludó y me dio dos besos, me resultó tan raro que me quedé parada, como un palo, mientras ella me besaba.

Entramos las dos en el salón donde estaba Marga y ella la abrazó afectuosamente, como si fueran viejas conocidas.

Miré a Marga y me guiñó el ojo. Hace tiempo que había preparado el encuentro, pero no me dijo nada para que no me invadieran los nervios.

– Mira Raquel, ella es Elin –me dijo sonriente.

– ¿Elin? –pregunté extrañada.

– Mi abuela era sueca. Cuando nació y vieron lo rubia que era, fue ella misma la que lo eligió –contestó con una sonrisa que terminó de fulminarme.

Aquella tarde apenas hablé. Elin y Marga sostenían una animada conversación sobre los múltiples viajes que una y otra habían realizado. Yo sólo había salido de España en un par de ocasiones, así que mi aportación fue insignificante.

Cerca de las ocho menos cuarto, Elin anunció que tenía que marcharse. La acompañé a la puerta y un poco antes de que se fuera, saqué fuerzas de flaqueza y le hablé:

– ¿Te gustaría tomar una cerveza conmigo algún día esta semana? –

Me miró sonriente y cogiéndome con delicadeza la cara me dio un beso en la mejilla mientras me susurraba: “pídele mi teléfono a Marga”, y salió, consciente de que yo la seguía con la mirada, hasta que ya era demasiado descarado hacerlo. Entonces entré cerrando la puerta tras de mí.

Volví al salón y le conté a Marga lo que había pasado, ella me señaló su agenda para que cogiera el teléfono de Elin.

– ¿Crees que le gusto? Porque a mi me vuelve loca –le dije con una naturalidad nada habitual en mí.

– Creo que haríais una pareja preciosa –contestó con mirada maternal.

La llamada

Corría el año 1990. Los móviles no habían llegado a España, salvo para unos pocos ejecutivos, así que la posibilidad de hablar con Elin dependía de que estuviese en su casa. Si me lo pensaba mucho, pasaría la semana sin contactar con ella.

Cuando llegué aquella noche a mi apartamento, después de darme una merecida ducha, cogí el papel en el que había apuntado su teléfono y me senté dispuesta a llamarla. Descolgué y marqué el número. Justo en el momento que su voz sonó al otro lado, Marta mi compañera de piso entró y me pilló con el auricular en la oreja. Colgué rápidamente haciendo ver que ya había terminado de hablar.

Saludé a Marta, como si no pasara nada y en ese instante sonó el teléfono. Marta estaba al lado y lo cogió. Yo me fui al salón y la oí hablar: “¿Dígame?.. No, ha debido ser Raquel, yo acabo de llegar. Sí, un momento”

Entró en la cocina, donde yo había empezado a preparar la cena.

– Raquel, ¿has llamado tu a una tal Elin? –me dijo señalando al recibidor.

– Si, no se oía bien y he colgado –contesté disimulando lo más que pude.

Cogí el teléfono.

– Hola –

– Estaba segura de que eras tú –contestó.

Me di cuenta de que poner cualquier excusa era peor que no decir nada. Desde que Telefónica había activado los servicios de rellamada, último número marcado, buzón de voz, etcétera, los tímidos estábamos perdidos.

– Te llamaba para ver si podías tomarte algo mañana –le dije cruzando los dedos.

– Vaya, ¡sí que eres rápida! –contestó riéndose.

Me quedé cortada, así que ella siguió hablando:

– Venga vale, si quieres mañana te paso a buscar por casa de Marga –

Nos despedimos y colgué. No pude evitar cerrar los puños y levantarlos como signo de victoria. Andaba yo con mi euforia contenida y no me di cuenta de que Marta, estaba delante de mí y me miraba con cara de asombro.

– ¡Cualquiera diría que te ha tocado la quiniela! –me dijo con sonrisa socarrona.

No le hice caso y me fui a la cocina a seguir preparando la cena. Marta se ponía muy pesada en cuanto me interesaba alguien. No tenía intención de darle ni un solo dato de ella, pero una cosa es lo que yo quisiera y otra lo que consiguiera. Durante la cena no paró de preguntarme, hasta que me sacó todo lo que yo sabía de Elin, que por otra parte no era demasiado.

Marta y yo éramos amigas desde el colegio, las dos estudiábamos Ingeniería Industrial y me pareció una gran idea compartir piso con ella. Pero desde que empecé a trabajar para Marga me planteé muchas veces coger un apartamento para mí sola y así ganar en intimidad.

Por otra parte, gracias a ella tenía muchos más amigos. Era muy simpática y siempre estaba hablando con todo el mundo. Era la antítesis de mí.

Me acosté pronto, al día siguiente tenía clase a primera hora y además me apetecía quedarme sola un rato y disfrutar de mi éxito, sin que Marta me hiciera más preguntas.

Amores cobardes

Después de clase pasé por casa para darme una ducha y cambiarme. Quería causarle una buena impresión en la primera cita. Me probé todo lo que había en el armario hasta que conseguí la imagen deseada.

Cuando llegué a casa de Marga, me miró de arriba a abajo dándome su aprobación con la mirada. Yo estaba como un flan, así que agradecí sus ánimos.

Aquel día era jueves, en el patio se veía mucho movimiento. Estábamos muy cerca de la ciudad universitaria, se notaba por la cantidad de pisos de estudiantes que había por la zona.

Estuvimos jugando a nuestro juego favorito, mirando las ventanas e imaginando las vidas de los que vivían tras ellas. Aquella noche Marga había estado inquieta, así que al rato se quedó dormida y yo no quise molestarla.

Me quedé sola mirando a las ventanas y entonces me fijé en que Elin estaba atravesando el patio e iba hacia el portal de enfrente. Llamó al timbre y le abrieron la puerta. Cogí los prismáticos para descubrir a que piso iba y pronto noté que en el segundo había movimiento. Una mujer de unos treinta años iba en dirección a la puerta. Esperé y al rato entraron las dos en lo que parecía el salón. Elin estaba de pie tras los visillos. Entonces comenzó a quitarse la ropa hasta que se quedó completamente desnuda, giró la cabeza y miró hacia nuestra ventana. Instintivamente me agaché. Cuando volví a mirar, sólo pude ver que alguien la agarraba de la mano y la llevaba hacia el siguiente cuarto, cuyas las cortinas estaban corridas.

Me quedé pensativa, en una mezcla de emoción y decepción. Ese juego de *voyeur* por un lado me excitaba, pero la idea de que ahora mismo estuviese con alguien despertaba en mí unos irreprimibles celos. Intenté serenarme. Al fin y al cabo no sabía nada de ella, es posible que tuviera pareja y quien era yo para entrometerme. Me arrepentí de haber sido tan impulsiva, quizá debía haber esperado algún tiempo para llamarla, estar segura de si ella sentía también atracción por mí. Pero ya era tarde, en algo más de una hora vendría a buscarme.

Marga se despertó y al ver mi cara me preguntó directamente:

– ¿Qué te pasa mi niña? –

Yo no tenía ganas de hablar de lo que había visto, así que contesté con evasivas:

– Nada Marga, estoy preocupada por un trabajo que tengo que entregar la próxima semana –

Me miró, no se lo creía en absoluto, pero entendió que yo no quería hablar de ello y no preguntó más.

Seguimos con el juego que habíamos dejado a medias cuando ella se durmió, y entonces las dos vimos salir a Elin del portal y las dos evitamos hablar de ella. Ya era casi la hora de marcharme, así que llevé a Marga al comedor, donde pronto Andrea le daría la cena.

– Marga, ¿te importa si me voy diez minutos antes hoy? –le pedí con gesto de súplica.

– No, tranquila, vete ya. Andrea llegará pronto –contestó sonriéndome.

Pensé que si me iba ya tendría el tiempo justo para huir. Sabía que dejar plantada a Elin no era una buena opción, pero no me sentía bien con lo que había visto. Claro que los planes casi nunca salen como uno quiere, así que cuando estaba empezando a bajar por la escalera, salió del ascensor.

– ¡Raquel! –me gritó antes de que pudiera desaparecer.

Me volví hacia ella, tenía que pensar algo rápido o estaría perdida.

– ¡Hola! Iba a comprar tabaco –me sonó como la peor de las excusas, pero aparentemente me creyó.

Me acerqué a ella y le di dos besos. Me cogió de la mano y me llevó hacia el ascensor.

Intenté disimular lo más que pude, pero notó que algo me pasaba, aunque no dijo nada.

Me propuso ir a un bar que ella conocía, que casualmente estaba bastante cerca de mi casa, pensé que era una buena idea, tanto si las cosas iban bien como si iban mal.

Las cañas de cerveza se iban acumulando vacías en nuestra mesa y a pesar de que la tapa era abundante, yo ya iba notando como poco a poco se me iba subiendo a la cabeza. Cada vez la miraba con menos disimulo, aquella preciosa rubia de ojos azules, casi grises, me tenía absolutamente embelesada.

Ella no paraba de hacerme preguntas de todo tipo, y yo me limitaba a contestarlas, porque sólo había una cosa que quería saber en aquel momento pero no me atrevía a preguntarla.

Yo no era la única a la que el alcohol le estaba haciendo efecto, así que sus preguntas cada vez llevaban más intención.

De pronto, sin venir demasiado a cuento me preguntó:

– ¿Te gusto? –

Me sentí acorralada así que intenté dar una respuesta escurridiza.

– Bueno, no te conozco mucho, pero creo que podríamos ser buenas amigas –según salían las palabras de mi boca, ya me estaba arrepintiéndome de decirlas.

Ella, que estaba muy cerca de mí en aquel momento, cambió totalmente la posición de su cuerpo, estableciendo entre las dos una barrera invisible que me cayó como un jarro de agua fría.

– Vale, perdona, pensé que... mira, me voy a marchar ya, se está haciendo tarde –me dijo con gesto serio mientras se levantaba.

– Espera, no te vayas por favor –le pedí mientras la agarraba de la mano.

Ella me miró y escurriéndose de mi mano, se sentó de nuevo, pero solo para decirme:

– Los amores cobardes no llegan a ninguna parte, si me quieres tendrás que ir a buscarme –

Y esta vez, se levantó y tras dejar un billete sobre la mesa se marchó. Me quedé mirándola, sabía que se había dado cuenta de que lo del tabaco era una excusa, y que su pregunta era una segunda oportunidad que yo había tirado por tierra. Sin embargo me esperaba su última frase, no me habría dicho eso si yo no le gustara, así que a pesar de todo me sentí feliz.

La rosa roja

Cuando subí a casa no había nadie, Marta se había ido a ver a sus padres al pueblo, aprovechando que los viernes no teníamos clase. Agradecí tanta suerte. Puse música y me serví una copa. Me apetecía estar sola y tranquila y pensar en lo que iba a hacer.

Estaba claro que le gustaba a Elin y después de tanto tiempo cruzándonos en el portal, tiempo en el que yo pensaba que ella ni me veía, saber que ella también se había fijado en mí me hacía sentir pletórica.

No obstante yo no era precisamente una conquistadora, así que la tarea me resultaba tremendamente difícil.

Entretanto terminaba la copa planeé mentalmente todo lo que iba a hacer para conquistarla, aunque sabía que mi timidez frenaría la mayoría de mis planes.

A la mañana siguiente me levanté con mucha energía. Bajé y compré unos churros para desayunar y una rosa para regalársela a Elin.

Mientras desayunaba le escribí una nota para acompañar la flor:

“No soy cobarde, sólo un poco tímida. Si me das otra oportunidad, me gustaría responder a tu pregunta de nuevo.”

Pasé el resto del día nerviosa, pensando en cómo le daría la rosa y lo que pasaría cuando ella leyese mi nota. Casi sin darme cuenta llegó la hora de irme a casa de Marga.

Salí con tiempo, quería pasar por casa de Elin y proponerle una nueva cita. Solía irme andando, no estaba demasiado lejos. Aproveché el paseo para repasar el plan.

Entré en el portal y miré los buzones, no estaba segura de su piso: 5ºB. Ya en el ascensor pulsé el cinco, estaba decidida a no dejarme vencer por el miedo. Me planté frente a su puerta y llamé al timbre. Oí los pasos avanzando hacia mí y pronto se abrió. Puse la rosa a mi espalda y la agarré con tanta fuerza que sin querer me pinché con una de sus espinas. Una chica de unos veinticinco años, vestida con un chándal se presentó ante mí con cara de interrogante.

– Hola, ¿está Elin? – pregunté con sonrisa tímida.

La chica me miró, en lugar de responderme se quedó cayada, inclinó ligeramente su cuerpo hacia la derecha y levantando las cejas en señal de saludo me hizo un gesto para que mirara hacia atrás. Yo estaba tan nerviosa que me quedé mirándola fijamente sin entender lo que me decía. Entonces noté que alguien me tocaba, me giré rápidamente. Era Elin, ya había visto la flor y sabía de sobra que era para ella, pero aun así preguntó:

– Hola, ¿me buscabas? –

Intenté parecer lo más natural posible, a pesar de que estaba temblando. Extendí mi mano y le entregué la rosa y la nota.

– Hola Elin, solo quería darte esto –

Ella la cogió con la naturalidad de quien está acostumbrado a que le regalen flores. Sin esperar a que me marchara sacó la nota del sobrecito, la leyó tan despacio que parecía que le hubiese escrito todo un párrafo en lugar de dos líneas. Me cogió de la mano y acercándose a mí, me dio un beso en la mejilla, tan lentamente que sentí que un escalofrío me recorría todo el cuerpo. Me di cuenta de que debía ser rápida y sin pensármelo pregunté:

– ¿Tienes planes para mañana? ¿Te apetece cenar en mi casa? –

Se quedó un momento pensativa y en seguida contestó.

– Vale, ¿a las nueve? –

– Sí –respondí mientras sacaba un bolígrafo y una libretilla para apuntarle mi dirección.

Ella la cogió y pasando delante de mí entró en su casa, antes de cerrar la puerta me miró y dijo:

– Hasta mañana guapa –

Cuando cerró la puerta me dirigí hacia las escaleras para bajar al piso de Marga, la felicidad se me salía por los poros.

Nada más entrar Marga me lo notó, pero no me dijo nada, estaba segura de que yo se lo contaría. La senté en la silla y la llevé a nuestra ventana favorita. Para ser viernes el patio estaba inusitadamente tranquilo. Niños que volvían del colegio emocionados ante la perspectiva de dos días sin clase, las hermanas Gilda, que era el nombre que habíamos puesto a dos octogenarias que se parecían a las protagonistas del cómic de Vázquez, volviendo de su paseo vespertino y poco más. Por eso, no pudimos evitar fijarnos en Elin atravesando el patio hacia el portal de enfrente. Me puse nerviosa, no quería volver a ver la escena que el día anterior me había perturbado tanto, pero a la vez no podía dejar de mirar. Marga, que algo sabía, tomó la iniciativa y justo en el momento que ella entró en el portal, me pidió que fuera al despacho y le trajera *Un mundo para Julius*, de Bryce Echenique. Me hice un poco la remolona pero ella me insistió, así que me levanté y le traje el libro. Al volver a sentarme a su lado, sólo pude ver a la mujer, dirigiéndose hacia el cuarto cuyas cortinas estaban corridas y que me impedía ver lo que allí ocurría.

– Anda, léeme un rato, que hoy no hay mucho que comentar –

Abrí el libro y comencé a leer.

Casi sin darnos cuenta se nos pasó la tarde. Oí como alguien abría la puerta, era Andrea que venía a darme el relevo.

– ¿Qué hacéis aún en la ventana? ¡Sois dos pervertidas!–nos dijo mientras se reía y miraba especialmente a Marga.

– Ya me conoces, me encanta vivir las vidas de los demás –le contestó, riéndose antes de terminar la frase.

La llevé hasta la mesa del comedor y me despedí de ellas hasta el lunes.

Calladita estás más guapa

A pesar de los esfuerzos de Marga porque yo no viera de nuevo a Elin en aquella casa, yo sabía que había estado y no podía evitar pensar en ello. No tenía ni idea de la relación que había entre ellas, si era su novia o su amante, pero lo que sí tenía claro es que no era normal entrar en casa de alguien y quitarse la ropa tan rápido, sin algún vínculo sexual de por medio.

Decidí no darle más vueltas y centrarme en conquistar a Elin, las elucubraciones eran enfermizas y yo siempre intentaba ser bastante sana conmigo misma.

Ya era muy tarde para ir a comprar, tenía todo el sábado para organizar la cena, así que cerré temporalmente ambos capítulos y me dirigí hacia “La Estación”, el bar donde solíamos ir a tomar unas cañas, en busca de un poco de diversión.

Al llegar estaban allí Iván y Mónica, dos de mis mejores amigos. Ya me llevaban dos rondas de ventaja, si bien no tardé demasiado en cazarles. Quería contarles todo, aunque aún había poco que contar, así que simplemente les dije que había conocido a alguien, que me gustaba mucho y que pensaba que yo a ella también. No hablé de lo que había visto por la ventana, ni de lo de la rosa, eso de momento lo guardé para mí.

Después de unas cuantas rondas más nos fuimos a casa.

Por la mañana me desperté pronto, quería organizar las cosas tranquilamente para que todo estuviera perfecto cuando Elin llegara. Bajé a comprar y limpié a fondo la casa. Dos horas antes de que llegara ya tenía casi todo preparado, a falta del último toque.

A las nueve en punto, sonó el portero automático, era Elin. Me alegró ver que era tan puntual como yo. Dejé la puerta abierta para que entrara y metí el pescado al horno para que se fuera haciendo mientras tomábamos los aperitivos.

– ¿Hola? –dijo Elin desde el recibidor.

– Pasa, estoy en la cocina –le grité mientras cerraba la puerta del horno.

La oí atravesar el salón, sus zapatos de tacón resonaban en el parqué, indicándome en todo momento su posición. Levanté la vista, llevaba un vestido rojo, completamente ceñido, con la tela justa y el pelo suelto. Estaba impresionante, tanto que me hizo sentir pequeña.

Me habría encantado cogerla por la cintura y besarla apasionadamente, pero aún era demasiado pronto para eso, así que le di dos besos, de la misma manera que habría saludado a cualquier amiga.

– ¿Vino o cerveza? –le pregunté.

– Vino –contestó con una sonrisa que terminó de desarmarme.

Ya no pude disimular más, tenía que decírselo.

– ¡Estás guapísima! –le dije y cogí la botella de vino para abrirla.

Serví dos copas y brindé por ella, sin dejar de mirarla. Dejó su copa en la encimera y cogió también la mía. Cuando noté sus labios en los míos la cogí por la cintura y me dejé llevar, ni en mis mejores sueños imaginé que nuestro primer beso iba a llegar tan pronto. Fue un beso largo y apasionado y si yo no hubiera sido tan tímida la habría llevado a la cama en ese mismo instante, pero lo era y ella que no quería incomodarme, terminó separándose de mí, lenta y delicadamente.

La cogí de la mano y la llevé al salón, nos sentamos a la mesa y comenzamos a degustar los

aperitivos mientras se terminaba de cocinar el pescado. Cuando sonó el horno ya llevábamos casi media botella de vino, lo cual me ayudó bastante a relajarme.

Poco a poco se iba animando la conversación. Me di cuenta de que ella sabía mucho más de mí que yo de ella, seguramente Marga había sido su informante, me conocía hace años y en nuestras charlas yo le había contado un montón de cosas, conocía a mis padres y a mis hermanos y a la mayoría de mis amigos. Ella sin embargo para mí era un enigma y por más que yo intentaba sacarle información no lograba averiguar gran cosa.

Cuando terminamos de cenar, preparé unas copas y nos sentamos en el sillón para tomarlas tranquilamente. A estas alturas yo ya sólo quería besarla, aunque debo reconocer que aún me imponía bastante. De nuevo fue ella la que llevó la iniciativa, pero esta vez mis manos no permanecieron tan inmóviles como en el primer beso.

Ella se incorporó y comenzó a quitarse el vestido, entonces sin poder evitarlo vino a mi mente la imagen que había contemplado desde la ventana de Marga.

– ¿Qué te pasa? ¿Voy muy rápido? –me preguntó notando que me había puesto tensa.

– No, no es eso. Sólo que no sé que somos –contesté.

– ¿Qué somos? –replicó ella volviendo a colocar el vestido en su sitio.

– Si, ¿esto qué es? ¿Un rollo nada más? ¿Somos amantes, pareja? –le dije, intentando en vano que no se alejara ante mi interrogatorio.

– Demasiadas preguntas, ¿no crees? –contestó molesta.

– Te vi el otro día, en el portal de enfrente. Vi cómo te desnudabas –confesé bajando la mirada.

Me miró con cara de decepción, se levantó y se dirigió hacia la puerta, justo antes de salir se giró y me dijo:

– Creí que eras diferente, me he equivocado contigo –

Y sin darme tiempo a reaccionar salió cerrando la puerta tras de sí.

Me quedé sentada, como un pasmarote, sin respuestas y sin ella. Sentí una profunda soledad e intenté llenarme de razón, pero ni yo me creía mis argumentos.

Acababa de tirar por tierra todos mis esfuerzos de conquista, sin saber si había una explicación o no a todo aquello. La que podía haber sido una noche de ensueño, se había transformado en una pesadilla y sinceramente, no tenía ni idea de si volvería a verla.

Sabios consejos

El domingo desperté en el sillón, no había sido capaz ni de llegar a la cama. Al ver el poco whisky que quedaba en la botella me hice una idea de la cantidad de copas que había tomado después de que Elin se fuera. Esa extraña mezcla entre sentirme culpable y víctima, me tenía totalmente fuera de mí.

La resaca era de campeonato, pero ni siquiera el mal estar físico podía hacer sombra al profundo dolor de corazón. Me di una ducha, intentando regresar al mundo de los vivos y antes incluso de vestirme cogí el teléfono y la llamé. Su compañera de piso, ya la conocía por la voz, me dijo que no sabía dónde estaba. Mis llamadas se repitieron lo menos diez veces a lo largo del día y ella, que terminó por decirme su nombre: Carmen, ya no sabía que excusa darme, aunque yo estaba segura de que estaba allí. A las diez de la noche hice la última llamada, le dije a Carmen que sabía que estaba en casa y que no quería hablar conmigo y le pedí que le dijera de mi parte que lo sentía mucho. Pero ni aun así se ablandó.

El lunes temprano me fui a la escuela, me senté en la última fila y cogí apuntes de manera automática, esperando que cuando llegaran los exámenes entendiera algo de aquello. En cuanto terminaron las clases salí pitando, cruzando los dedos para no encontrarme a nadie.

A las dos y media llegué casa. Volví a llamar una vez más, esta vez nadie me cogió el teléfono. Seguramente no estaban, pero a estas alturas mi negatividad era tal, que sólo podía pensar en que la había perdido.

Cuando llegué a casa de Marga parecía un alma en pena. Antes de entrar ensayé mi mejor sonrisa, no me apetecía en absoluto hablar de lo que había pasado, pero ella me conocía demasiado.

– Hola, ¿cómo te fue el fin de semana? –le pregunté sonriente.

– Aunque parezca mentira, mejor que a ti –me dijo, inclinando ligeramente la cabeza.

No pude resistir más la tensión y rompí a llorar. Marga me hizo una señal y me abrió los brazos para que me refugiara en ella. Me acogió en su regazo y me desahogué como una niña pequeña.

– Lo siento, yo debería cuidarte a ti y no al revés –le dije mientras me incorporaba secándome las lágrimas.

– Anda, ayúdame a levantarme y hablemos tranquilamente, verás como tiene solución –contestó sonriéndome comprensiva.

Nos sentamos como cada día frente a la ventana. Le conté todo lo que había pasado y como Elin se había ido de mi casa, que había estado todo el domingo tratando de hablar con ella sin éxito y que me sentía como si me hubiesen arrancado el corazón.

Ella, que a pesar de su grave enfermedad era una de las personas más positivas que conocía, me tranquilizó bastante y me convenció de que era posible arreglarlo, por muy negro que ahora lo viera.

Mientras hablábamos, vi como Elin atravesaba el patio. Marga también la vio.

– Anda, ve a hablar con ella –me dijo tirando de mi brazo para que me levantara.

Le hice caso y me precipité hacia la entrada. Ya en el rellano oí la puerta del portal cerrarse y como el ascensor bajaba, así que corrí escaleras arriba, para encontrarme con Elin. Cuando llegué

a su puerta aún no había subido el ascensor.

Elin salió y al verme hizo un amago de darse la vuelta, pero se lo pensó y se plantó frente a mí.

– ¿Qué haces aquí? –me dijo con cara seria.

– ¿Podemos hablar un momento? –le supliqué.

– Tengo cosas que hacer –contestó con mirada impertérrita.

– Por favor, déjame disculparme al menos –le rogué de nuevo.

Se quedó mirándome y un profundo e involuntario suspiro salió de su pecho.

– Está bien, cuando termines te espero en la Continental –me dijo señalando en dirección a la cafetería que había justo a la salida del patio.

Le di las gracias y me aparté para que entrara en su casa.

Bajé y le conté a Marga lo que había pasado. Ella me insufló ánimos y comenzó a contarme una de sus hilarantes experiencias, consiguiendo que primero la sonrisa y luego la carcajada volvieran a mi rostro, quitándome por completo el manto gris de la decepción.

Cuando me despedí de ella iba fortalecida y contagiada por su maravillosamente optimista forma de ver la vida.

La Continental

Cuando entré en la cafetería miré lo primero la barra y después todas las mesas, pero no había ni rastro de Elin. Busqué una mesa que estuviera lo más aislada posible, y a la vez visible desde la puerta. Pedí una cerveza y me dispuse a esperarla.

Pasaron veinte minutos, ya me había terminado la cerveza y por más que yo no dejaba de mirar a la entrada, ella no aparecía. Había agotado todos mis conocimientos de papiroflexia cuando vi entrar a la mujer en cuyo salón Elin se había desnudado. Me sentí un poco incómoda, si ella entraba ahora coincidiría con las dos en la cafetería. Se acercó a la barra y pidió un sándwich mixto y una caña, después se dirigió hacia donde yo estaba y se sentó en la mesa de al lado. ¡No me lo podía creer!

Me sentía un poco agobiada, así que pedí la cuenta y tras pagar me fui a la puerta de la cafetería a esperarla.

Ya pasaba casi una hora y Elin no aparecía, empecé a pensar que no vendría. Me senté en una de las jardineras que había en la puerta y me encendí un cigarro, el tiempo que tardase en consumirse era el máximo que estaba dispuesta a esperar. Lo fumé lo más lentamente que me fue posible y cuando ya casi me quemaba los dedos la vi aparecer. Venía corriendo desde la parada del autobús.

– Perdona el retraso –me dijo mientras me daba dos besos, como si fuéramos dos extrañas.

Me cogió del brazo para que me levantara y tiró de mí en dirección a la parada del bus que llevaba a mi casa.

– ¿Puedo quedarme esta noche a dormir contigo? –añadió.

– Sí, claro –contesté sin entender.

Ya de camino, yo no sabía a que se debía mi fortuna. El día antes no había podido ni siquiera hablar con ella y hoy iba adormir en mi cama. De pronto recordé que hoy Marta si estaba en casa, aquello me devolvió a la realidad.

Me di cuenta de que aquel no era un buen momento para hablar, Elin parecía bastante alterada, así que me acerqué lo más que pude a ella y pasé mi brazo sobre sus hombros. Ella inclinó la cabeza apoyándose en mí y yo la besé en la mejilla mientras le susurraba: “tranquila, yo cuido de ti”.

Bajamos del autobús, la parada estaba a penas a dos minutos, miré para arriba y vi que había luz. Marta estaba en casa.

Entramos, dejé nuestras cosas en mi cuarto y cogí a Elin de la mano para presentársela a Marta que estaba en la cocina preparando la cena. Al entrar, la miró de arriba a abajo y con su habitual descaro dijo:

– ¡Madre mía! ¡No me extraña que te hayas vuelto loca por ella! –

Según lo decía, yo me iba poniendo cada vez más colorada. Elin se rio y le dio dos besos, encantada por el desparpajo de mi compañera de piso.

La cena fue muy animada, Marta consiguió que a las dos se nos olvidara la mala experiencia del sábado, y a pesar de que Elin le había encantado y que en cualquier otra ocasión no se lo habría pensado dos veces, su amistad conmigo y darse cuenta de lo que yo sentía por ella, la hizo

comportarse de manera extremadamente respetuosa.

Después de cenar les puse unas copillas, no sabía como iba a terminar la cosa, aunque yo casi tenía decidido que al día siguiente si me podía quedar con ella, no iría a la escuela.

A las doce, Marta se levantó y nos dijo que se iba a acostar. Yo sabía que lo hacía por dejarnos solas, así que aprovechando un momento en que Elin no miraba le dije “gracias” con los labios.

En cuanto se fue, cerré la puerta del salón y puse música para ganar algo de privacidad.

– Siento mucho lo del sábado, no tienes que darme explicaciones sobre tu vida. Me comporté como una cría –le dije con cara de arrepentimiento.

– Janet es fotógrafa. Me pidió que posara para una serie de desnudos y paga muy bien. Yo necesitaba el dinero y accedí. Te lo habría dicho si me lo hubieses preguntado de otra manera. Mi anterior pareja era muy celosa, me controlaba, me seguía, tenía conmigo una actitud enfermiza y terminamos muy mal. El sábado sentí que la historia se volvía a repetir y por eso me fui –contesté mientras se acercaba lentamente y me besaba con delicadeza.

Aquel beso era su manera de decirme que me perdonaba y que seguía interesada en mí, que yo lo estaba en ella era obvio.

Quería preguntarle qué le pasaba, ¿por qué me había pedido asilo por una noche? Pero no quería volver a repetir los mismos errores, así que decidí disfrutar de su compañía, que era un verdadero regalo y olvidarme de los interrogatorios.

Para ser sincera, después de aquello no hablamos mucho más, seguir en el salón no tenía mucho sentido, así que la cogí de la mano, apagué la música y la llevé a mi dormitorio.

Me senté al borde de la cama y Elin comenzó a quitarse la ropa, yo no podía dejar de mirarla. Me intimidaba un poco, nunca había estado con una mujer tan bella. Apagué la luz para sentirme un poco más segura. Ella que ya estaba completamente desnuda se arrodilló delante de mí y comenzó a quitarme lentamente la ropa. Me sentí como una adolescente en su primera experiencia sexual. Intenté ayudarla pero ella retiró con suavidad mis manos, y siguió sin prisa, regalándome caricias por cada prenda que me quitaba. Noté como sus labios avanzaban por el interior de mis muslos. Tiré suavemente de ella, quería sentir sus besos. Nos tumbamos en la cama y Elin trepó por mi cuerpo hasta situarse sobre mí sin dejar de besarme. La acaricié con la yema de mis dedos, siguiendo la línea de su columna, noté la suave curva del final de su espalda y me aferré con ambas manos, atrayéndola con fuerza hacia mí. Ella bailaba, arqueando ligeramente su cuerpo y con cada movimiento aumentaba un poco más mi excitación. Abandonó mi boca y comenzó a besar mis pechos, mientras sus manos se abrían paso entre su cuerpo y el mío. Cuando sus dedos avanzaron escalando mis piernas, ya me sentía absolutamente entregada al placer que me producía cada uno de sus movimientos. Noté como mi cuerpo perdía el control y un potente e imparable orgasmo me recorría, dejándome sin aliento, rendida, casi desmayada. Me revelé contra mi cuerpo que quería quedarse eternamente en aquel sosegado descanso. Cogí a Elin y la tumbé a mi lado, mis labios bajaron por su vientre y dibujé sus ingles con mi lengua, abrí lentamente sus piernas y dejé que mi boca la bebiera, sus gemidos y los movimientos involuntarios de sus músculos me marcaban el camino y el ritmo. Noté la tensión en su vientre y como su cuerpo se arqueaba, se convulsionaba, como la llevaba al éxtasis y como después, igual que yo, caía rendida de placer, exhausta de amor y después la calma.

Volví a su lado y la besé apasionadamente. Poco a poco, noté como se iba quedando dormida en mis brazos y cuando al fin cayó rendida, cerré los ojos y la acompañé en su sueño.

Mi casa es tu casa

Por la mañana me desperté a la hora de ir a clase, era algo automático, no necesitaba despertador. Cuando abrí los ojos y vi a Elin a mi lado me tuve que abofetear para darme cuenta de que aquello no era un sueño. Me quedé un rato contemplándola, me debatía entre dejarla dormir y besarla. La acaricié con suavidad y se volvió abrazándose a mí. Disfruté del calor de su cuerpo, del contacto de su piel, de su relajada respiración. Me di cuenta de que en aquel momento no había nada que me apeteciese más que estar allí con ella, nada que me hiciera más feliz.

Elin abrió lentamente los ojos, dejando ver aquel intenso azul océano. Le sonreí, sabía que aún estaba medio dormida. Se acercó a mi boca y me besó con ternura, fue el buenos días más bonito de mi vida.

– ¿Tienes hambre? –le pregunté en voz muy baja mientras le acariciaba suavemente la espalda.

– ¡Me comería un camello a la plancha! –me contestó riéndose y encaramándose sobre mí.

Aquello fue una “declaración de guerra” y aunque queríamos desayunar, más aún queríamos hacer el amor, así que nos dejamos llevar y los besos y las caricias llenaron nuestra mañana, igual que habían llenado la noche.

Salí del dormitorio, Marta ya se había ido a clase, así que cogí de la mano a Elin y la llevé hasta la ducha. Abrí el grifo y cuando el agua estuvo a la temperatura ideal la metí dentro, dejando que el cálido torrente resbalara por su piel. Cogí una esponja y comencé a lavarla, como si fuera una diosa griega y yo su más fiel esclava. Fue como hacer realidad la fantasía que tantas mañanas había tenido. Ella me contemplaba, sin perder ni por un momento su aspecto divino y cuando hube terminado me miró sonriente y envolviéndose en la toalla que yo le ofrecía dijo:

– Gracias. En el fondo sabía que no me había equivocado contigo –

Le sonreí y me metí bajo el chorro dejando que me contemplara mientras el agua y la espuma resbalaban por mi piel desnuda en aquel íntimo y sensual acto. Después me sequé y la llevé de nuevo al dormitorio, le abrí mi armario para que eligiera entre mi ropa. Teníamos casi la misma talla, aunque a ella todo le sentaba como a las modelos, ni parecían las mismas prendas.

Preparé un abundante desayuno para reponer fuerzas y le pedí que se sentara en la terraza. Era un día luminoso y cálido, un día que nunca olvidaría.

Mientras desayunaba recordé que no le había preguntado ni por sus motivos para salir corriendo de aquella manera, ni por sus planes para este día. Me daba un poco de apuro hacerlo, no quería que de nuevo se sintiese en un interrogatorio, pero yo también quería hacer mis planes y saber si se iba a quedar conmigo más tiempo.

– Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites –aquella me pareció la mejor fórmula para que ella eligiera lo que quería contarme al respecto.

– ¿De verdad no te importa? –preguntó

– Por supuesto que no, me encanta que estés conmigo –contesté con mi mejor sonrisa.

– Serán sólo unos días –afirmó.

Unos días me pareció un magnífico comienzo. Estaba claro que ella no quería contarme nada más, así que no insistí. En el tiempo que estuviera en mi casa, ya habría ocasión para averiguar más cosas sobre ella.

Fui al recibidor y cogí uno de los juegos de llaves y se los entregué. Quería que se sintiese libre de entrar y salir cuando le pareciera, que se sintiera como en casa, al fin y al cabo aquel no era más que un piso de estudiantes, sin demasiadas normas más allá de conservar un cierto orden y limpieza.

Aquella misma tarde, después de salir de casa de Marga, pasé por su casa. Carmen le había preparado una bolsa con algo de ropa y las cosas que ella le pidió.

– ¿Cómo está? –me preguntó nada más abrir la puerta.

– Está bien. Le he dicho que puede quedarse en casa todo el tiempo que quiera –le contesté cogiendo la bolsa, que por cierto pesaba como un muerto.

– Y tu disgustada de que esté, ¿no? –me dijo riéndose.

No podía decirle nada, había quedado claro que yo estaba colada por Elin y Carmen no era nada tonta.

Me acerqué un poco a ella y bajé la voz.

– Oye, ¿tú sabes que ha pasado? ¿Está metida en algún lío? –pregunté intentando hacerla mi confidente.

– Mira Raquel, es tu nombre ¿no? Eso es mejor que lo hables con ella. Elin es muy suya, yo la adoro pero no quiero problemas –me dijo haciéndome ver que había terminado la conversación.

Me despedí de ella, no sin antes dejarle mi teléfono y salí de allí con la pesada carga.

Descarté totalmente irme andando y como tenía muchas ganas de verla, me pareció que coger un taxi sería lo mejor en aquel momento.

En menos de quince minutos estaba entrando por la puerta de mi casa.

Cada una por su lado

Los días pasaron rápidamente, casi sin darme cuenta llegó el viernes. Yo no tenía muy claro a que se dedicaba Elin, ella hablaba muy poco de si misma, hablaba de sus viajes y de su infancia, pero rara vez de su presente y a mí me intrigaba muchísimo, ni siquiera sabía si estudiaba o trabajaba. Por otra parte, a pesar de que estábamos genial las tres juntas yo sabía que antes o después Marta me diría algo. No porque no se llevase de maravilla con ella, pero aquello era a todos los efectos vivir con una pareja.

Aquella mañana no teníamos clase, solíamos aprovechar para estudiar porque el resto de la semana, al menos yo, no tenía demasiado tiempo.

Cuando me levanté las encontré a las dos en la cocina preparando el desayuno. Estaban tan entretenidas bromeando que no se dieron cuenta de que yo estaba allí. Observé un cierto tonto entre ellas y no me gustó. Marta era una conquistadora y aunque confiaba en ella, la verdad es que yo no sabía lo que pasaba en casa todo el tiempo que las dejaba a solas. Intenté que los celos no me invadieran y les hice notar mi presencia.

Elin me miró, yo para ella era transparente, se acercó y me dio un beso de buenos días.

– No te pongas celosa cariño –me dijo viendo que me incomodaba un poco la situación.

No hay nada peor que alguien te diga que no sientas algo, instantáneamente lo que intentabas bloquear te invade sin poder evitarlo. Disimulé lo que pude y me senté con ellas a desayunar.

Cuando terminamos, Elin se fue a vestir y Marta y yo desplegamos en la mesa del salón los apuntes dispuestas a una dura jornada de estudio.

Salió del cuarto, se había maquillado y vestido como si fuera a algún evento, entró un momento en el salón para despedirse de nosotras.

– Seguro que te cogen, ve tranquila –dijo Marta mientras le mostraba las manos con los dedos índice y corazón cruzados.

Elin le sonrió dándole las gracias. Me di cuenta de que yo no tenía ni idea de dónde iba. Estaba claro que mi cautela a la hora de preguntarle sobre su vida había sido excesiva, mi compañera de piso sabía muchas más cosas de mi novia que yo. Pero este no era el momento de preguntar, así que le deseé suerte y me levanté para acompañarla a la puerta.

– ¿Volverás antes de que me vaya a casa de Marga? –le pregunté mientras la agarraba por la cintura.

– No lo creo, es posible que hoy llegue tarde, quizá no venga a dormir –me dijo dándome un rápido beso en los labios y saliendo a toda velocidad sin darme tiempo a reaccionar.

Ella siempre conseguía bloquearme, el miedo a decir algo inconveniente o a que se sintiese atrapada y huyera de mi lado una vez más me aterrorizaba. Así que me callé a pesar de que la idea de que esta noche no viniera a dormir y lo que era peor, que no me hubiese dicho nada antes, me molestaba bastante.

Entré en el salón, Marta ya estaba concentrada en el estudio y yo no quise darle más vueltas al tema y seguí su ejemplo.

A las cinco empecé a prepararme para ir a casa de Marga, no tenía noticias de Elin, ni para bien ni para mal. Poco antes de salir recibí una llamada de mis amigos, me proponían unas cañas de

viernes y ante la perspectiva de quedarme sola en casa esperándola y que no viniera, les dije que sí. Si ella hacía sus planes por su cuenta, yo también haría los míos.

Cuando llegué a casa de Marga encontré allí a Andrea, Petra la había llamado por la mañana, había tenido una crisis muy fuerte y no se hacía con ella.

Me acerqué a la cama, estaba dormida.

– Vete a casa Andrea, yo me quedo con ella. Si lo necesitas puedo quedarme un rato más, hasta que tú vuelvas –le dije entendiendo que quizá tuviera cosas que hacer.

– Te lo agradezco, llevo aquí desde las doce de la mañana. Me gustaría organizar algunas cosas en mi casa y descansar un rato –contestó agradecida.

– No hay problema, yo le daré la cena. Tómate el tiempo que necesites –le dije mientras la acompañaba a la puerta.

Siempre me llevaba algo para estudiar, aunque no era muy habitual, a veces, sobre todo después de las crisis Marga se pasaba casi todo el tiempo durmiendo y yo aprovechaba para adelantar algo de mis estudios.

Un poco antes de la cena se despertó. Me acerqué a ella y le pregunté que tal se encontraba. Me dijo que tenía hambre así que me fui a la cocina para prepararle la cena. Me pidió que la llevara al salón, había estado todo el día tumbada y le apetecía cambiar un poco de ambiente.

La comida casi siempre la animaba y a pesar de que se notaba que la crisis le había golpeado duro, en cuanto se repuso un poco volvió con su habitual buen humor.

Me preguntó por Elin, la noté un poco preocupada. No le había contado con detalle lo que había pasado. Le disgustaba la idea de que pudiese estar metida en algún lío, y sobre todo que me pudiese complicar la vida. Marga me quería como a una hija y sabía que yo era demasiado inocente como para verme involucrada en asuntos turbios.

– Ve con cuidado Raquel –me dijo agarrándome de la mano.

La miré, sabía que tenía razón.

– No te preocupes, conozco mis límites –contesté sonriendo.

Después de cenar me pidió que le pusiera una película, había dormido demasiado y tardaría en entrarle el sueño. Me senté a su lado en el sillón, pero apenas llevábamos diez minutos de película cuando oí entrar a Andrea.

Antes de irme llamé a casa, no había nadie. Parecía que era cierto que Elin no pensaba venir a dormir, así que me despedí de ellas y me dirigí a La Estación, donde me esperaban Iván y Mónica.

Les puse al día de mi actual situación, pero esta vez no evité ningún detalle, necesitaba desahogarme con alguien y quien mejor que ellos. Mónica nos dijo que había quedado después con unos compañeros de clase para tomar una copa y me pareció un plan genial, cualquier cosa era mejor que volver a casa y sentir su ausencia.

A las seis de la mañana salimos del último pub. Decidimos irnos a desayunar algo para empapar un poco la gran cantidad de alcohol ingerida aquella noche. La verdad es que lo pasamos muy bien y por unas horas logré olvidarme de ella.

Entré en casa y me fui directamente a la cama, caí casi al instante. El día había sido muy largo.

La mala vida

Me desperté a la una, no tenía demasiada resaca a pesar de la fiesta de la noche anterior. Estaba sola en casa, así que me preparé un baño relajante. No estaba dispuesta a sufrir de más, encendí unas velas y una barita de incienso y me sumergí en la bañera, sin más ocupación que darme gusto al cuerpo. Perdí la noción del tiempo, sólo el agua que empezaba a enfriarse me avisó de que debía ir pensando en salir.

Estaba ya envuelta en mi albornoz cuando sonó el teléfono. Era Elin, estaba bastante alterada, intenté que se tranquilizara porque ni siquiera entendía lo que me decía. Me pidió que fuera a buscarla. Me dio una dirección a las afueras de Madrid, cerca de Majadahonda. Bajé al garaje y cogí el coche. Hacía un par de meses me había comprado un seat Ibiza de segunda mano. Lo usaba poco, aunque tenía grandes planes sobre los viajes que pensaba hacer con él.

Di varias vueltas hasta dar con ella, hasta que al final la vi. Estaba sentada en la acera, su aspecto era lamentable, me costó reconocerla. Salí del coche para ayudarla, tenía la mirada perdida, estaba claro que había consumido drogas. Además tenía el labio partido y la mejilla amoratada. No quise preguntarle nada en ese momento, la cogí en brazos y la senté en el coche.

Cuando llegamos a casa la metí en la ducha, el agua pareció devolverla a la vida. La vestí y la llevé al salón mientras preparaba algo de comer.

Sonó el teléfono, era Marta, me avisaba de que no vendría a casa. Se había ligado a una chica y tenía la intención de pasarse todo el fin de semana con ella en la cama. Lo agradecí, no me apetecía nada tener testigos.

Aquello ya era demasiado raro como para que no me diera ninguna explicación de lo que había pasado, así que decidí que después de la comida hablaría con ella.

– Vamos a comer algo tranquilamente y después hablaremos de todo esto, con un café bien cargado –le dije mientras la cogía de la mano para llevarla a la mesa.

Me miró, ella también sabía que había ciertas cosas que me tenía que contar, me estaba enamorando de ella y no era justo mantenerme en la ignorancia.

Mientras ponía el café me quedé pensando, intentando imaginar en que lío se había podido meter para que le diesen esa paliza. Por su aspecto y su comportamiento no parecía que fuera una persona conflictiva, ni una delincuente, pero la verdad es que yo sabía muy poco de ella.

Llevé el café al salón y me senté a su lado.

– Bueno, antes de nada, ¿estás mejor? –le pregunté acariciando la mejilla buena con cuidado.

– Sí. Gracias por ir a buscarme y por acogerme en tu casa, perdóname por... –y sin terminar la frase se echó a llorar.

Me partía el corazón verla así. La abracé como si fuera una niña y le acaricié el pelo mientras le susurraba que se calmara, que yo cuidaría de ella.

Cuando se calmó un poco, comencé a hablarle.

– Elin, estos días no he querido hacerte ni una sola pregunta de más, a pesar de que reconozco que estoy muy intrigada por los motivos de tu huida, pero lo de hoy ya no me parece un juego. No sé si tiene o no relación con tus otros problemas, pero necesito saber que te ha pasado, porque intuyo que no ha sido por casualidad ni por accidente –le dije mientras la agarraba de los hombros

para evitar que esquivara mi mirada.

– Tienes razón, te debo una explicación, aunque contarte todo sería muy largo, intentaré resumir al máximo –me dijo posando sus manos sobre las mías en señal de que esta vez no iba a salir corriendo.

Comenzó a contarme su historia. Su padre era diplomático y durante toda su infancia viajaron de un lado a otro en función de los destinos a los que le enviaban. Cuando cumplió los diez y ocho años les dijo a sus padres que quería vivir en España y estudiar la carrera aquí, que muy a pesar de la opinión de sus progenitores no fue Derecho ni Económicas, sino Sociología. El primer año de carrera fue un auténtico desfase, fiestas, drogas, alcohol, sexo, todo menos estudiar. Resultado de lo cual no aprobó ni una asignatura. Su padre le dio un ultimátum, o se lo tomaba en serio o volvería a vivir con ellos allá donde estuvieran. Así que se pasó el verano estudiando y consiguió salvar el curso. Pero en cuanto empezó el siguiente volvió a las andadas y tras unas cuantas peleas con sus padres y en contra de su voluntad, la obligaron a volver con ellos. Aquello fue un infierno, así que un día cogió una bolsa de mano y el dinero que pudo quitarle a su padre y volvió a España. Trabajó de camarera y en varios restaurantes de comida rápida, pero nada le daba suficiente dinero como para pagarse el alojamiento, los estudios y las fiestas. Así que un día un amigo le ofreció hacerse un viaje a Colombia, con lo que sacara tendría para vivir sobradamente aquel curso y lo hizo. Pero al llegar a Barajas algo salió mal y la policía detuvo a su enlace. No tenía ningún otro contacto así que estuvo una semana yendo al lugar de encuentro por si aparecía alguien reclamando el alijo, pero nadie fue. Con el adelanto que le dieron no tenía suficiente y guardar dos kilos de cocaína en casa, tampoco era una gran idea, así que al final optó por darle salida. La troceó y se la mal vendió a los mismos traficantes a los que ella les compraba, le pagaron menos de la mitad de lo que habría cobrado por ella, pero aun así era muchísimo dinero. Durante dos años vivió a todo tren, pero nada es eterno y al final se quedó sin fondos. Fue entonces cuando conoció a Carmen. Ella la convenció para que dejara de consumir y buscara un trabajo digno y la alojó en su casa durante meses sin cobrarle nada, hasta que estuvo limpia. De esto hacía ya casi dos años y cuando todo parecía que estaba yendo bien y que había logrado salir del agujero, por una de esas malditas casualidades de la vida, se cruzó con uno de los tipos que la convenció para viajar a Colombia. Él la reconoció en seguida, demasiado guapa para pasar desapercibida, y como no le reclamó la coca. Se zafó de él, pero la estuvieron buscando, hasta que la semana pasada dieron con ella. Por eso tenía que huir, porque no tenía la droga ni el dinero y esa gente no se andaba con tonterías.

Buscando dinero desesperadamente, decidió arriesgarse con un trabajo bien pagado pero peligroso. A Marta le había contado que era una prueba para grabar un anuncio, pero no era cierto. Le ofrecieron ir a una fiesta privada, en principio sólo debía hacer un estriptis y entretener a los clientes, pero la barra libre de drogas y el alcohol terminó por hacer perder los papeles a más de uno y por supuesto pensaron que la chica estaba incluida en el menú. Cuando ella se negó se pusieron violentos. Gracias a que estaban todos colocados, uno de los guardaespaldas, decidió hacer la buena obra del día y en mitad de la bronca se las arregló para sacarla de allí e impedir que la violaran.

Cuando terminó de hablar me quedé un momento callada. Aquella historia me parecía de película. Nada ni parecido me había pasado nunca, ni a nadie que yo conociera. Darle un consejo sobre lo que debía hacer no era fácil ni prudente, pero a estas alturas lo que sentía por ella era demasiado fuerte como para dejarla sola ante aquel tremendo problema.

– Vale, el problema es serio, y no te voy a negar que me asusta un poco, pero no te voy a dejar sola. Buscaremos una solución, algo se nos ocurrirá –le dije intentando demostrarle que yo no era

una cobarde y que la promesa de protegerla no la había hecho en vano.

Me sonrió. Ella sabía que todo aquello me superaba, pero ver que no salía corriendo tras su historia, le hizo sentirse al menos por un momento segura.

El resto del día lo pasamos en casa. Elin estaba bastante cansada y dolorida, y la verdad es que después de conocer su historia, prefería que no saliera hasta que hubiéramos pensado algo.

Impasse

El domingo por la tarde volvió Marta de su fin de semana de amor. Venía pletórica, al parecer se había ligado a una niña bien, sus padres no estaban y habían disfrutado de la casa para ellas solas. Tenían servicio, pista de tenis e incluso piscina cubierta. Ella rara vez repetía más de dos noches con la misma chica, en seguida se aburría y siempre decía, que hasta que no tuviese lo menos treinta años, no pensaba comprometerse con nadie.

Entró hablando por los codos, tanto que tardó un buen rato en fijarse en que Elin tenía la cara como un cromo.

– ¿Qué te ha pasado? ¿Os habéis peleado? –preguntó buscando en mí alguna huella de la brutal pelea.

– Intentó separar a unos amigos y se llevó un puñetazo que no iba para ella –contesté diciéndole lo primero que se me ocurrió.

– ¡Vaya! Los tíos y sus peleas, ¡menudos imbéciles! –afirmó y nos hizo una señal de que se iba a su cuarto.

Cuando nos quedamos solas le dije a Elin, que al menos de momento era mejor no decirle nada a Marta, yo no tenía muy claro como podía reaccionar ante eso, era mejor ser prudentes.

– Quizá deberíamos cambiar un poco tu aspecto físico. Teñirte el pelo, cortártelo y cambiar tu estilo de vestir–le dije pasando mis dedos por su dorada melena.

– Tienes razón, al menos durante un tiempo esa podría ser la solución. Aunque ya me han visto y dudo que dejen de buscarme –contestó mientras me acariciaba.

La cogí y le di un beso. En ese instante entró Marta de nuevo en el salón, nos separamos. Yo no quería que se sintiera incómoda, pues la estancia de Elin en casa iba a ser más larga de lo esperado.

El resto del día lo pasamos las tres juntas. Marta nos contó con todo lujo de detalles su fin de semana con Patricia. Nos reímos mucho con sus cómicas anécdotas y consiguió que se nos olvidara la grave situación en la que nos encontrábamos.

Íbamos a cenar cuando sonó el teléfono, era Andrea. Marga había recaído y habían tenido que hospitalizarla, me avisaba para que no fuera a su casa al día siguiente. Apunté el hospital y la habitación y le confirmé que me pasaría a verla después de clase.

Se lo conté a Elin y me dijo que quería ir conmigo, yo no tenía muy claro si era prudente que saliera, pero tampoco podía obligarla a estar encerrada en casa. Así que quedamos en que volvería a casa a por ella e iríamos en coche al hospital.

Después de cenar estuvimos un rato viendo la tele y Elin se quedó profundamente dormida en mis brazos. La cogí con cuidado y la llevé a la cama, no se despertó ni cuando le quité la ropa. La contemplé mientras me desnudaba y tuve la sensación de que ya nunca me separaría de ella.

Cuatro amigas

Me desperté para ir a clase. Elin seguía en los brazos de Morfeo. Le di un beso y la arropé, necesitaba descansar.

Tras la ducha y el desayuno, entre de nuevo en el cuarto para vestirme. Abrió los ojos, en un intento de levantarse conmigo. Me senté a su lado en la cama y en voz muy baja le dije:

– Duérmete mi amor, es muy temprano. Vendré a buscarte sobre las dos –

Me sonrió y se acurrucó en las sábanas. Nos besamos de nuevo, y yo me marché a la escuela.

Intenté concentrarme, aunque tenía demasiadas cosas en la cabeza. Estaba preocupada por Marga, sabía que cuando le daban esas crisis tan fuertes luego le costaba mucho recuperarse. Y lo que me había contado Elin no tenía ni idea de como abordarlo, aunque lo que tenía muy claro es que el problema era muy grave.

A media mañana bajé a tomar un café con Marta. Notó que me pasaba algo. Nos conocíamos desde niñas y no se le escapaba una. Le conté que me preocupaba Marga, pero ella sabía que había algo más.

– ¿Va todo bien con Elin? ¿Qué le pasó ayer? –

Estaba claro que mi historia de la pelea no había colado.

– Marta, no te lo puedo contar –

– Vale, tranquila. Sólo ten cuidado. Me preocupa que te metas en algún lío, eres muy inocente – me dijo agarrándome la mano.

Era la segunda persona que me lo decía en muy poco tiempo. Me di cuenta de que todos me veían como alguien frágil, incapaz de afrontar ningún problema que se saliera de lo normal. Yo sin embargo no tenía esa imagen de mí misma, aunque era consciente de que mi experiencia era limitada, siempre afrontaba los problemas por graves que fueran, y en este caso no iba a ser distinto. Además mi motivación era muy fuerte.

Cuando terminé las clases me fui a casa sin entretenerme. Cogí el autobús y en menos de quince minutos estaba llegando al portal.

Cuando entré en casa Elin me estaba esperando. Se había recogido el pelo y se había puesto mi ropa. No es que no se la reconociese, pero sin duda era un estilo muy distinto al suyo.

– Estás muy guapa vestida de mí –le dije sonriente mientras me acercaba para darle un beso.

Dejé la mochila en la mesa del salón y cogí las llaves del coche. El hospital no estaba muy lejos, casi tardamos más en aparcar que en llegar. Subimos directamente a la habitación. En el pasillo nos cruzamos con Petra, había ido para ayudarla con la comida y ya se marchaba. Me dijo que Andrea volvía a las cuatro y que se iba a quedar a pasar la noche con ella.

Al vernos entrar Marga sonrió. Estaba claro que no contaba con nuestra visita, al menos no con la de Elin.

Se la veía muy cansada, aun así aguantó el tipo y estuvo casi todo el tiempo bromeando. Marga no se andaba por las ramas.

– Veo que habéis arreglado vuestras diferencias –dijo con cara de pícara.

– Ya te dije que me gustaba mucho –contestó Elin mirándome sonriente.

Me ruboricé. Quería decirles que estaba enamorada, pero yo era demasiado tímida como para

expresar tan abiertamente mis sentimientos, así que simplemente dije:

– No más que tú a mí –

No habíamos comido nada aún. Elin se ofreció para bajar a comprar unos bocadillos a la cafetería.

Marga se había fijado en los golpes de su cara, pero no había dicho nada. Aprovechó para preguntarme. Le conté por encima lo que ocurría, era una de las pocas personas en las que sabía que podía confiar, además ella había vivido mucho y sus sabios consejos era algo que sin duda yo necesitaba. No nos dio tiempo a hablar demasiado porque pronto apareció Elin con la comida.

Estuvimos allí hasta que llegó Andrea. Quedé con ella en pasarme algún día más, aunque yo sabía que en esos momentos difíciles ellas preferían estar solas. Me dijo que me avisaría si necesitaba que le hiciera algún relevo.

La siguiente semana era Semana Santa, y yo nunca trabajaba en las vacaciones escolares. Marga me propuso que hiciéramos un viaje y le pidió a Andrea que me diera algo de dinero. Era habitual que lo hiciera siempre antes de las vacaciones, ella lo llamaba las pagas extra. Le di las gracias y salimos las dos en dirección al parking.

Me resultaba un poco agobiante tener que estar encerradas en casa. Lo que más me apetecía era salir con Elin de la mano, que todos me viesan con aquella increíble mujer y ¿por qué no? ¡Que se murieran de envidia!

Pero el miedo a que le pasara algo me bloqueaba. Por eso, cuando Marga sugirió que nos fuéramos de viaje, me pareció un espléndida idea.

Dejé el coche en el garaje y le pedí que subiera a casa mientras yo compraba algunas cosas. En menos de una hora estaba de vuelta, le había comprado algo de ropa, además de un tinte para el pelo.

Al entrar en casa me la encontré hablando con Marta. Por lo visto la había vuelto a llamar Patricia y a pesar de su miedo a los compromisos, parecía que le iba a dar una oportunidad. La había invitado a pasar la Semana Santa en su casa de Ibiza. Marta le había puesto como excusa que se había comprometido con unas amigas, nosotras, para esa semana. Pero Patricia estaba decidida a pasarla con ella, así que nos invitó formalmente, para que no tuviese ninguna razón para negarse.

– ¿Qué os parece? ¿Nos vamos a Ibiza? –preguntó esperando mi respuesta.

Estaba claro que ella y Elin ya lo habían hablado y sólo esperaban a que yo dijera que sí.

– Parece un buen plan –contesté pensando en que la distancia, al menos de momento, mejoraría bastante nuestra vida.

– ¡Genial! Le voy a decir que sí y mañana sacamos los billetes –dijo Marta claramente emocionada.

Aquella misma tarde había quedado con Patricia. Le pareció que era importante que nos conociera antes para ver si había buena química entre las cuatro, por eso la invitó a tomar algo en casa.

Mientras Marta preparaba algo de picar, yo aprovechaba para teñirle el pelo a Elin. Nunca pensé que un tinte pudiera cambiar tanto el aspecto de alguien. Seguía estando impresionante, pero realmente no parecía ella. El moreno le endurecía mucho las facciones. Perdía ese aspecto de sirena nórdica y en su lugar, aparecía una mujer de la que sin duda me habría enamorado, pero a la que jamás me habría atrevido a acercarme.

Ella notó mi confusión.

– ¿Qué pasa? ¿No te gusta? –dijo mirándome fijamente a los ojos.

– Sí, estás increíble, aunque no pareces tú –contesté nerviosa.

Me sonrió.

– Pues soy yo –dijo mientras se acercaba para besarme.

Oímos el timbre y a Marta correr hacia la puerta. Pronto ella y Patricia entraron en el salón.

– Mira, ellas son mis compañeras de piso: Raquel y Elin –

Nos levantamos para saludarla. Patricia se acercó y nos dio dos besos. Se notaba a la legua que procedía de buena cuna.

A pesar de su apariencia, resulto ser bastante agradable. Tenía mucho sentido del humor y no era en absoluto prepotente. La tarde transcurrió entre risas y cervezas.

Cuando al fin se marchó, ya todas estábamos convencidas de que el plan de Ibiza podía resultar muy bien.

Demasiado cerca

La semana pasó rápida. Elin aprovechó su nueva imagen para renovarse el DNI y comprarse algo más de ropa que la hiciera parecer una estudiante más. En estos momentos era improbable que la reconocieran con facilidad, aunque tampoco queríamos confiarnos.

Me pidió que fuera a su casa a recoger algunas cosas más y evidentemente lo hice. Aproveché que Andrea quería que le llevara a Marga algo de ropa para cuando le dieran el alta.

Al entrar en el portal me encontré con un tipo, que desde luego no tenía pinta de vivir allí. Estaba mirando los buzones. Yo abrí el buzón de Marga para dejarle en casa el correo y de paso intentar adivinar las intenciones de aquel oscuro individuo.

Me saludó de manera tosca y sin dar rodeos me preguntó si conocía a Elin. Le contesté que sí, pero que pensaba que se había mudado y cogí el ascensor rápidamente mientras él seguía mirando los buzones.

Entré en casa de Marga y cogí el teléfono antes de hacer nada. Llamé a Carmen y le conté lo que acababa de pasar, mientras hablaba con ella oí el timbre de su puerta. Le dije que no colgara para que pudiese oír lo que hablaba con él y ayudarla si fuera necesario.

Él le preguntó por su paradero, dándole a entender que era un viejo amigo. Le dijo que hacía días que Elin no iba por allí y que no sabía dónde se había metido, que estaba preocupada por si no le pagaba el alquiler. Cuando se marchaba le pidió que si la localizaba, le dijera que la llamara.

El tipo no se quedó demasiado convencido y llamó a varias puertas intentando obtener algo más de información. Oí que se acercaba y cogí un libro del despacho, para que mi estancia allí fuera lo menos sospechosa posible. Abrí y le saludé con naturalidad.

– Hola, creo que te has confundido de piso, me parece que la chica que buscas vive en el quinto –le dije sonriendo.

– Si, he estado allí, pero su compañera me ha dicho que hace días que no la ve –contestó.

– Se ha debido marchar, porque yo solía encontrármela al volver de la facultad y hace más de una semana que no la veo. Aunque no la conozco demasiado, quizá se haya ido de viaje. Si quieres le puedo comentar que has venido a buscarla cuando vuelva –afirmé, como si de verdad creyera que era un amigo que la buscaba.

– Dile que Pablo la está buscando –dijo mientras me extendía un papel con un número de teléfono.

Cerré la puerta y me fui a la ventana para verle marchar. Tardó un buen rato en salir, me mantuve a la espera hasta que le vi atravesar el patio y alejarse por la calle de la Continental.

Recogí la ropa de Marga y subí al piso de Carmen. Me estaba esperando. Me invitó a pasar y me ofreció una cerveza. La acepté, necesitaba tomar algo y relajarme un poco.

Antes de hablar de lo que acababa de pasar, me preguntó cómo estaba Elin. Le conté a grandes rasgos lo que había sucedido y como yo había tenido que ir a buscarla. No pareció extrañarle nada. Se notaba que la conocía mucho más que yo.

– Mira Raquel, Elin es encantadora, sólo verla te enamora y no únicamente por su belleza, su personalidad puede hacerte perder la cabeza. Pero su capacidad para meterse en problemas

supera la de cualquier otra persona que haya conocido –me dijo mirándome casi con compasión.

Me di cuenta por como hablaba de que lo que había habido entre ellas no había sido sólo una amistad, es más, Carmen seguía enamorada de ella. Por qué no estaban juntas era lo único que me faltaba por saber.

Estuvimos más de una hora charlando y el único tema de conversación fue Elin. Dejé que me contara todo lo que quisiera, pero me parecía violento interrogarla, así que cuando vi que ya no quería hablar más, me levanté y me despedí de ella, prometiendo traerle noticias en cuanto las hubiera.

Antes de ir a casa pasé por el hospital para ver un rato a Marga y llevarle su ropa. Tenía mejor cara, se notaba que el tratamiento le estaba haciendo bien.

– Andrea, por que no aprovechas que estoy bien acompañada para ir a casa a descansar un poco –le dijo mientras me indicaba que me sentara a su lado.

Andrea sabía que Marga quería quedarse a solas conmigo, así que se acercó le dio un beso en la mejilla y cogiendo su bolso salió de la habitación.

– ¿Habéis hecho planes para estos días? –me preguntó.

Le conté lo del viaje a Ibiza a casa de la amiga de Marta, y también lo que había pasado en su casa con el tal Pablo y lo que me había contado Carmen. Meneó la cabeza con preocupación.

– Me inquieta mucho que te veas involucrada en un asunto tan turbio como ese. ¿Estás segura de que merece la pena? –me preguntó directamente.

– Marga, me he enamorado de ella. No sé que otra cosa puedo hacer.... –confesé bajando la mirada.

– Imagino lo que sientes, sólo te pido que tengas cuidado –me dijo en tono maternal.

Seguimos hablando un buen rato. Un poco antes de irme me pidió que cogiera su bolso y sacara la agenda.

– Busca el teléfono de Arturo Villegas, es comisario de policía, somos amigos hace muchos años y me debe un par de favores. Si te ves en problemas graves llámale, dí que vas de mi parte. Te ayudará –

Yo apunté el teléfono. Esperaba no tener que utilizarlo, pero sabía que aquellos a los que Marga llamaba amigos eran gente de fiar. Tampoco tenía muchas más opciones en caso de que la cosa se complicara.

Me despedí de ella justo cuando Andrea entraba por la puerta. Ambas me desearon que pasara unas felices vacaciones y quedamos en vernos de nuevo el martes después de Semana Santa.

Ibiza

El viernes nos despertamos pronto. Patricia se había venido a dormir a casa, aquella misma tarde cogíamos un vuelo destino a Ibiza.

Yo me incorporé, dispuesta a prepararles el desayuno a todas, pero por los sonidos que salían de la habitación de Marta, no parecía que nadie tuviese ninguna prisa.

– Ven aquí anda –me dijo Elin mientras se escurría entre mis piernas.

No le costó demasiado convencerme. Me dejé caer lentamente mientras ella besaba el interior de mis muslos, y yo sentía como mi temperatura aumentaba rápidamente. Deslizó sus manos por debajo y me agarró con fuerza. Su boca fue escalando por ellos. Cuando sentí su lengua avanzar entre mis piernas yo ya estaba tan excitada que habría olvidado hasta mi nombre, pero no el suyo. Lo dije en alto y Elin me agarró aún con más fuerza, pero yo sólo podía sentir el placer que me daba su boca. Me agarré al cabecero de la cama, en el único movimiento voluntario que era capaz de hacer en ese momento. Noté la excitación que me envolvía, que me transportaba y cuando parecía que no podía ser más intensa, una explosión de placer me arrastró al orgasmo. Me mantuvo ahí todo lo que le fue posible y cuando me notó rendida, trepó por mi cuerpo hasta mis labios y me besó apasionadamente. Yo quería corresponderla y aunque aún me costaba respirar, me escapé de sus labios y mis manos acariciaron todo su cuerpo mientras mi boca bajaba vertiginosa por cada una de sus curvas, deteniéndose sólo lo justo. Me perdía el amor que sentía por ella, el deseo, el propio y el ajeno, y Elin se dejaba querer, y aunque no tenía prisa, sus manos me marcaron el camino que debía seguir. No me resistí a buscarla, a rendirla de placer. Ella se dejó llevar, dejó que mi boca la recorriera y cuando sentí que perdía el control, me aferré a sus piernas para que sus movimientos no me desviasen ni un centímetro, ni perturbaran mi ritmo, ni alterasen mi tempo, hasta que la vi volar, encenderse, gritar y al fin flotar...entonces ascendí y le susurré: “te quiero”.

Nos abrazamos, ella me miraba. Fue la primera vez en la que sentí que también se había enamorado de mí. No dijo nada, pero no dejó de acariciarme ni de besarme. También fue la primera en la que Elin se sintió pequeña a mi lado, la primera vez en la que yo fui más valiente que ella.

De pronto Marta aporreó nuestra puerta anunciando el desayuno. Nos hizo volver a la realidad, de no haber estado allí probablemente no habríamos salido del dormitorio en todo el día, pero estaban, así que a pesar de las ganas que tenía de estar con Elin saqué fuerzas para decirle a Marta que ahora íbamos.

– No seáis golosas que ya habrá tiempo en Ibiza –dijo Marta mientras se reía a carcajadas.

Me encantaba su naturalidad, incluso la envidiaba, aunque aquel día habría pagado lo que fuera por mandarla muy lejos.

Salimos de la habitación con una camiseta y sin ropa interior y nos metimos en la ducha, no sin antes prometerle a Marta que era sólo por pura higiene y que no tardaríamos mucho. No quisimos tensar más la cuerda y en menos de quince minutos estábamos con ellas, sentadas en la terraza disfrutando de un rico desayuno.

Vi como miraba Patricia a Marta y sentí cierta pena por el golpe que se iba a pegar cuando la

dejara. Pero para ser honestos, no se puede decir que Marta la engañara. Sus términos y condiciones quedaban claros desde el principio y Patricia no iba a ser la primera ni la última que pensara que podía cambiarla.

A las cinco de la tarde estábamos las cuatro en el aeropuerto. Un grupo de chicos italianos se volvieron locos por nosotras, sobre todo por Elin. Para intentar librarnos de ellos nos besamos, pero aquello no hizo más que aumentar su interés. Tal fue su emoción que al final el capitán tuvo que salir de la cabina para pedirles que se calmaran, bajo la amenaza de hacerles abandonar la nave, cosa que consiguió a duras penas, pero como el vuelo era corto y Patricia conocía perfectamente el aeropuerto, no tardamos demasiado en deshacernos de ellos.

A las ocho y pico estábamos entrando en la mansión de Patricia. Era una de esas que aparecen en las revistas del corazón, con estilo ibicenco, grandes espacios abiertos y piscina de cristal, rodeada de un poblado bosque que impedía ver desde fuera nada de lo que en el interior acontecía.

Tuve que controlarme para que no se notara que jamás había estado en un lugar ni parecido a aquel.

Marta, que siempre sabía romper aquellos momentos tensos y que además no se pensaba demasiado las cosas dijo:

– Si esto os impresiona, esperad a ver la casa de mi tío Aurelio en Malagón –

Nos reímos las cuatro y entramos, siguiendo a Patricia y con cuidado de no tocar ni un cuadro, ni un jarrón, porque todo lo que había allí parecía sacado de una galería de arte.

La señora que se ocupaba de mantener la casa en orden nos había dejado las habitaciones listas, la nevera llena y la cena preparada. Pensé en lo fácil que me sería acostumbrarme a esa forma de vida.

Los días que estuvimos en Ibiza fueron como unas vacaciones de lujo. Me di cuenta de que Elin y Patricia no pertenecían al mismo mundo que Marta y yo. Entraban con naturalidad en las fiestas privadas y sabían los nombres y posición de cada parte de un velero. No dudaban cómo ni que coger cuando un camarero les acercaba una bandeja con viandas o bebidas. No se entretenían en hablar con ellos, simplemente lo cogían mientras charlaban con los de su nivel, por educación, dinero o condición.

En más de una ocasión me entraron ganas de meterme en la cocina y fumarme un cigarro con aquella gente, que se parecía mucho más a mí que los que disfrutaban del beluga y el Dom Pérignon con tanta frivolidad.

A pesar de aquello, la experiencia fue increíble, impagable, nunca mejor dicho. Los ratos que pasamos solas las cuatro, bañándonos desnudas, bebiéndonos los vinos de “papá” y haciendo el amor en cada rincón, en cada jacuzzi y en cada cama de la casa, no tuvieron precio.

Callejón sin salida

Volvimos a Madrid el domingo, nosotras y la mayoría de los madrileños. El aeropuerto y las carreteras estaban de bote en bote. Patricia se empeñó en que pasáramos una última noche juntas en su casa, así que tuvimos que atravesarnos media Comunidad hasta llegar a ella, con el consiguiente atasco. Aun así nos pareció un buen fin de fiestas, era demasiado duro pasar de tanto glamour a la realidad de nuestro pisito de estudiantes en el centro.

Después de lo de Ibiza, la casa de La Moraleja no nos sorprendió. Aunque era mucho más grande y lujosa, no se veía el mar.

El lunes por la mañana, después de desayunar el chófer nos llevó a casa. Los padres de Patricia volvían esa tarde así que por primera vez después de once días, volvimos a estar solas las tres.

Nada más entrar sonó el teléfono. Era Marga.

– Menos mal que os encuentro –dijo con voz alterada.

– ¿Qué ocurre? –pregunté ansiosa.

Marga me explicó que al poco de darle el alta oyó ruidos y gritos en la escalera. Andrea estaba preparándole la cena y distinguió entre otras la voz de Carmen. Salió al rellano y siendo consciente de que algo estaba pasando, gritó para intentar ahuyentar a los intrusos que iba a llamar a la policía, cosa que hizo inmediatamente. Igual que yo, se asomó a la ventana y vio correr a dos hombres morenos. Uno de ellos tenía los brazos llenos de tatuajes, tanto que prácticamente no se distinguía de que color era su piel, y el otro llevaba la cabeza completamente rapada. Entonces no lo dudó y subió a casa de Carmen, la encontró en el suelo, con la cara amoratada y una puñalada en el costado. Le taponó como pudo la herida y la metió en su casa, mientras llamaba a una ambulancia.

Los dos tipos traían un mensaje para Elin, o les devolvía “la mierda” o la próxima vez ella y los que la ayudaran saldrían con los pies por delante.

Marga nos dijo que ni se nos ocurriese aparecer por el hospital, sobre todo a Elin, eso es lo que esperaban. Ella había hablado con su amigo el comisario y le habían puesto vigilancia a Carmen. Cuando le diesen el alta pensaba irse a casa de sus padres una temporada.

Tras colgar el teléfono sabía que tendría que contarle todo a Elin y que ella querría ir a ver a Carmen, aún no sabía como iba a hacer para convencerla de que no lo hiciera. Me planteé ocultárselo, pero tampoco me pareció la mejor idea.

Entré en el dormitorio, Elin estaba colocando la ropa, en cuanto vio mi cara se dio cuenta de que algo pasaba.

– Tenemos que hablar –le dije con gesto serio.

Me miró entre expectante y confundida.

– ¿Ocurre algo? –

Le expliqué que me había llamado Marga y todo lo que me había contado. Ella me escuchaba atenta sin interrumpirme, pero yo notaba como se le iba transformando el rostro. A estas alturas ya la empezaba a conocer y podía imaginarme muchas de las cosas que pasaban por su mente.

– ¡Tengo que ir a verla! –me dijo cuando terminé de hablar.

– Elin, es muy peligroso. Si vas te localizarán –contesté con rotundidad.

No me dijo nada más y eso me preocupó. Marga había tenido la precaución de no decirme en que hospital estaba Carmen, sabía que Elin terminaría por sacármelo.

Yo tenía claro que el problema empezaría al día siguiente, cuando yo saliese temprano para ir a clase y no pudiese vigilarla. No es que antes no hubiese sido consciente de la gravedad de la situación, pero todo aquello resultó ser un baño de realidad.

El martes me levanté temprano para ir a la escuela. Elin estaba durmiendo y no la desperté. Pensé que cuanto más durmiera menos tiempo tendría de hacer una tontería.

A las doce, hora en la que sabía que seguro estaría despierta, la llamé. Cuando descolgó el teléfono me tranquilicé. Le dije que iría lo antes posible para comer con ella, y que pudiéramos estar un rato juntas antes de irme a casa de Marga.

Tal y como habíamos quedado llegué pronto, abrí la puerta, me sorprendió que la llave estaba echada. Comencé a ponerme nerviosa. Estaba claro que no había nadie. No me había dado tiempo más que a dejar los apuntes en el salón cuando alguien abrió. Marta y Elin entraron, traían el pan y un pollo asado. Respiré.

El resto de la semana mi forma de actuar fue la misma, no me fiaba de ella, sabía que estaba muy preocupada por Carmen, no sólo eso, se sentía culpable.

Cuando llegó el viernes lo agradecí, lo peor había pasado. Yo no tenía clase e igual que los otros días le había pedido a Marta que me llamase a casa de Marga si Elin salía. Aunque no le había contado nada, Marta era muy lista y sabía que algo pasaba, y que si yo no se lo contaba tendría un buen motivo para hacerlo.

A las dos horas de llegar a casa de Marga, Marta me llamó desde una cabina. Elin había salido nada más irme yo y ella, que tenía alma de espía, decidió seguirla. Había entrado en un portal de la calle del Divino Pastor, en el barrio de Malasaña. Llevaba allí más de una hora. En ese tiempo la mayoría de los que entraron en el portal eran drogadictos, estaban un rato y salían, pero ella aún seguía dentro. Le pedí que se mantuviera un momento al teléfono y fui a contarle a Marga lo que sucedía. Me dijo que me marchara ya, Andrea llegaría en media hora y ella estaba bien. Volví al teléfono y le dije a Marta que iba a su encuentro. Si cogía un taxi estaría en menos de quince minutos. Le pedí que la retuviera si la veía antes de que yo llegara.

Salí corriendo escaleras abajo y atravesé el patio en tiempo récord. Un taxi acababa de dejar a un cliente en el portal contiguo a La Continental, abrí la puerta y salté dentro.

En doce minutos estaba llegando a la calle en la que Marta me esperaba. La saludé con un beso en la mejilla y le pregunté si había novedades.

– No, aún no ha salido –me informó.

Puse cara de preocupación, ya eran más de dos horas las que llevaba allí y por el personal que entraba y salía, no parecía un lugar muy recomendable.

– Bueno, creo que ha llegado el momento de que me cuentes qué pasa –dijo Marta cogiéndome por los hombros.

Tenía razón, empezaba a estar tan implicada como nosotras en la historia y debía ser libre de decidir si quería o no estarlo, así que se lo conté.

Aquella fue una de las pocas veces en mi vida que vi a Marta verdaderamente seria, cuando terminé mi relato me miró y sin andarse por las ramas me dijo:

– Raquel, sabes que me cae muy bien Elin, pero sinceramente esto te viene grande y a mí también –

No podía decirle nada, tenía razón. En ese momento se abrió el portal y Elin salió, iba tan colocada que pasó delante de nosotras sin reconocernos. La agarré del brazo y se giró, con la mirada perdida. Había que sacarla de allí rápidamente. Paré un taxi y nos fuimos a casa.

Entramos apresuradamente. No teníamos la certeza de que no nos hubiesen seguido. Había que pensar rápido y lo único que se me ocurrió fue llevármela al pueblo, a la casa de mis abuelos.

Hicimos el equipaje y salimos en dirección al ascensor. Vi que subía y que iba a parar en nuestro piso, la arrastramos escaleras abajo y nos quedamos escondidas.

Alguien paró delante de nuestra puerta y llamó, como no abríamos comenzó a aporrearla y a gritar el nombre de Elin. Reconocí al instante la voz, era el tal Pablo, el que la buscaba en casa de Marga.

Cuando se cansó de llamar, esperamos un poco hasta comprobar que se iba y bajamos al garaje. Mis abuelos estaban hace un par de años en una residencia, así que podríamos quedarnos allí el fin de semana sin que nadie nos molestara y pensar tranquilamente que íbamos a hacer.

Llegamos casi a las diez de la noche. Tumbamos a Elin en el sillón mientras Marta y yo hacíamos las camas y preparábamos algo de cenar. Antes de sentarnos a la mesa desnudamos a Elin y le dimos una ducha para ver si reaccionaba. Poco a poco fue volviendo en sí, aunque no es que estuviera consciente del todo.

Intentamos que cenara algo, pero fue inútil. Se revolvió y llegó a ponerse violenta, así que al final la tumbamos de nuevo en el sillón y nosotras nos quedamos tomando unas copas mientras pensábamos en lo que podíamos hacer.

Escondidas

Por la mañana oí a Marta preparando café en la cocina. Había venido infinidad de veces a casa de mis abuelos y sabía perfectamente donde estaba todo. Elin dormía a mi lado y no tenía pinta de despertarse con facilidad, así que desayunamos y la dejamos descansar todo lo que necesitó.

A la una, como salida de una caverna apareció en la terraza, donde Marta y yo estábamos tomando un aperitivo.

Yo, no lo voy a negar, estaba bastante enfadada con ella. Empezaba a entender a qué se refería Carmen cuando me advertía sobre sus locuras. Me preguntaba si de no haberla seguido Marta habría vuelto a casa, o si su plan era desaparecer. Esa manera de hacer los planes por su cuenta y de mentirme, me tenía bastante decepcionada.

Se acercó para darme un beso y yo giré la cara, así que me besó en la mejilla. Notó mi rechazo pero no dijo nada. Se sentó a mi lado y miró a Marta, buscando complicidad, pero no la encontró.

– ¿Quieres un café? –le preguntó.

– No, me apunto a la cerveza con vosotras –dijo señalando lo que estábamos bebiendo.

Marta se fue a la cocina para traérsela.

– Que te metiste ayer –le pregunté muy seria.

– LSD, pero me dio un mal viaje, ya no estoy acostumbrada –contestó como si aquello fuera normal.

Marta entró con un café y un sobao pasiego y se lo plantó delante.

Se dio cuenta de que no estábamos de broma. Bajó la mirada y se centró en desayunar.

Después del café pareció que empezaba a entrar en razón. De pronto caí en algo. Les dije que iba al servicio y entré en la casa, revisé su bolso. No me equivocaba. El motivo por el que había ido al siniestro piso del otro día no era para comprar droga, era para venderla. Esa era una manera rápida de sacar dinero, sólo que al camello, la invitación a LSD se la habían pagado con creces a cambio de la información.

Dejé todo como estaba y volví fuera.

– Elin, tenemos que hablar de todo esto. Ayer el tal Pablo se presentó en casa a buscarte, por eso estamos aquí. Le he contado todo a Marta, no quiero que a ninguna nos pase lo mismo que a Carmen o algo peor –dije señalando en dirección al cementerio.

– Cariño, ya voy a resolverlo. He hablado con un amigo que me va a ayudar –afirmó intentando parecer segura.

– ¿Con un amigo? ¿Te refieres al camello que te ha dado todo lo que llevas en el bolso y luego te ha vendido? –pregunté con cierta sorna.

Se quedó callada. Yo sabía que no le había gustado que registrara su bolso, pero en este momento no se sentía con la suficiente autoridad como para reclamar nada.

– Mira, la realidad es que no podemos volver al piso, si lo hacemos estaremos expuestas a cualquier cosa que nos quieran hacer, así que tú dirás... ¿Has pensado en hablar con tus padres? Quizá te ayuden –le dije sabiendo que aquello le iba a tocar la fibra sensible.

– Hace más de cuatro años que no sé nada de ellos, creo que me han dado por perdida –contestó.

Marta nos observaba, no quería intervenir aunque se sentía en derecho de hacerlo, su vida

también estaba en peligro.

– Creo que no estáis enfocando bien las cosas. Lo primero que hay que pensar es como mantenernos a salvo y lo segundo si hay alguna manera de que la descerebrada de tu novia pueda pagar lo que debe, o si lo mejor sería que se fuera del país –dijo visiblemente enfadada.

Elin bajó la mirada. Si Marta le hablaba así, no quería ni pensar lo que sentía yo. En ese momento parecía una niña, que sabe que lo ha hecho mal y que no tiene ni idea de cómo arreglarlo.

No pude evitar que me diera pena y es que a pesar de lo mal que lo estaba haciendo, yo sabía que intentaba resolverlo y además la quería, aunque a estas alturas tenía clarísimo que ese amor me iba a complicar mucho la vida.

El fin de semana pasó rápido, poco a poco nos fuimos relajando hasta casi olvidar todo lo que se nos venía encima. Marta llamó a Patricia y le dijo que estábamos pintando la casa y ella por supuesto nos invitó a pasar dos semanas en su mansión, espacio no faltaba y además sus padres volvían a estar de viaje con lo que nadie nos molestaría.

El domingo a media mañana nos fuimos camino a La Moraleja. Ya que pensábamos beneficiarnos de su hospitalidad, lo mínimo era ir a comer con Patricia y que no pasara sola el día.

Antes de salir hablé con Marga, me aconsejó que esa semana no apareciera por allí. Ya haría alguna semana extra en las vacaciones de verano, para que Andrea pudiera tener algo de tiempo libre. Yo sabía que sólo lo decía para dejarme tranquila, jamás me la iba a reclamar, si no lo había hecho en otras ocasiones, no lo iba a hacer ahora que había una causa justificada.

A la una y media llegamos a casa de Patricia, el vigilante nos abrió la cancela sin preguntar siquiera, estaba claro que nos esperaba.

Quédate

Los primeros días Elin no salió de casa de Patricia. Nosotras íbamos cada mañana a nuestras respectivas clases y ella nos esperaba disfrutando de las múltiples diversiones que ofrecía la inmensa finca. No es que aquello fuera una solución, pero era un magnífico lugar para estar mientras se nos ocurría algo. Yo no paraba de darle vueltas a las cosas, pero todas las opciones en las que pensaba o eran imposibles o pasaban por algo ilegal, que difícilmente me atrevería a llevar a cabo.

Aquel día el profesor de Materiales III se había puesto enfermo, así que Marta y yo volvimos a casa una hora antes de lo habitual. Al llegar nos sorprendió que Elin no estaba allí. Preguntamos al chófer y nos dijo que la había llevado al centro, al barrio de Malasaña y que le había dicho que volvería en un taxi. Ya de paso averiguamos que todos los días que creíamos que se había quedado en la casa había salido volviendo justo antes que nosotras.

Me llevaban los demonios, y no sólo porque una y otra vez me estuviese mintiendo, también estaba realmente preocupada por su vida.

Diez minutos antes de la hora a la que nosotras habríamos vuelto oímos a Gladis saludarla a la entrada. Siempre que llegábamos la encontrábamos nadando en la piscina cubierta así que nos fuimos allí a esperarla.

Entró y se tiró a la piscina sin mirar a los lados. Nos metimos en el agua y cuando vino de vuelta de su segundo largo se dio de bruces contra mí.

– ¿Qué hacéis aquí tan pronto? –dijo sorprendida al encontrarnos en la piscina a una hora que no deberíamos ni haber llegado a casa.

– Hemos salido un poco antes –le dije sin dar más explicaciones.

Estuvimos nadando un rato y pronto Patricia que volvía de clase vino a buscarnos para comer.

Mi relación con Elin se estaba empezando a resentir con tanta tensión. No es que en la cama nos fuera mal, pero estar con alguien tan problemático y tener la sensación de que en cualquier momento iba a hacer algo que me iba a complicar aún más la vida, me estaba empezando a pasar factura.

Salimos de la piscina y mientras ella se duchaba inspeccioné su bolso. Tenía un montón de dinero, aunque desde luego no era el suficiente como para pagar lo que debía. De nuevo estaba actuando por su cuenta sin decirme nada.

Después de comer nos fuimos a echar un rato la siesta, evidentemente era una forma de hablar. Normalmente aprovechábamos para disfrutar de un par de horas de intimidad, pero aquel día yo no tenía ganas.

Nos sentamos en la cama y Elin se acercó y comenzó a besarme el cuello. La paré de manera brusca.

– ¡Tenemos que hablar! –le dije escurriéndome de sus besos.

– ¿Qué ocurre cariño? –contestó haciéndose la sorprendida

– Elin, quiero dejarlo, no puedo seguir contigo –afirmé intentando que no me temblara la voz.

Se quedó callada mirándome. Me di cuenta de que realmente no se lo esperaba. Estaba acostumbrada a que todos pasaran por el aro con tal de estar con ella. Seguramente era la primera

vez que la dejaban en su vida.

– ¿No me quieres? –preguntó.

Me costaba contestar aquella pregunta sin venirme abajo, pero estaba decidida, así que contesté.

– Más de lo que he querido nunca a nadie. Me volví loca por ti desde el primer día que te vi, pero no puedo vivir así. Eres una cría, una inconsciente, actúas sin pensar en las consecuencias y no puedo confiar en ti. Me mientes una y otra vez y por más que te pido que no lo hagas te da lo mismo. No te engañes Elin, eres tú la que no me quieres –y tras esto me levanté y comencé a hacer mi equipaje.

Elin me miraba, vi como las lágrimas resbalaban por su rostro, pero seguí metiendo una a una mis cosas en la bolsa de viaje. Yo no quería mirarla para no derrumbarme.

– Por favor, ¡quédate! –me dijo cogiéndome con suavidad el brazo.

– ¿Para qué Elin? ¿Para que mañana me vuelvas a mentir? –le dije moviendo la cabeza.

– Tienes razón, es que estoy desesperada y no se me ocurre otra manera de conseguir dinero rápidamente –contestó

– Mira, ya te voy conociendo, y sé que desde luego no eres una traficante. Lo que va a pasar es que antes o después te van a pillar y si te meten en la cárcel, ese del que estás huyendo tendrá la mitad del trabajo hecho –afirmé mientras mis ojos se llenaban de lágrimas.

– No te vayas, te juro que no te voy a volver a mentir –

– ¿Y por qué debo creerte? –pregunté

– Porque te quiero, porque lo que siento por ti no lo había sentido nunca por nadie y estoy dispuesta a hacer lo que me pidas, con tal de que te quedes a mi lado –contestó mientras me retenía de manera que yo no pudiese apartar la mirada.

Había sacado todas sus armas, era la primera vez que me decía lo que sentía por mí, había bajado de su pedestal divino al mundo de los mortales y yo quería creerla. Me senté a su lado en la cama, verla llorar me rompía el corazón. Le sequé las lágrimas con las manos y la abracé.

– Ya no llores más. Te creo y me quedaré contigo –le dije y la besé.

El acuerdo

Después de aquel día las cosas mejoraron mucho entre Elin y yo. Estaba claro que ver que me perdía le había hecho reflexionar. Aun así, la solución al problema estaba muy lejos aún de ocurrírseos y el tiempo corría en nuestra contra. Pronto se cumplirían las dos semanas, tendríamos que volver a casa o encontrar algún otro lugar donde escondernos y ese era el menor de nuestros problemas.

Yo pasaba mucho tiempo dándole vueltas a todo, buscando alternativas y lo único que se me ocurría era hablar con sus padres, pero Elin era reacia a hacerlo, la relación con ellos estaba completamente rota. Yo le podía pedir algo de dinero a Marga y pagárselo poco a poco, pero no tanto como necesitábamos. Estábamos en un callejón sin salida.

Mientras nosotras nos encontrábamos inmersas en nuestro gran problema, Marta y Patricia estaban viviendo un precioso romance. Me di cuenta de que no le estaba prestando nada de atención a mi amiga, que por primera vez desde que la conocía, y eso eran muchos años, se había enamorado de alguien.

El día que habíamos quedado en volver a casa, se palpaba una mezcla de drama y miedo en el ambiente. Yo sabía de sobra que era muy peligroso hacerlo, pero antes o después debíamos afrontar la realidad. Aquella gente sabía dónde vivíamos y no había ninguna duda de que irían a buscarnos, o a matarnos.

Hablé con Marta, yo no podía permitir que se pusiese en peligro. Con mi sueldo no me daba para alquilar dos pisos, pero si para pagarle al menos a ella una habitación en algún lugar más seguro.

Llamé a Mónica. Su compañera de piso, una danesa que había venido con el programa *Erasmus*, acababa de volver a su país y les quedaba una habitación libre. Negocié con ella un precio, al fin y al cabo quedaban sólo tres meses hasta final de curso y les iba a ser difícil encontrar a alguien para tan poco tiempo. Marta se revolvió un poco, pero a la postre aceptó a regañadientes. ¡Un problema menos!

El tinte de pelo, que pareció tan buena idea al principio, perdió todo su efecto cuando Elin contactó con su amigo el camello. Los que la buscaban ya sabían cual era su imagen actual, así que tendríamos que pensar en otra cosa para que no la reconocieran.

Recogimos todo y le dimos las gracias a Patricia por alojarnos. Le pareció un poco raro el cambio de residencia de su novia, pero Marta le contó que necesitábamos más intimidad y eso terminó por convencerla.

Yo aproveché el día anterior para comprar un par de pelucas pelirrojas, si no bajábamos del coche y entrábamos directamente por el garaje, quizá no nos reconociesen, aunque de sobra sabía que aquella era una solución de lo más ingenua.

Llegamos a casa el domingo a las doce de la mañana, con las pelucas y unas enormes gafas de sol que nos tapaban media cara. Cuando estábamos cerca le dije a Elin que se pusiese atrás y se tumbase. Seguramente esperaban que llegáramos las dos, ver sólo a una podía despistarles. Otra ingenuidad más.

Entramos en casa y cuando no llevábamos allí más de media hora llamaron al timbre. Nos

sobresaltamos. Puse el dedo índice en los labios en señal de silencio y me acerqué a la mirilla de la puerta. ¡Era el maldito Pablo!

– Abre la puerta, sólo quiero hablar con vosotras –dijo con una voz que parecía amable.

Elin me miró indicándome con el dedo que no hiciera caso.

Él sabía que estábamos allí, alguien me había visto llegar. A estas alturas seguro que ya conocían hasta la matrícula de mi coche.

– Vete, voy a llamar a la policía –dije mientras echaba el cerrojo de la puerta.

Él se rió de forma estrepitosa.

– Mira, no tenéis muchas salidas, si no queréis terminar muertas en una cuneta, puedo proponeros una solución – dijo de nuevo suavizando el tono de su voz.

Elin se acercó a la puerta.

– Está bien, ¡hablemos! Pero no aquí. Mañana a las dos en el Café Comercial –le dijo asomándose por la mirilla para ver su reacción.

Él tardó un poco en contestar y finalmente dijo:

– De acuerdo. Es la última oportunidad, ¡no me la juguéis! – y mientras lo decía pasó el pulgar lentamente por su cuello.

Oímos como avanzaba por el pasillo hasta el ascensor y corrimos a la terraza para comprobar que efectivamente salía del portal, como así fue. Yo me desplomé sobre la silla, me tuve que agarrar a la barandilla para no caerme, me temblaban las piernas.

– Tranquila mi amor. Mañana iré yo sola a hablar con él –me dijo intentando serenarme.

Elin se quedó pensativa, sabía que ella no tenía escapatoria, pero yo no estaba preparada para meterme en ese mundo oscuro. Aunque a estas alturas estaba ya tan implicada, que dudaba de que pudiese convencerles de que me dejaran fuera del trato.

Intentamos normalizar lo más posible el resto del día. Nos cambiamos y bajamos a La Estación para tomarnos unas cervezas y olvidar por un rato todo aquel asunto. Al llegar nos encontramos con Mónica e Iván, aún no había tenido ocasión de presentarles a Elin. Por unas horas sentí que recuperaba mi vida anterior, la de una estudiante de ingeniería, sin más preocupaciones que aprobar y hacer compañía a Marga por las tardes a cambio de un más que aceptable sueldo.

La decisión

El lunes fui a la escuela, le pedí a Elin que se viniera a clase conmigo. No es que no me fiase de ella, la verdad es que desde el día que estuve a punto de dejarla no me había vuelto a fallar. Pero ninguna de las dos queríamos dejar a la otra sola. Se pasó todo el tiempo mandándome notitas como cuando estábamos en el colegio. Más me habría valido quedarme ese día en casa, pero al menos cogí los apuntes. A última hora tuvimos que salirnos a mitad de clase para llegar a tiempo a nuestra cita. Se montó un pequeño revuelo, mis compañeros eran en su mayoría chicos y una chica como ella no pasaba desapercibida. Al final el profesor tuvo que pedir silencio, pensé que ya tenía mínimo un punto menos en el examen...

Para llegar a tiempo cogimos dos autobuses, íbamos tan justas de hora que no nos dio ni para ponernos nerviosas.

Entramos en el Café Comercial. Elin se acercó a la barra y saludó a Teresa, me contó que habían coincidido alguna noche en el Truco. Era una morena de pelo rizado que se movía por la barra como una gacela. Nos despedimos de ella y entramos en la sala, donde habíamos quedado con Pablo.

Quince minutos después le vimos entrar por la puerta giratoria. Le hicimos una señal y vino directo hasta nuestra mesa.

Yo me mantuve callada casi todo el tiempo. Tratar con sicarios no era mi especialidad. Me sorprendió la aplastante seguridad de Elin, incluso se permitió retarle en ciertos momentos de la conversación, como si aquel tipo no pudiera ordenar su muerte aquella misma tarde.

Al fin nos contó cual era la maravillosa opción que nos ofrecía para saldar la deuda y salvar la vida. Quería que las dos hiciésemos un nuevo viaje a Colombia, allí debíamos contactar con un tal Mauricio Juárez que nos entregaría la mercancía que traeríamos de vuelta a España. Yo me veía venir algo así. En ese momento lo que se me pasó por la cabeza fue salir corriendo, comprar dos billetes de avión sólo ida al lugar más recóndito que hubiese y desaparecer del mapa. Inventar una identidad y empezar allí una nueva vida con ella. Pero para eso tenía que renunciar a mi familia y al resto de mis seres queridos y no estaba dispuesta a hacerlo.

Elin le propuso ir sola, afirmó que traería toda la mercancía que tenía preparada para las dos, pero él se negó. Si no lo hacíamos juntas no había trato.

Nos dio de plazo hasta el viernes para pensárnoslo, aunque la verdad es que no teníamos otra opción. Así que para que retrasar más las cosas. Le dijimos que sí y quedamos el viernes en el mismo sitio para que nos diera los billetes y las últimas instrucciones.

Cuando se fue y nos quedamos solas noté como la cabeza me daba vueltas. Elin me agarró de la mano. Ella ya lo tenía todo pensado, no iba a permitir que yo me arriesgase a que me cogiesen y pasar ni se sabe el tiempo en una cárcel colombiana. Pensaba cargar con todo ella sola. Por supuesto no me lo dijo.

El viernes tal y como habíamos quedado nos dio los billetes, pasaríamos allí una semana, de domingo a domingo. Yo había decidido no pensar en ello, de alguna manera hasta me hacía ilusión visitar Colombia. Mis viajes por el mundo se contaban con los dedos de una mano, y esta experiencia me resultaba muy excitante, pero yo no era una idiota, sabía que era muy peligroso y

que desde luego no era ningún juego. Mi actitud sólo era una manera de vencer el miedo.

El viernes por la tarde fui a casa de Marga como cada día. Yo no le había contado nada de lo que íbamos a hacer. Sabía que pondría el grito en el cielo. Mi ausencia de la siguiente semana la justifiqué con un curso seminario de obligada asistencia que me habían puesto en la escuela. Le dije a Marga que Marta me sustituiría, ya en alguna ocasión me había hecho el favor por exámenes o algún viaje de estudios. Ellas se llevaban muy bien, así que Marga no me puso ninguna pega.

Me preguntó cómo iba el asunto y por primera vez en muchos años le mentí. Le conté que los padres de Elin habían decidido ayudarla y que había llegado a un acuerdo para pagar la droga en tres plazos. La verdad es que hasta a mí me sonaba raro mientras lo contaba, pero fue lo único que se me ocurrió.

A Marta le tuve que contar la verdad, además irme a esa aventura sin que nadie supiera lo que estaba haciendo me parecía muy imprudente. Mi decisión no estuvo exenta de cierto egoísmo. Cargar a Marta con el peso del silencio era una tremenda faena, pero ella me quería mucho y sabía que si lo hacía era porque no había encontrado ninguna solución mejor.

Por la noche la habíamos invitado con Patricia a cenar en casa, Elin se ocupó de todo mientras yo estaba con Marga. Con tanto huir de sicarios y camellos, casi no habíamos tenido oportunidad de dedicarnos tiempo como una pareja normal. Aquella noche descubrí que era una maravillosa cocinera y no sólo eso, su educación era exquisita y cuando quería podía ser una gran anfitriona.

Llegué a casa pasadas las nueve. Ya estaba todo preparado, había puesto la mesa, no parecía una cena en un piso de estudiantes. Entre en la cocina y vi a Elin, se había teñido el pelo de su color, volvía a ser la increíble rubia de la que me enamoré. De morena estaba muy guapa, pero de rubia me volvía loca. Llevaba un vestido negro y zapatos de tacón, estaba espectacular.

– Estás impresionante, si no fuera porque las chicas están a punto de llegar te haría el amor aquí mismo –le dije mientras la cogía por la cintura y la besaba apasionadamente.

Me sonrió.

– No me tientes... –contestó agarrándome del cuello y devolviéndome el beso.

Mientras ella terminaba con los últimos detalles me fui al dormitorio a cambiarme. En seguida sonó el portero automático. Acababan de llegar.

La cena fue muy divertida, la complicidad de Marta y Patricia era tremenda, las dos eran muy cómicas. Entendí por qué Marta se había dejado cazar. Los intercambios de miradas y besos entre cada pareja fueron constantes. Pensé que cuando acabara la pesadilla y pudiéramos al fin llevar una vida normal, serían unas perfectas compañeras de viaje.

Después de cenar, tomamos un par de copas, pero la velada no se alargó demasiado. Todas teníamos bastantes ganas de intimidad.

Antes de que se fueran le pedí a Marta que viniera un momento a la cocina. Le había preparado un sobre con todos los teléfonos y direcciones que le podrían ser útiles si algo salía mal. Los de mi familia, el del comisario Villegas y el nombre y apellidos del padre de Elin, no sabía dónde estaba actualmente, pero pensé que con esos datos no sería complicado localizar a un diplomático importante. Le dije que estaba segura de que todo iría bien, pero que era mejor estar preparadas para cualquier eventualidad. Marta lo cogió y me dio un cariñoso abrazo.

– Ten mucho cuidado por favor –me dijo acariciándome la mejilla.

Salimos y nos reunimos con Elin y Patricia, pero sólo para despedirnos.

A la una y cuarto al fin nos quedamos solas.

Volar

Cuando se fueron las chicas nos servimos una última copa. La tomamos tranquilamente, sin prisa a pesar de que las dos nos deseábamos. Sabíamos que teníamos toda la noche y todo el día para amarnos.

– ¿Como estás? ¿Nerviosa? –me preguntó Elin.

– Un poco, la verdad –le dije

Se sentó a mi lado y pasó su brazo sobre mis hombros y yo apoyé la cara en su pecho. El latido de su corazón ejercía un efecto tranquilizador en mí. Respiré profundamente mientras me abrazaba a su cintura.

– Yo cuidaré de ti, no tengas miedo –siguió mientras me acariciaba el pelo.

Sus manos eran suaves, noté como sus dedos me rozaban intencionadamente el cuello. Me aferré con fuerza a ella. Estaba aterrorizada, pero había algo que me daba mucho más miedo que lo que íbamos a hacer: perderla.

Ella me separó con suavidad mientras se tumbaba en el sillón. La miré, tenía tantas ganas de tocarla. Me tumbé a su lado y mis manos se escurrieron por debajo del vestido. Sin quitarle la ropa comencé a acariciarla y noté como se excitaba. Le di la vuelta y me tumbé sobre ella sin dejar de tocarla. Le subí el vestido y me abrí paso entre sedas y encajes, retirándolos sólo lo suficiente para que mis dedos pudieran penetrarla. Me pidió que la desnudara, así que bajé lentamente la cremallera y la dejé tan sólo con la ropa interior. Tenía un cuerpo perfecto. Mi lengua comenzó a recorrerla, rodeando la escasa tela que aún la cubría, sumergiéndose bajo ella, retirándola con los dientes. Aquella pantera salvaje se mostraba sumisa y rendida a cada uno de mis movimientos. Con suavidad guio mi boca acogiéndola entre sus piernas y sin dejar de penetrarla, seguí el camino que sus gemidos me marcaban, sin detenerme hasta que sentí como se revolvió, queriendo huir de mis labios, cuando aquel intenso orgasmo se la llevaba, hasta que cayó extenuada.

La arrojé con mi cuerpo y la besé apasionadamente y después acercándome a su oído le susurré: “te quiero”.

Elin se levantó y me llevó hasta el baño, puso el tapón y mientras la bañera se llenaba, comenzó a desnudarme, cubriéndome de besos. Me sumergió en el agua y abrió sus piernas colocándose tras de mí. Con extrema delicadeza fue lavándome cada recodo y cuando hubo terminado sus manos comenzaron a acariciarme y sus labios a besarme, sentí que me estremecía con el paso de sus dedos, me rendí, dejando mi peso sobre su pecho desnudo. Giré la cabeza para besarla mientras el placer me invadía como un volcán en el mismo momento de la erupción. Noté desbordarse sobre mí la ardiente lava y golpear mi corazón, y tras tocar el cielo, desmayar al fin mi cuerpo, como una marioneta a la que le cortan los hilos...

Elin no dejaba de abrazarme y yo recuperaba poco a poco el aliento, mientras sentía que no había ningún lugar en el mundo en el que se estuviera mejor, que en aquel baño templado, protegida por su cuerpo.

Cuando salimos del agua, nos secamos con cuidado y nos fuimos de la mano hacia nuestra cama. La noche fue larga, teníamos muchas ganas de darnos amor, así que mi despertador natural no

sonó, cuando abrí los ojos eran casi las doce.

Elin se había levantado, la oí en la cocina preparándose el desayuno, remoloneé un poco, quería esperar a que viniera a buscarme. Al rato entró en la habitación, se sentó en la cama a mi lado y me dio un dulce beso.

– Buenos días dormilona –me dijo sonriente.

– Buenos días mi amor –respondí incorporándome para besarla de nuevo.

Hacia un día precioso, nos sentamos en la terraza a desayunar sin ninguna prisa.

Elin estaba extremadamente cariñosa conmigo y no es que no me encantara, pero yo sabía que tras esos cuidados había un por qué. Ella se sentía culpable por haberme metido en este lío y sabía que el peligro que íbamos a correr podía cambiar mi vida para siempre. Si hubiese tenido la seguridad de que desapareciendo yo iba a estar segura, se habría marchado. Pero la amenaza de Pablo no pesaba sólo sobre ella. Él sabía que Elin haría cualquier cosa por mí y me utilizaba como medio de presión y lo que ella temía, es que esa utilización no fuese solamente un chantaje, que yo fuese el cordero del sacrificio, el cebo para una operación mayor. Aquello era muy habitual y yo era lo suficientemente inocente e inexperta, como para que me pillaran y así aprovechar el despiste para pasar un alijo mucho mayor. Por ese motivo había decidido que sería ella la que pasaría toda la coca, me pusiera yo como me pusiera.

Yo por mi parte, confiaba en mi inteligencia. Es verdad que no tenía ninguna experiencia en esas lides, pero lo que sí tenía claro es que podían tendernos una trampa. Era plenamente consciente de que la pieza más débil del tablero era yo, y no sólo eso, era consciente de que esto era evidente para todos, incluida Elin. Sabía que ella intentaría salvarme, pero yo tenía un plan mejor: salvarnos a las dos.

Después de desayunar decidimos salir a dar un paseo, aprovechando el sol primaveral. Íbamos agarradas de la mano, haciéndonos carantoñas y besándonos cada tres metros. Esa podía haber sido nuestra vida real, pero el destino nos tenía preparado algo mucho más complicado.

Durante el resto del día evitamos hablar del tema, íbamos a tener una semana en Colombia para no pensar en otra cosa que en eso. Me di cuenta de que apenas nos conocíamos, nuestros mundos habían sido muy distintos, hablamos de nuestras familias, de la infancia, de como habíamos llegado a ser lo que cada una éramos. Dos caminos diametralmente opuestos que se habían juntado en un punto y que si todo iba bien ya no se separarían nunca. Yo era conciliadora y ella rebelde, yo responsable y ella osada, yo reflexiva y ella impulsiva. Pero sí teníamos algo en común, las dos amábamos apasionadamente, y aquel amor nos hacía en cierto sentido cambiar los papeles y convertirnos por él, en seres complementarios.

La noche llegó mucho antes de lo que nos hubiese gustado. Habíamos dejado todo preparado desde el viernes para no tener la presión de última hora y estar lo más relajadas posible.

Yo me había guardado algunos ases en la manga que ni siquiera le había contado a Elin, había preparado un par de reuniones en Bogotá, relacionadas con mis estudios que justificarían nuestro viaje, porque una sola semana resultaba un poco escasa para que resultara creíble un viaje turístico. Cuando me vio meter apuntes en la maleta, se rio de mí, me llamó incorregible, pero todo aquello tenía un porqué.

Lo mío era estudiar, por eso desde hacía algún tiempo había estado yendo en mis pocos ratos libres a la Facultad de Ciencias de la Información, consultando en su hemeroteca todo lo que pude hallar sobre el *modus operandi* de los narcos y de las “mulas”. Por todo esto, a pesar de que mi experiencia era nula, mis conocimientos sobre el tema eran casi los de un periodista de investigación. Mi única duda era si sería capaz de conservar los nervios cuando llegara el momento.

El domingo por la mañana nos levantamos tranquilamente, desayunamos y nos fuimos al aeropuerto de Barajas para coger un vuelo destino Bogotá. A las cinco y media, hora de Colombia, estábamos aterrizando en El Dorado

Colombia

Cogimos un taxi y nos fuimos al hotel que nos habían reservado. Era un hotel pequeño y céntrico. Teníamos instrucciones de esperar allí al tal Mauricio Juárez que nos diría lo que teníamos que hacer. Abrí la maleta sobre la cama y le pedí a Elin que hiciera lo mismo, pero que no la deshiciera. Me miró un poco extrañada.

– Tengo un plan, luego te lo explico –le dije tranquilamente.

No le dio tiempo a preguntarme nada, porque de pronto llamaron a la puerta. Abrimos, un tipo enjuto, de apenas un metro y medio entró dispuesto cerrando tras de sí. Estuvimos hablando con él casi una hora, nos dijo lo que debíamos hacer para parecer unas turistas más y quedamos con él en que el viernes nos llevaría la mercancía en dos maletas, camuflada en el doble fondo. Elin que ya había hecho una vez el viaje, le dijo que sabía como funcionaba todo y el tipo se relajó. Le pregunté cómo eran las maletas, si no sospecharía la policía. Y me describió con todo lujo de detalles el modelo, para hacerme ver que eran muy comunes, incluso me dijo que él mismo las había comprado en una tienda cercana al hotel. Después de un apretón de manos nos despedimos. Dimos por sentado que era Mauricio, aunque realmente nunca lo comprobamos.

Cuando salió colgué un par de cosas en el armario y metí casi toda la ropa de Elin en mi maleta. Ella me miraba atónita, no entendía lo que estaba haciendo.

– No nos vamos a quedar aquí –le dije mientras deshacía la cama y descolocaba las toallas del baño, para simular que las habíamos utilizado.

– ¿Me vas a explicar ya tu plan? –preguntó intrigada.

– ¿Tú crees que simplemente con llevarles la coca te van a perdonar la deuda? Estoy convencida de que esto es una trampa, seguramente somos el cebo para pasar una cantidad mucho mayor. Elin, no quiero que acabemos en una cárcel colombiana –contesté.

Elin me miró con admiración, nunca hasta ahora me había visto tomando la iniciativa de aquella manera.

Cogimos la maleta y salimos del hotel aprovechando que el recepcionista, que también atendía el bar, estaba con unos clientes.

Ya en la calle cogimos un taxi que nos llevó al aeropuerto de nuevo. Entramos y nos dirigimos a la oficina de alquiler de coches que había en la terminal. Yo había reservado uno desde España, al igual que otro hotel cercano a la universidad, donde pensaba reunirme con Carlos Méndez, catedrático de la Universidad Nacional de Colombia y experto en materiales, para recabar una información vital para mi proyecto fin de carrera.

El hotel tenía un parking desde el que se podía acceder directamente a las habitaciones, yo lo tenía todo pensado.

Tras el check in, subimos a la habitación, que nada tenía que ver con la otra y ahí si comencé a deshacer la maleta y a colocar todo en el armario.

Por la mañana nos levantamos temprano, yo había quedado con el profesor a primera hora para que después nos diera tiempo a seguir con el plan. Elin me acompañó y esperó en la cafetería a que terminase mi reunión. Cuando salí le dije que estaba contenta del resultado, que volveríamos el jueves por la mañana para recoger toda la información que gentilmente se había ofrecido a

darme y que hasta entonces teníamos todo el tiempo del mundo para hacer turismo o lo que quisiéramos, salvo una última cosa que quería hacer aquella misma mañana.

Cogimos el coche y volvimos a las inmediaciones del primer hotel, en seguida localicé la tienda en la que nuestro contacto dijo que había comprado las maletas. No había ninguna duda del modelo, según su descripción, sólo podía ser una. Así que compré dos iguales y las metí en el maletero del coche. Es cierto que el modelo era muy común, pero el color era demasiado llamativo, quizá era la señal que tenían con los policías corruptos del aeropuerto.

Cuando volvimos al coche, Elin me sonrió.

– Eres increíble. Y yo que pensaba que te tendría que proteger – dijo dándome un beso.

Durante la semana, tal y como nos habían aconsejado visitamos todos los lugares emblemáticos de Bogotá y sus alrededores. Cada noche entrábamos en el primer hotel y nos íbamos en cuanto Alonso, que así se llamaba el recepcionista se despistaba. El jueves, tal y como había quedado volví a la universidad y recogí todo el material que Carlos Méndez me proporcionó. Que por otra parte, realmente me era útil.

Cuando llegó el viernes, nos quedamos en el hotel por la mañana para esperar a que nos trajeran las maletas cargadas de coca. Mauricio, llamó a la puerta y nos dejó la mercancía tal y como habíamos acordado. Reconozco que sentí cierto pánico, sólo el hecho de guardar aquello en la habitación ya me parecía muy peligroso. Aquella noche, como todas las demás salimos del hotel, en dirección a nuestro verdadero alojamiento, con seis kilos de cocaína en el maletero. Fue un buen ensayo para entender lo que sentiría en el aeropuerto, cuando pasase el control aduanero.

Elin todavía no sabía cual era el plan, aunque se lo imaginaba, más cuando me vio comprar seis kilos de harina de maíz.

La tarde del sábado la pasamos preparando las maletas, era imposible meter toda la harina en el doble fondo, así que lo que hicimos fue meterla en unas bolsas negras, simulando las que los narcos utilizaban para la coca. Las acomodamos de manera que pareciese que las estábamos ocultando y pusimos nuestra ropa sobre ellas. Subimos a la habitación las otras maletas y las guardamos dentro del armario. Yo había comprado un billete para el lunes. Mi plan verdadero era salir al día siguiente sin que nadie lo esperara.

Cuando llegamos al aeropuerto dejamos el coche en el parking, para volver al hotel una vez que todo hubiese pasado. Esperamos al límite, para asegurarnos de perder el vuelo, aquello era fundamental. Nada más entrar en la terminal, me di cuenta de que no me había equivocado, nuestro contacto estaba hablando en un rincón con uno de los policías de la aduana. Hice como que no le había visto. Me quité las gafas de sol y las utilicé como espejo, vi cómo nos señalaba en el momento que estuvimos de espaldas.

Nos pusimos en la cola de control de pasaportes y cuando estábamos a punto de entrar en la zona de embarque, dos policías se nos acercaron, reclamando que les enseñásemos la documentación y el equipaje. Yo protesté diciendo que íbamos muy justas de tiempo y que perderíamos el vuelo, pero ellos nos pidieron que les acompañáramos. Nos metieron en un cuarto. Había otros “turistas” allí.

– Que llevan en la maleta –preguntó una policía.

– Ropa, apuntes y libros y algo de harina para mi madre, en España no se encuentra de tan buena calidad –le dije sonriente y relajada.

Me miró de reojo mientras abría nuestro equipaje. Revolvió sacando los seis fardos negros y con un *cutter* los abrió. Tras comprobar que efectivamente era harina inspeccionó a fondo la maleta y miró a su compañero, el que le había dado el chivatazo. Miré el reloj, nuestro avión acababa de salir.

La policía se dio cuenta de que no podía retenernos más, así que nos dio la documentación y nos dejó cerrar nuestros equipajes. Nos indicó el mostrador en el que podíamos cambiar los billetes para el día siguiente y gestionar un alojamiento. Hicimos todos los trámites para no levantar sospechas, asegurándonos de que el delator no nos viera. Volvimos al parking y cogimos el coche para volver a nuestro hotel.

Yo tenía un amigo en una agencia de viajes y cuando le dije que me iba a Colombia, pero que no encontraba un billete económico para la vuelta, me ofreció volver en un vuelo de una de las excursiones que organizaba. Él mismo iba a hacer de guía turístico, así que quedamos el lunes en la puerta de su hotel, para que nos camuflara entre el resto de los viajeros.

Por la mañana, dejamos el coche en una oficina del centro y cogimos un taxi hasta el lugar de encuentro. Nos subimos a uno de los tres autobuses que iban al aeropuerto y llegamos, como unas turistas más con nuestras maletas, esta vez sí, cargadas de cocaína. El follón que montaban los tres autobuses de excursionistas en la puerta de embarque era tal, que los funcionarios apenas revisaban la documentación, y mucho menos los equipajes. De esta manera, logramos abandonar Bogotá milagrosamente indemnes.

Al llegar a Madrid, a pesar del cansancio por el estrés y por el jolgorio de nuestros compañeros de viaje, estábamos felices. Todo había salido a pedir de boca.

Ahora sólo faltaba quedar con Pablo y darle la coca y seríamos libres para siempre.

La entrega

Al no volver en el vuelo acordado, de nuevo nadie nos estaba esperando. Yo ni si quiera tenía claro que hubiesen mandado a alguien a recoger lo que estaban seguros de que nunca llegaría, salvo que hubiera otras “mulas” con mayores “alforjas” en aquel avión. Aunque no habíamos hablado demasiado de aquello todavía, las dos tuvimos claro desde el primer momento, que no pensaban que íbamos a volver con la carga. Supongo que de alguna manera era una venganza de los narcos contra Elin, por escaquearse durante tanto tiempo.

Cuando entramos en casa, lo primero que hicimos fue deshacer las maletas, sacar todas nuestras cosas y buscar en el doble fondo la cocaína escondida por los narcos. Me sorprendió lo meticuloso del trabajo, ni siquiera al levantar el forro de tela, se percibía como la habían manipulado. Cogí mi navaja y comencé a rasgar el fondo. Habían molido la pasta y la habían metido en bolsas de zip, perfectamente acoplada en los huecos que dejaban las barras de la maleta. Por el peso, era evidente que estaban los seis kilos. Ahora sólo teníamos que encontrar a Pablo y darle la mercancía y según el pacto que hicimos, Elin quedaría liberada de su antigua deuda y podríamos vivir como una pareja normal.

Por otra parte, tener seis kilos de coca en casa no era algo que me emocionase, cada kilo era una tonelada de piedras que tiraba de mí hacia el fondo del mar. Necesitaba que cuanto antes nos quitásemos aquel peso de encima.

Llamé a Marta para decirle que todo había salido bien y pedirle que me sustituyera un día más en casa de Marga. Estaba muerta, el jet lag me tenía descolocada, necesitaba descansar. Se alegró tanto de oír mi voz que me dijo que si quería me podía sustituir hasta el miércoles. La verdad es que me pareció una gran idea y a ella también le venía bien el dinero, así que quedamos en que no me incorporaría hasta entonces.

Después de sacar todo, nos dimos una ducha y salimos a cenar algo, lo que habíamos dejado en la nevera no era demasiado apetitoso y teníamos que celebrar que estábamos sanas y salvas.

Decidimos darnos un pequeño homenaje y nos fuimos a cenar al Cosaco, un recoleto restaurante ruso en la Plaza de la Paja. Era un lugar muy romántico y hacían un steak tartar delicioso. Elin no lo conocía y le encantó, fue un bonito remate después de tanta tensión.

Tras la cena nos fuimos a casa, yo recordé de pronto que el día en que vi a Pablo por primera vez me dio un número de teléfono para que se lo diera a Elin, me lo había guardado en el bolsillo del pantalón. Fui al armario a buscarlo y ahí estaba. Respiré pensando que podíamos contactar con él para darle la coca al día siguiente y volver a nuestras vidas. Ya era muy tarde para llamarle, lo haríamos en cuanto nos levantáramos.

A las dos nos costó bastante dormirnos, el cambio de horario y las emociones nos tenían completamente desveladas. Abracé a Elin y la acaricié hasta que se quedó dormida, poco a poco noté que a mí tan bien me vencía el sueño.

Cuando desperté Elin ya se había levantado, oí la ducha. Entré en el baño para darle los buenos días. Me quedé mirándola, me encantaba hacerlo cuando no me veía. Se giró y me sonrió mientras el agua de la ducha resbalaba por su cuerpo desnudo. Me hizo una señal para que entrara con ella y obedecí. Nos solapamos mientras el agua cálida nos envolvía. Era un momento íntimo,

sosegado, uno de esos en los que cualquiera querría quedarse toda la vida. Nos besamos. Elin me recorría con sus dedos, bajaba por mi espalda, se aferraba a mis glúteos, llevándome aún más hacia ella. Yo notaba cada parte de su piel que me rozaba. El agua navegaba entre nosotras, en cada curva, cada espacio. Mis manos tampoco se quedaron quietas, sin prisa se iban abriendo paso, acariciando su suave piel, bajando por sus pechos, encontrando su vientre, apoyándose en sus caderas, dibujando sus ingles. Su corazón y el mío redoblaban, sentía su respiración, más rápida, más profunda. Deseé sus manos mientras las mías resbalaban entre sus piernas, y no tardaron en cumplirse mis deseos. Sus dedos se movían intencionados, me esperaban, la esperaba. Dejamos que el placer nos embriagara, sin prisa, sin retos, sólo sintiéndonos. Que nos arrastrara. Sentí la tensión de su cuerpo y la del mío, como las cuerdas de una guitarra y luego aquel fuego, aquella explosión, aquel desmayo, tras el cual yo sólo podía pensar: “te quiero”.

Después de desayunar, Elin cogió el teléfono de Pablo y le llamó, dispuesta a zanjar de una vez por todas aquel turbio asunto. Se sorprendió mucho de nuestra llamada, nos dimos cuenta en seguida de que no había tanta comunicación entre ellos como cabía esperar. Al fin y al cabo, Pablo no era más que un intermediario, la cara visible de aquella red de tráfico de cocaína, pero era tan prescindible como la mayoría de los eslabones de la cadena.

Quedamos con él en el Templo de Debod, nos dijo que llevaríamos la coca en una mochila y que fuésemos allí a la puesta de sol, como dos enamoradas más. Que tras el ocaso, bajásemos al parking, él nos esperaría en un Citroën bx rojo.

Aquel día yo había decidido quedarme en casa con Elin, ya había faltado una semana a clase, por un par de días más tampoco iba a cambiar nada. Quería que estuviésemos tranquilas y acompañarla a saldar su deuda y después celebrarlo juntas.

Por la tarde, cogimos la mochila y nos fuimos andando hacia el lugar acordado. Vimos la puesta de sol, pero no era el día para embelesarse, estábamos demasiado tensas para dejarnos llevar. Cuando las últimas parejas se fueron marchando bajamos al aparcamiento que había bajo la balconada. Ya desde arriba habíamos observado el coche de Pablo llegar.

Nos acercamos a la ventanilla y él nos hizo señas de que entráramos. Arrancó, salió del parking por la calle Bailén y pronto se desvió a la derecha en dirección a la carretera de Extremadura. A unos cinco kilómetros paró en uno de los desvíos y nos pidió que nos vendáramos los ojos. A mí aquello no me gustaba nada, aunque entendía que no quería que supiéramos donde estaba su guarida. Con lo que Pablo no contaba era con mi avanzadísimo sentido de la orientación, con mi conocimiento de la zona y con algo, que era difícil saber de mí. Desde los cinco años, cada vez que íbamos en el coche mis hermanos y yo, jugábamos a una cosa: “adivina dónde”. Se trataba de adivinar con los ojos cerrados donde estabas en el momento que te lo preguntaban. Estábamos tan picados con el juego, que terminamos prácticamente memorizando el mapa de carreteras, y yo, aunque esté mal decirlo, era la mejor de todos. Así que cuando tomó el desvío, no me costó mucho saber la carretera que había cogido. Una vez que se salió de ella era cuestión de práctica, observación y memoria.

Paró y pronto me di cuenta de que estaba maniobrando para entrar en un garaje. Una vez dentro de la casa nos indicó que nos quitáramos los pañuelos. Atravesamos la cocina hasta llegar al salón. Allí nos pidió que nos sentáramos en un viejo sillón, no demasiado limpio y lleno de quemaduras de cigarros.

– Parece que os fue bien el viaje –afirmó con mirada irónica.

– Me extrañó no verte en el aeropuerto –le dijo Elin retadora.

Mantuvieron un instante la mirada y Elin cogió la mochila enseñándole lo que había en su interior.

– Aquí tienes lo tuyo –le dijo sacando las bolsas hasta completar los seis kilos.

Él las abrió una a una, sin prisa. Y fue comprobando que el contenido era el esperado.

– Tengo malas noticias para vosotras –dijo mientras se encendía un cigarro.

Aquello me cayó como un jarro de agua fría. ¿De qué estaba hablando?

Miré a Elin y ella me hizo un sutil gesto con la mano para que conservara la calma, me conocía ya lo suficiente como para saber que estaba a punto de protestar.

– ¿Qué ocurre? –le dijo bastante tranquila.

– El jefe no ha aceptado el trato, dice que es poco con lo que le hiciste perder –dijo tan tranquilo, como si no nos hubiésemos jugado la vida trayendo la maldita coca.

– No podemos volver a Colombia tan pronto, sería un suicidio – contestó Elin.

Yo permanecía callada, pero mi mente no paraba ni un segundo. Acababa de ser consciente del círculo vicioso en el que nos hallábamos. La palabra de aquella gente era tan volátil como el aire caliente que mantiene elevados los globos.

– Esta vez no tendréis que ir tan lejos –aseguró mientras dibujaba tres rayas de coca en el centro de la mesa.

Elin le preguntó y él nos contó en que consistía el nuevo encargo. La siguiente semana llegaba a Galicia un gran cargamento por mar, desembarcaban en la costa y después había que distribuirlo. Nuestro cometido era ir allí, cargar su parte y traerla a Madrid. *A priori* no parecía tan peligroso como ir a Colombia, aunque yo suponía que esta vez no estábamos hablando de seis kilos. No teníamos más remedio que aceptar y confiar que con eso se quedasen contentos.

Cuando terminó de hablar nos señaló las rayas. Yo nunca había consumido drogas mas allá de alguna calada a un porro, y no tenía ningún interés en empezar ahora. Así que a pesar de que aquel tipo no parecía alguien a quien pudieras decirle que no, me negué a hacerlo. Le hizo gracia mi negativa. Él y Elin se repartieron mi parte y después nos indicó que nos pusiéramos de nuevo los pañuelos para abandonar su casa.

Nos dejó en una parada de autobús en la carretera de Extremadura, a la altura de Aluche. En cuanto le perdimos de vista, saqué una pequeña libreta y apunté todos los datos que recordaba sobre el recorrido que habíamos seguido, antes de que se me olvidaran.

Llegamos al barrio a las once y veinte de la noche.

El miedo

Cuando llegamos a casa yo estaba molida, pero Elin por motivos obvios no tenía nada de sueño. Así que aunque el miércoles tenía que madrugar, nos quedamos tomando algo en el bar de abajo.

Por otra parte a mí no me había gustado nada que ella esnifara cocaína. Lo que más me molestaba es que tenía la sensación de que en ningún momento estuvo dispuesta a decir que no y si eso lo hacía delante de mí, qué haría cuando yo no la viese...

Se me notaba bastante el mal estar, así que al final me preguntó.

– ¿Qué te pasa? –dijo mientras apuraba su cerveza y pedía una nueva ronda.

– ¿A parte de que estamos metidas en una red de tráfico de drogas, de la que cada vez veo más complicado salir? –contesté molesta por su pregunta.

Se quedó un momento pensativa y en seguida entendió lo que me preocupaba.

– No podía decirle que no, sabes que ya no consumo –respondió seria y un poco contrariada por mi actitud.

La miré e intenté sonreír, aunque quedó un poco fingido. Era mi manera de decirle que no quería seguir con la polémica, yo estaba bastante alterada con lo que había sucedido y prefería no pagarlo con ella.

Cuando subimos a casa eran casi las dos de la mañana. Elin se apiadó de mí, sabía que me esperaba un día duro y que debía dormir algo. No recuerdo como me metí en la cama, ella me desnudó y se tumbó a mi lado, supongo que estuvo despierta un buen rato. Cuando desperté estaba dormida, con la ropa a medio quitar y mi cabeza sobre su pecho. Con mucho cuidado acabé de desvestirla y la arropé.

En la escuela mis amigos me preguntaron donde me había metido toda la semana. Les conté que había ido a ver al profesor Méndez para recabar información para mi proyecto, aprovechando que mi amigo Luis había organizado un viaje a Colombia y me había hecho un precio especial. Mis compañeros tenían poco o más bien ningún contacto con el mundo del narcotráfico, así que nadie imaginaba cuál había sido el verdadero motivo de mi viaje. Nadie salvo Marta claro, que en todo momento apoyó mi coartada.

A mi familia no le dije nada, mi madre se ponía muy nerviosa cuando cogíamos algún vuelo, así que para que preocuparles además de mentirles.

En clase estaba muy perdida, me agobié un poco pensando en el trabajo que tenía por delante para ponerme al día. Pronto recordé que tenía problemas mucho mayores que ese y me dio la risa al percatarme de lo relativo que era todo.

Al terminar las clases Marta me dijo que iban a quedarse a tomar algo en la cafetería, no me apetecía demasiado volver corriendo a casa, así que me quedé con mis compañeros. Hacía tiempo que no vivía mi vida y la echaba de menos. Intenté llamar a Elin desde el teléfono público que había junto a la barra pero estaba averiado. El tiempo se me pasó entre botellines y tapas de embutido barato, y cuando volví a mirar la hora tenía el tiempo justo para llegar a casa de Marga.

Manuel y Álvaro, que vivían a dos manzanas de Marga se ofrecieron a llevarme en coche y yo acepté, la otra opción era echar a correr y confiar en que el autobús no se retrasase demasiado.

Tenía cierto cargo de conciencia por no haberle dicho nada a Elin, pero me sentía atrapada y

necesitaba, aunque sólo fuera por unas horas volver a ser libre.

Cuando entré en casa de Marga me saludó efusivamente. Yo también sentí mucha alegría al verla. Para mí era como una segunda madre. Sabía que no iba a poder ocultarle por mucho tiempo lo que realmente había hecho aquella semana, ella me conocía bien y yo no era capaz de mentirle.

La ayudé a sentarse en la silla y la llevé a la ventana, aunque aquel día poco nos importaba lo que pasaba en aquel patio. Me cogió de la mano y me miró a los ojos, era una invitación directa a contarle la verdad.

Bebí un poco de agua y comencé a hablar. Le conté paso por paso todo lo que había sucedido, nuestro viaje, la trampa que nos habían tendido, mi brillante plan y también por supuesto, el nuevo cometido que Pablo nos había marcado. Ella me escuchó atentamente, a pesar de su preocupación, no me interrumpió ni una sola vez y cuando hube terminado nos quedamos las dos calladas un instante.

– Me temía algo así, pero no quería creerlo –me dijo con sinceridad.

– Marga, me siento atrapada. Creo que esto no va a terminar bien. Cada vez se complica más y Elin parece estar dispuesta a asumir cualquier riesgo, pero yo...no lo tengo tan claro –contesté sin ocultar mis verdaderas emociones.

– Raquel, ha llegado el momento de que pidas ayuda. Te hablé de Arturo, tienes que hablar con él –afirmó con rotundidad.

Me quedé un momento pensativa, hablar con la policía podía salvarme, pero también complicar aún más las cosas. Si yo hubiese estado segura de que traer la droga desde Galicia, era lo último que tendríamos que hacer para librarnos de aquel problema, ni se me hubiese pasado por la mente hablar con él. Pero realmente no confiaba en la palabra de Pablo y plantarle cara a aquella gente excedía con mucho mis capacidades.

– Tienes razón, debo hacerlo –respondí.

– Si quieres puedo decirle que venga mañana aquí –dijo cogiéndome las dos manos.

– Si, creo que no hay otra salida. ¿Crees que debo decírselo a Elin? –pregunté, aunque yo ya había decidido ocultárselo de momento.

Marga me sonrió, no me hizo falta su respuesta.

Ya era tarde, Andrea estaba a punto de llegar, así que llevé a Marga al salón para prepararla para la cena. En seguida oí la puerta de la calle. Me levanté, le di un beso a Marga y me fui hacia el recibidor, donde estaba Andrea colgando su abrigo. Nos saludamos y hablamos dos minutos de cortesía, tras los cuales me marché.

De camino a casa, me fui parando por todos los escaparates. No quería llegar. No me apetecía poner ninguna excusa ni explicar porqué no había dado señales de vida en todo el día. Era la primera vez en mucho tiempo que no tenía ganas de ver a Elin. Una manzana antes de llegar, me senté en un banco, encendí un cigarro y lo fumé tranquilamente. Me sentía a años luz de ella. La vuelta a mi vida me estaba pesando mucho, quería salir de todo aquello y recuperar mi camino y no podía evitar culpar a Elin.

Entré en el apartamento. La vi sentada en la terraza. Aunque oyó la puerta no se giró. Dejé las cosas en el salón y fui al dormitorio para cambiarme. Sabía que tenía que hablar con ella, así que respiré y fui a buscarla.

Me senté a su lado y le cogí la mano, ella me miró, me di cuenta de que había llorado y sentí que me estallaba el pecho. No podía evitar amarla profundamente.

– Mañana por la mañana me iré –me dijo escurriéndose de mi mano.

Me quedé mirándola, si la dejaba marchar así me iba a arrepentir.

– Todo esto me supera –le dije volviendo a agarrar su mano.

– He llamado a Pablo, le he dicho que iría sola, que nos habíamos separado y que si te llevaba conmigo me venderías a la policía –dijo retirando la mirada al terminar la frase.

– No te dejaré ir sola –afirmé cogiéndole suavemente la cara para que no pudiese evitar mi mirada.

Me sonrió, pero en sus ojos había una profunda tristeza.

– No te vayas. Te necesito –le rogué.

– Sólo te traigo problemas, he trastocado tu vida. Hoy te he esperado y me has dado suficiente tiempo para pensar. Raquel, no te conviene estar conmigo –contestó mientras se levantaba y entraba en el salón.

– Elin, estoy asustada porque siento que podría hacer cualquier cosa por ti, haría lo que fuera por tenerte a mi lado – le dije mientras no podía evitar que las lágrimas me nublaran los ojos.

Ella se volvió y me abrazó y entonces mi llanto se hizo tan intenso que me dolía el corazón.

– No llores mi amor –me dijo mientras me agarraba con suavidad del cuello y se acercaba lentamente a mi boca.

Nos besamos y yo me aferré a ella. Después volvimos a la terraza y yo le conté mis miedos, todos mis miedos. También le conté lo que había hablado con Marga y que había quedado con el comisario al día siguiente. Me miró con preocupación.

– Sabes que si nos pillan estamos muertas, ¿verdad? –preguntó.

– Lo sé, pero si no hacemos algo no nos van a dejar marchar nunca –contesté.

Se quedó pensativa.

– Está bien, lo haremos como tú quieras. Hablaré con Pablo de nuevo, ya me inventaré algo –

Seguimos hablando un rato más en la terraza, aunque pronto el hambre nos empujó a meternos dentro y preparar algo de cenar.

Ya no volvimos a hablar del tema.

Salvoconducto

Después de clase, esta vez sí, me fui directa a casa. Quería comer con Elin y empezar a ponerme al día en mis estudios.

Al abrir la puerta me sorprendió oír voces. Dejé la mochila en el salón y fui a la cocina. Elin había invitado a comer a Carmen, las encontré a las dos disfrutando de una animada conversación. Las saludé, sin poder evitar que se notara mi sorpresa.

Elin me explicó que Carmen la había llamado para ver cual era la situación, ya que volvía ese mismo día de casa de sus padres. Ella había aprovechado para invitarla a comer, y luego por la tarde tenía intención de ir a recoger algunas cosas suyas que aún estaban en casa de Carmen.

Aunque eran injustificados, sentí celos al ver lo bien que se llevaban las dos. Durante la comida aquello parecía un duelo de anécdotas entre ellas. Era obvio que habían compartido muchas más experiencias que Elin y yo. Además ya no me cupo ninguna duda de que en algún momento habían sido pareja, sólo me faltaba por saber quien dejó a quién y por qué después siguieron viviendo juntas.

Después de comer se salieron a la terraza a tomar el café y yo mientras empecé a organizar mis apuntes. Una semana y media era mucho tiempo a esas alturas del curso.

Carmen había venido en su coche, apenas se tardaban diez minutos en llegar sin tráfico a casa de Marga. Decidí aprovechar el tiempo estudiando ya que Elin estaba en tan buena compañía.

Llegamos a menos cinco, ellas se fueron juntas al piso de Carmen y Elin quedó en bajar a buscarme un poco antes de salir, para saludar a Marga.

Abrí la puerta y me dirigí como cada vez al dormitorio, pero antes de entrar, oí una voz masculina en el salón. Me asomé, era evidente que era el comisario Villegas. Se levantó para saludarme y Marga me lo presentó.

Respiré hondo, lo que tenía que hablar con él no era nada fácil de contar. No estaba segura de hasta que punto hablar con un policía me podía complicar la vida y aunque Marga me había dicho que era un buen amigo suyo, contarle la verdad dejaba mi futuro y el de Elin en sus manos.

Marga notó mis dudas, así que intervino.

– Raquel, puedes hablar con Arturo en confianza, nada de lo que aquí hablemos os inculpará de ninguna manera. Yo ya he hablado con él y sabe que esa es una condición inamovible –me dijo mirándome como una madre protectora.

Arturo, asintió con la cabeza.

La verdad es que yo no veía más salida al problema que cooperar con la policía. Estaba segura de que no nos iban a dejar marchar y antes o después cometeríamos algún error o nos venderían y terminaríamos en prisión o algo peor. Así que sin darle más vueltas comencé la narración de los hechos. Hablé de la deuda de Elin, del primer acuerdo al que llegamos, de cómo escapamos de milagro de la trampa que nos habían tendido y del nuevo encargo que Pablo nos había encomendado. Le conté que sabía como llegar a su casa gracias a nuestro juego familiar, pero él no quería coger a Pablo sino a su jefe.

Arturo escuchó atento mi relato, mientras anotaba algunas cosas en una libreta. Me contó que no le extrañaba el encargo, pues una parte importante de la cocaína que entraba en España lo hacía

por mar, y la costa gallega era el principal lugar de desembarco.

Quedamos en volver a vernos en casa de Marga cuando tuviéramos los detalles de la operación, a su vez él nos daría un contacto de su confianza para que nos ayudara una vez allí.

Al despedirse, el comisario le dio un afectuoso abrazo a Marga y dos besos a mí. Las dos nos quedamos mirando como se iba y mantuvimos la atención hasta que oímos como se cerraba la puerta tras de él. Entonces ella me invitó a que me sentara más cerca y me agarró la mano. Yo sabía que quería decirme algo, así que esperé pacientemente.

– Raquel, tú sabes que para mí eres como una hija. Desde el principio me di cuenta de tus múltiples cualidades, algunas de las cuales ni tu misma eres consciente de tenerlas –me dijo haciéndome señas con la mano de que no había terminado de hablar.

Le acerqué el agua para que pudiera seguir.

– Elin es un ángel, alguien por quien cualquiera perdería la cabeza. Pero tú lo sabes bien, no hay ángel sin demonio... –me dijo y me sentí confundida, porque por un momento no sabía si hablaba de ella o de sí misma...

Me quede pensativa, ¿qué era lo que realmente me estaba diciendo? ¿Me estaba insinuando que sacrificara a Elin para salvarme yo?

– Voy a salvarnos a las dos –contesté con ingenua decisión.

Me sonrió como un padre que ve por primera vez la hazaña de su pequeño, el gran salto, el primer gol. Me sentí de pronto tan insegura y a la vez tan protegida...

Entonces Marga me indicó que fuera a su cuarto, que abriera la caja fuerte y que le trajera una cajita de terciopelo rojo. Seguí sus instrucciones y le llevé la caja.

Ella la abrió y sacó un pequeño broche y alargando su mano me lo entregó. Lo miré, era el escudo de la casa real española y por detrás llevaba escrito en latín “Regis ordinem”.

– ¿Qué es? –pregunté mientras sostenía en mis manos el pequeño objeto que parecía tener mucho valor.

– El comisario no es el único que me debe un favor. Si algo va mal y os detienen enseñádselo a la policía –dijo mientras cerraba mi mano con el broche en su interior.

Le di las gracias y lo guardé en mi cartera.

Sonó el timbre de la puerta, era Elin, parapetada tras dos enormes maletas. Las dejó a la entrada y pasó al salón. Marga me pidió que trajera unas cervezas para las tres. Cuando volvía con ellas, las oí hablar y me quedé un segundo parada para no interrumpirlas. Marga cogió a Elin del brazo para que se acercara y le dijo:

– Cuida de ella, si le pasa algo a mi niña te mato –

Y Elin le contestó:

– Si le pasa algo no tendrás que hacerlo, lo haré yo misma –

Aquello fue una bonita muestra de amor, pero por otra parte entendí, que ninguna de las dos pensaba que yo tuviese el suficiente aplomo para afrontar algo así, a pesar de mi épico plan colombiano.

Entré con las cervezas y las dos se callaron.

– ¿Estabais hablando de mí? –pregunté sonriente.

Cuando terminamos de tomarlas ya era la hora de marcharnos, la llave de Andrea abriendo la cerradura nos lo confirmó.

Al salir paramos un taxi y volvimos directas a casa. Yo quería contarle a Elin lo que había hablado con el comisario y pensar tranquilamente en lo que íbamos a hacer y en las posibles alternativas si algo salía mal. Estaba convencida de que en estas cosas una buena planificación podía ser decisiva, improvisar no era lo mío, aunque esta vez había demasiados factores

desconocidos.

Cambados

Los siguientes días transcurrieron en una tensa calma, a la espera de que Pablo nos diera los detalles del viaje. Yo me esforcé mucho por ponerme al día con los estudios, no tenía muy claro cuanto nos iba a llevar todo aquello y la idea de perder de nuevo clase me podía complicar mucho el curso. Así que a pesar de que lo que más me apetecía era estar con Elin, dediqué casi todo mi tiempo libre a aquel fin. Ella por otra parte se mostró muy comprensiva, facilitándome todo lo que pudo las cosas, ocupándose de la casa, la compra, la comida, incluso me sustituyó con Marga tres días. La idea no partió de nosotras sino de ella. Yo suponía que había algo más que el simple hecho de hacerme el favor, pero necesitaba el tiempo así que decidí no pensar demasiado en ello.

El jueves por la mañana, mientras yo estaba en clase, Pablo llamó a Elin y quedó con ella en el Retiro. Le dio la dirección de un pequeño hostel en Cambados, allí nos encontraríamos con un tal Suso que nos diría el lugar y la hora del desembarco. Debíamos cargar cinco fardos, unos doscientos kilos de cocaína y salir de allí a toda prisa en dirección a Tordesillas, desde donde teníamos que llamar a un número de teléfono para recibir el resto de las instrucciones. Y todo aquello al día siguiente.

Ese día desde casa de Marga llamé al comisario y le di todos los detalles que tenía hasta el momento. Le pregunté si pensaban interceptar la droga en la costa, me dijo que había en marcha una operación mayor para ese fin, mas tarde leí sobre ella en los periódicos, era la Operación Nécora. El plan del comisario era desmontar el tráfico de drogas en Madrid, para ello era vital detener al más importante dealer de la región y nosotras le íbamos a llevar hasta él. En Tordesillas nos esperarían dos agentes de paisano que nos seguirían hasta el lugar de la entrega. En Cambados un tal Anxo sería nuestro enlace con él, era la persona a la que debíamos acudir si nos veíamos en problemas. Apunté todos los detalles en un papel, aunque era sólo temporalmente, debía memorizarlo.

Cuando llegué a casa, pasé antes por el garaje para vaciar el maletero, mi coche era pequeño y si no lo hacía no cabrían los cinco fardos.

Al subir encontré a Elin preparando lo que nos íbamos a llevar en una pequeña bolsa de deporte. Lo lógico es que no pasáramos fuera más de un par de días y no íbamos de vacaciones, así que metió ropa cómoda y un par de mudas para cada una.

Le conté lo que había hablado con el comisario y saqué el papel en el que había apuntado todo, para que las dos lo memorizáramos y después destruirlo.

El viernes salimos temprano, el viaje era largo y queríamos estar allí a la hora de comer.

Cuando llevábamos recorridos algo más de doscientos kilómetros hicimos una parada para desayunar en un bar de carretera.

– ¿Cómo estás cariño? –me preguntó Elin que llevaba todo el viaje observándome.

– ¿La verdad? Nerviosa y asustada –le contesté en un arranque de sinceridad.

– Todo va a salir bien, no te preocupes –me dijo aparentando tranquilidad.

Me hervía el cerebro. Aquel plan tenía demasiados factores aleatorios como para creer que lo tenía todo controlado. No podía evitar pensar que si algo salía mal pasaríamos muchos años en la cárcel, o algo peor. No es que me arrepintiera de haber conocido a Elin, pero muchas veces

pensaba que había sido un error acercarme a ella, que si lo hubiese dejado pasar, antes o después la habría olvidado. Pero ahora ya no podía hacerlo, por extrañas o peligrosas que fuesen las experiencias que el destino me hubiese reservado a su lado, yo no iba a separarme de ella jamás.

A las dos menos cuarto llegamos al hostel, era un lugar sencillo, que no había visto una reforma en treinta años, pero todo estaba muy limpio. La clientela eran viajeros y gente de paso y en la pequeña recepción, una mujer mayor con más aspecto de mariscadora que de hostelera, nos dio la llave sin preguntas ni registro. Fue la primera de tantos que nos encontramos para la que el silencio y la discreción eran un seguro de progreso y porque no decirlo, de vida.

Dejamos el equipaje en la habitación y bajamos de nuevo para preguntar por un lugar para comer. Nos señaló un pequeño salón al lado, con apenas seis mesas. Al fondo en la más retirada de puertas y ventanas, un hombre de unos treinta años, con aspecto de pescador nos hizo una señal.

Nos sentamos a la mesa con él y nos confirmó que era Suso. Le costaba bastante hablar en castellano, se notaba que se esforzaba a pesar de que claramente no lo hablaba con asiduidad. Nos indicó que colgaría un trapo rojo frente a la ventana de nuestra habitación. Debíamos estar atentas las próximas noches. Esa era la señal. Él nos esperaba a las doce de la noche a la salida del pueblo, nos explicó como llegar al lugar de encuentro y nos recomendó que nos diéramos una vuelta ese mismo día para reconocer la zona, ya que todo había que hacerlo con la máxima diligencia posible. El momento podía ser cualquiera, incluso esa misma noche. Antes de irse, nos recomendó los mejores sitios para comer y también para tomar una copa. Resultaba llamativa esa mezcla entre traficante y guía turístico.

Cuando se hubo marchado, la recepcionista que también era la camarera y por lo que pudimos comprobar, también la cocinera, se acercó con una cazuela de caldo gallego y una botella de ribeiro y la dejó en la mesa para que nos sirviésemos cuanto quisiéramos.

El paño rojo

La estancia fue más larga de lo que había esperar. Ya era domingo y aún no teníamos noticias de Suso. Empezábamos a pensar que habíamos traído poca ropa. Hicimos algo de turismo por la zona, pero la idea de que en cualquier momento empezaría todo aquello, limitaba bastante nuestra sensación de vacaciones. Por otra parte, la presencia de dos chicas como nosotras tenía revolucionado al noventa por ciento del personal masculino del pueblo. En cualquier lugar que entrábamos, las miradas lascivas de ellos y las recelosas de ellas, hacían bastante incómoda la estancia. Prácticamente no pagamos nada, ronda tras ronda, las invitaciones se sucedían. En público limitamos bastante nuestras demostraciones de afecto, ya era suficiente con soportar el acoso visual.

Los lugareños no eran los únicos que se habían fijado en nosotras, la guardia civil, que entraba y salía de los bares, también nos saludaba y comentaban en cuanto estaban a unos metros. A parte de la molestia, a mí empezaba a preocuparme llamar tanto la atención. No podía evitar plantearme si nuestra presencia allí tenía como único fin transportar la coca a Madrid, o si de nuevo íbamos a ser un señuelo para algo mayor que iba a suceder aprovechando la distracción.

La tarde del domingo volvimos al hostel con intención de descansar un rato antes de bajar a cenar y entonces lo vi. Un paño de cocina rojo estaba colgado de la ventana que había frente a la nuestra.

– ¡Mira! –le dije a Elin señalando la ventana.

Nos miramos, sentí que el corazón se me aceleraba y el estómago se me revolvía. A pesar de llevar días concienciándome de lo que íbamos a hacer, no estaba preparada para aquel momento.

– Vamos a cenar para ir más tranquilas, luego subimos y hacemos la maleta– me dijo.

No es que en aquel momento me apeteciese demasiado cenar, pero Elin tenía razón, cuanto más cerca de la hora peor sería.

Aquella noche intenté comer lo más despacio posible y lo acompañé de abundante vino, de esta manera conseguí perder ligeramente el miedo y pasé del pánico al simple temor.

A las once ya teníamos todo preparado. Apenas se tardaban diez minutos en llegar al lugar donde habíamos quedado con Suso, así que nos tumbamos un rato para reposar la cena. Aun así salimos con tiempo y quince minutos antes de la hora, le vimos acercarse por el camino. Tras asegurarnos de que era él le dejamos entrar en el coche.

Suso nos llevó bordeando el litoral y finalmente se metió por un camino que llegaba a una pequeña cala. Aparcamos el coche y dejamos el maletero abierto, tal y como nos indicó.

A los cinco minutos llegaron cuatro vehículos más y pronto en el silencio de la noche, comenzó a oírse el rugir de las fueraborda. Antes de que nos diéramos cuenta teníamos los cinco fardos en el maletero y yo, como si de la salida de un fórmula uno se tratara, aceleré dejando tras de nosotras una gran nube de polvo.

Hasta Tordesillas había cinco horas de camino, llegaríamos casi al amanecer. La tensión nos mantenía despiertas. Paramos a tomar un café en un bar, con un amplio ventanal que nos permitía no perder de vista el coche ni un minuto. En la carretera sólo nos cruzamos con unos cuantos camiones, eso nos dio la seguridad de que nadie nos había seguido.

Tal y como quedé con el comisario, le llamé por teléfono informándole de la hora aproximada en que llegaríamos, para que avisara a sus hombres. Me indicó donde encontraríamos una cabina de teléfono, cerca de ella estaba aparcado el Ford Escort negro que nos escoltaría hasta el lugar de entrega.

En Tordesillas Elin llamó al teléfono que Pablo le había dado, estaba claro que nos esperaban, porque la voz no hizo preguntas y le dio una dirección de Madrid, ella la apuntó en un papel y la guardó en el bolsillo.

Salimos de allí y el coche negro comenzó la marcha tras de nosotras.

Yo empezaba a estar cansada, ya eran muchas horas y sentí que el sueño me dominaba, así que hicimos una nueva parada para desayunar algo. Los agentes pararon con nosotras y se situaron a cierta distancia para que nadie nos relacionara, pienso que ellos también lo agradecieron.

Elin se ofreció a conducir un rato y aunque a mí me encantaba hacerlo le dije que sí. Ella se había echado una cabezada en el camino y yo necesitaba hacerlo, aunque sólo fuese una hora. Antes le pedí la dirección que le habían dado para tener claro por donde debíamos ir. Cogí el papel y lo leí, no podía creerlo, yo conocía aquella dirección y Elin también, aunque ella no tenía mi sentido de la orientación y no la reconoció. ¡Era la de la casa de Patricia!

Elin que se estaba colocando para conducir vio mi cara y al instante supo que algo ocurría. Intenté pensar con rapidez. El momento de la entrega, tal y como estaba transcurriendo el viaje sería a primera hora de la mañana. Miré el reloj, Marta aún no se habría ido a clase. Tenía que avisarla.

– Elin, ¡es la casa de Patricia! –dije sin poder ocultar mi ansiedad.

Se quedó callada y volvió a mirar el papel en el que había escrito la dirección.

– ¡Tengo que avisar a Marta! –le dije.

Salí precipitadamente del coche y vi de reojo como los dos policías de incógnito me miraban. Entré de nuevo en el bar. Disimulé como si fuera al servicio y me parapeté como pude tras la máquina tragaperras que había junto al teléfono público para llamarla. Mónica me cogió el teléfono, se sorprendió mucho de oírme a esas horas, le dije que debía hablar con Marta, que era muy urgente. Estaba en la ducha. Le pedí que la sacara de allí. Mónica no entendía nada, pero confiaba en mí, así que aporreó el baño hasta que consiguió que Marta saliera. Hablé con ella y le conté la situación, era mi amiga y no iba a dejar que le pasara nada malo. Le dije que convenciera a Patricia para que se fuera con ella después de clase y le prometí que la llamaría en cuanto fuera posible. Marta no era ninguna tonta y mi tono era lo suficientemente serio como para pensar que el peligro era real, así que siguió mis instrucciones sin dudar.

Volví al coche con un par de latas de coca cola, la idea de dormir un rato se me había quitado totalmente de la cabeza.

Sobre las nueve de la mañana llegamos a la casa de Patricia. El guarda que vigilaba el acceso levantó la barrera nada más vernos, no nos hicieron falta indicaciones, conocíamos el camino.

El pacto

Tras pasar la barrera miré disimuladamente y vi el Ford Escort negro pasar de largo. Nuestro trabajo había terminado, la policía ya sabía dónde estaban los doscientos kilos de coca. No tenía ni idea de cómo ni cuándo iban a realizar el registro, supuse que el comisario nos daría tiempo para salir de allí.

Bajamos del coche. Gladis nos abrió la puerta y nos saludó con más familiaridad de la que nos habría gustado. El padre de Patricia, al que habíamos visto en muchas fotografías, apareció tras ella y le ordenó que se retirara. Era un hombre alto de unos cincuenta años y aspecto amable. Nunca habría pensado que era un traficante.

Nos invitó a entrar en su despacho y nos ofreció algo de beber, era demasiado temprano para tomar nada. Nos pidió que le diéramos las llaves del coche para que sus hombres se encargasen de la descarga.

– ¡No! –le dije retadora.

Sonrió, como el que sabe que tiene todas las de ganar.

– No le daremos nada hasta que no nos asegure que con esto se salda la deuda de Elin, y nadie va a tocar el coche sin que estemos delante –sonrió de nuevo, no había demasiada gente que le plantara cara así, pero para mí en aquel momento era el padre de Patricia.

– De acuerdo –dijo tendiéndome la mano.

Salimos los tres de la casa y nos montamos en el coche. La finca era enorme. Llegamos hasta lo que parecía una caseta de herramientas, abrió la puerta y tras ella había otra de acero como la de una caja fuerte. La tapó con su cuerpo, puso la combinación y la abrió. Coloqué el coche con el maletero hacia ella y entre los tres sacamos los cinco fardos. Cogió un cuchillo de esos de monte que estaba en una mesa que había en el centro de la sala, y abrió todos los fardos que a su vez se dividían en bloques de un kilo aproximadamente y sin prisa, comprobó uno por uno que el contenido era el deseado.

– ¿Todo correcto? –le pregunté cuando terminó con la inspección.

– Sí – contestó.

– Entonces nosotras ya no tenemos nada que hacer aquí –dije mientras pensaba que de un momento a otro la policía iba a irrumpir en aquella casa.

Cerró la puerta y se subió en el coche. Le dejamos en la casa y nos dirigimos hacia la salida.

Ya en la carretera nos cruzamos con tres furgones de la policía, teníamos claro a donde iban.

Yo no quería pensarlo, pero en el momento que le detuviesen nuestra cabeza tendría precio. Era fácil sacar conclusiones de quien le había vendido, y en ese mundo oscuro de camellos y yonkis, casi todo el mundo le debía un favor a alguien.

– No has dicho nada en todo el tiempo –dije a Elin desviando un segundo mi mirada de la carretera.

– Lo estabas haciendo bien, no quería meterme –dijo un poco seria.

Estaba claro que ella también estaba pensando en lo que iba a pasar ahora, y le preocupaba tanto como a mí. Tal y como se habían dado las cosas, las dos teníamos la sensación de que nos habíamos equivocado hablando con la policía, pero ya estaba hecho y tocaba afrontar las

consecuencias.

Cuando llegamos a casa estábamos muertas las dos, no habíamos dormido y la tensión nos tenía exhaustas. Nos desnudamos y nos metimos en la cama, no nos dio ni para darnos un beso.

El lugarteniente

Cuando nos despertamos eran casi las tres de la tarde. Lo de estudiar ese día lo descarté totalmente. Tampoco teníamos demasiadas ganas de cocinar. Un menú en el bar de abajo nos pareció a las dos una solución estupenda, comeríamos tranquilamente sin preocuparnos de nada hasta la hora en que me tuviese que ir a casa de Marga.

Cuando llegamos al bar estaba puesto el telediario, nos sentamos cerca de la televisión para poder oír las noticias. Quizá fuera demasiado pronto pero estábamos nerviosas y queríamos saber la repercusión que había tenido. Para nuestra decepción no hubo ninguna noticia al respecto.

Después de comer y tomarnos un café, decidimos irnos dando un paseo hasta casa de Marga, Elin me dijo que tenía que cobrar las fotos que le hicieron y luego pasaría a ver a Carmen. No es que me entusiasmase la idea, pero al menos la tendría cerca. Tal y como estaban las cosas no me gustaba nada que nos separásemos.

Antes de ir llamó a Carmen que le dijo que tenía que salir sobre las siete y media, de manera que invirtió el orden de la visita. Yo pasé un rato para saludarla y después me bajé a casa de Marga, dejándolas en animada charla.

Hacia un día estupendo, así que retomamos nuestra costumbre de sentarnos frente a la ventana. El patio estaba bastante animado, aunque la mayoría del tiempo se nos fue hablando del viaje a Galicia. Le dije a Marga que teníamos miedo de las represalias y que aún no sabíamos nada respecto a la detención del traficante. También le conté la casualidad con la que nos habíamos encontrado de que el tipo fuera el padre de Patricia, y que yo había llamado a Marta, de quien por cierto aún no tenía noticia alguna.

Mientras hablábamos vi a Elin salir en dirección a casa de la fotógrafa, recordé mis sensaciones de la primera vez...cómo había cambiado el cuento.

Estaba casi en el portal, cuando de pronto observé tras de ella a dos desconocidos, el corazón me dio un vuelco. Abrí la ventana y le grité con todas mis fuerzas, ella se giró y vio tras de sí a los dos tipos e intentó echar a correr, pero no le dio tiempo, la cogieron entre los dos y la metieron en un coche que habían dejado a la puerta de la Continental. Me desesperé, era imposible que les alcanzase por mucho que corriese, Marga me agarró del brazo intentando que me tranquilizara.

– Espera, llama a Arturo, él te ayudará –me dijo señalándome el teléfono.

– No Marga, si hago eso no la volveré a ver con vida –contesté.

– ¿Y qué vas a hacer? –me preguntó temerosa de mi respuesta.

– Ir a buscarla –le dije mientras la llevaba al salón.

Me miró y aunque aún no era la hora, me hizo una señal de que me fuera ya, no sin antes hacerme prometer que tendría mucho cuidado y que la llamaría en cuanto tuviese noticias. Le di un abrazo y salí corriendo.

Yo estaba segura de que se la iban a llevar a casa de Pablo, quien si no podía haber sabido que iríamos por allí.

Cogí un taxi, tenía que ir a casa a por mi coche, le pedí al chófer que fuera rápido, él al verme con la cara desencajada se lo tomó en serio y llegamos en tiempo récord. Subí para coger las llaves, al acercarme a la puerta me di en seguida cuenta de que habían forzado la cerradura. Entré

mirando a los lados, no había nadie y aunque habían tirado algunas cosas por el suelo, se notaba que a quien buscaban era a nosotras.

Me cambié de ropa y me vestí de negro para ser lo más invisible posible. Cogí algunas herramientas y una navaja. No tenía ningún otro arma en casa, y aunque confiaba en no tener que usarla, no tenía ni idea de lo que me iba a encontrar. Cogí también la libreta en la que había apuntado el camino a casa de Pablo y las llaves del coche.

Bajé primero y hablé con el portero, le dije que me habían entrado a robar y le pedí que se ocupara de llamar al cerrajero, le di cinco mil pesetas por el favor y él me dijo que me fuera tranquila, que me dejaría las nuevas llaves en el buzón.

Arranqué el coche y salí de casa como alma que lleva el diablo. Intenté tranquilizarme, estaba demasiado alterada. Antes de coger carretera, pasé por casa de Mónica, quería hablar con Marta. Llamé al telefonillo y le pedí que bajara. Me contó que la madre de Patricia vino a buscarla porque habían detenido a su padre, y que aunque ella no le había dicho nada, cuando la llamó después para ver qué tal estaba, Patricia le dijo que habíamos estado allí con él por la mañana, que Gladis se lo había contado. Ella no sabía nada de los negocios turbios de su padre. Tenía varias empresas que le servían para blanquear el dinero y ella había crecido creyendo que era un hombre ejemplar, empresario exitoso y buen padre. Aunque aún no entendía por qué habíamos ido a verle, no tardaría demasiado en atar cabos.

Le conté a Marta lo que acababa de pasar y que iba a buscar a Elin y ella, por más que intenté impedirlo, se empeñó en acompañarme.

De camino paramos en una gasolinera y cogimos algo de comer, es posible que la noche fuera larga. Ya estábamos bastante cerca, paré a la entrada del último desvío. Todavía había demasiada luz como para pasar desapercibidas, teníamos que esperar al menos media hora.

Mientras llegaba el ocaso, empecé a pensar como sacar de allí a Elin. Lo primero era acercarme a la casa y echar un vistazo, intentar localizarla y ver cuantos eran. Después tendría que esperar al momento adecuado, cuando estuviesen dormidos, aunque suponía que eso sería bastante tarde, e intentar colarme dentro. El plan hacía aguas por todas partes, entre otras cosas porque aunque yo era bastante deportista, mi formación como tropa de asalto era nula y jamás había matado ni a una mosca. Pero la amaba y eso me daba las fuerzas que necesitaba, para acometer aquella misión imposible.

Cuando el sol se puso nos acercamos a la casa. Era un chalé adosado con dos accesos, uno directo al garaje y otro a la puerta principal. Di la vuelta por detrás y comprobé con júbilo que daba al campo y que la valla no era imposible de saltar.

Marta se quedó en el coche tras el muro posterior. Le pedí que me esperara allí, ya era bastante con que me hubiese acompañado.

Salté el muro con cierta facilidad y caí en la parte de atrás, donde había una pequeña piscina. El ruido de la depuradora me ayudó a pasar desapercibida y llegar hasta la casa. Las ventanas de la primera planta tenían rejas. Esto dificultaba el acceso, pero por otra parte era una buena escalera para subir a la planta de arriba.

Bordeé el perímetro, asomándome con cuidado por cada ventana. Había luz en el salón, pero no se veía a nadie dentro, probablemente estaban sentados en el mugriento sillón. Reconocí la estancia, ahora tenía claro que no me había equivocado de casa.

Oí la voz de Pablo, no estaba solo, probablemente los dos tipos que habían secuestrado a Elin estaban con él. De pronto se levantaron los tres y él les entregó unas cuantas bolsitas llenas de polvo blanco. Ese debía ser el pago por su fechoría.

Vi que salían hacia el garaje, pensé que aquella era una buena oportunidad para entrar en la casa.

Corrí hacia el muro trasero y lo escalé, tenía que dar la vuelta rápidamente y colarme antes de que se cerrase la puerta.

Marta me vio pasar y yo le enseñé mi mano con el pulgar hacia arriba, no podía detenerme a explicar nada más.

Me escondí tras un coche que había aparcado en frente y pronto vi abrirse la puerta del garaje. Reconocí el coche en el que se habían llevado a Elin. Cuando la puerta comenzó a bajar oí como se cerraba la que daba acceso al interior. A penas quedaba un metro para que tocara el suelo. ¡Era entonces o nunca! Rodé bajo ella y accedí al interior del garaje. La poca luz que había entraba bajo la puerta de la cocina, pronto se me acostumbró la vista. Oí los pasos de Pablo subiendo al piso de arriba, era el momento. Abrí con cuidado y atravesé la cocina. Me asomé al salón, allí no había nadie. Sonó el teléfono y Pablo bajó rápido las escaleras, me escondí en un aseo que había frente a ellas.

Cuando descolgó el teléfono aproveché y subí por donde él había bajado. Tuve que abrir tres puertas hasta que al fin la encontré. Estaba en un pequeño dormitorio, tirada en el suelo, con las manos atadas a la espalda, la cara llena de golpes, semidesnuda e inconsciente.

Oí que Pablo volvía a subir, me escurrí debajo de la cama. Abrió la puerta, se agachó y arrastró a Elin, la puso encima, noté como bajaban los muelles con el peso de los dos. A mi lado cayó su ropa interior. Tuve claro que iba a violarla.

Metí la mano en el bolsillo, palpé la navaja, la saqué con cuidado y la abrí. Repté para salir por la parte de atrás. Me levanté despacio y le vi, tumbado sobre ella con los pantalones bajados. Me entraron ganas de vomitar. Sabía que tenía que ser rápida, así que no me lo pensé, salté sobre él, le agarré del pelo y le rebané el cuello. Pablo se puso la mano en la garganta, la sangre brotaba como un manantial, le había seccionado la carótida. Con la otra mano me agarró del cuello, noté la presión y como me quedaba sin aire, con todas las fuerzas que pude reunir, volví a armar mi brazo y le asesté otra puñalada en el abdomen. La presión de su mano disminuyó y él cayó de nuevo sobre Elin, ya cubierta completamente por su sangre. Le empujé y cayó al suelo.

Agité a Elin, intentando despertarla, pero seguía inconsciente. Abrí la única puerta que me quedaba por comprobar para asegurarme que no había nadie, era un cuarto de baño. Bajé las escaleras y salí de la casa, coloqué una mesa junto al muro y me subí a ella, hice señas a Marta y cuando me vio, le indiqué que llevara el coche a la puerta del garaje. Abrí y entró con él.

– ¡Estas llena de sangre! ¿Qué ha pasado? –me dijo con cara de pánico.

– Después, ahora tenemos que sacarla de aquí –contesté tirando de ella escaleras arriba.

Marta entró en el dormitorio y al ver la dantesca escena vomitó. Yo cogí a Elin en brazos y la metí en la bañera para quitarle toda la sangre. Probablemente yo también estaba impregnada, aunque mi ropa negra no dejaba ver las manchas. Me lavé los brazos y la cara y comencé a lavarla con cuidado pero sin pausa. Miré sus pupilas, las tenía dilatadas. Era evidente que la habían drogado. Abrió los ojos, estaba en shock. La sequé con cuidado y busqué algo de ropa que le sirviera. La vestí y entre las dos la bajamos al coche. Le pedí a Marta que se quedara con ella y yo cogí todo lo que podía ser inflamable y prendí fuego a la planta de arriba. Derramé todo el alcohol que encontré sobre el sillón y las cortinas, e hice lo mismo con la planta de abajo. Abrí el garaje, me monté en el coche y salí de allí a toda velocidad.

Cuando llegamos a la carretera principal, una intensa humareda marcaba el lugar del delito. A los quince minutos nos cruzamos con dos coches de bomberos, algún vecino debía haber dado la alarma.

– Marta, tenemos que llevarla a un hospital, pero no podemos dar parte a la policía, si lo hacemos estamos muertas –le dije un poco bloqueada como para encontrar una solución.

– Vamos al clínico, mi hermana Sandra está de guardia –me dijo apoyando su mano en mi pierna para tranquilizarme.

Me pareció una gran idea, o mejor dicho la única idea viable.

Las secuelas

Cuando llegamos a la puerta del hospital, Marta bajó corriendo y fue a hablar con su hermana. Le pidió que atendiera a Elin sin dar parte a la policía. Ella me tenía mucho aprecio, me conocía desde niña. De ninguna manera se podía imaginar lo que realmente había pasado, pensó que simplemente alguna fiesta se nos había ido de las manos, aunque cuando vio los golpes de Elin ya no estaba tan segura, pero nos lo había prometido y lo cumplió.

A parte de los múltiples traumatismos y de la sobredosis, Sandra nos confirmó que la habían violado en varias ocasiones. Rogué porque estuviera ya inconsciente cuando sucedió.

La espera fue muy tensa, no nos dejaban estar con ella porque aún su estado era crítico y yo ya no sabía como calmar mis nervios. Marta también estaba muy nerviosa, consciente de lo que allí había pasado y muerta de miedo por las consecuencias que nos pudiera acarrear aquella locura.

Salimos a fumar y a que nos diera un poco el aire. Yo ni siquiera me había parado a pensar en lo que había hecho, sólo podía pensar en ella.

Las horas pasaron y sin darnos cuenta llegó la mañana. Marta se había quedado dormida en mi hombro en la sala de espera. Vi que Sandra salía a buscarnos y la desperté.

– Podéis entrar a verla diez minutos, está consciente –nos dijo con la mejor sonrisa que pudo sacar después de una noche de intensa dedicación.

Me acerqué a ella y la besé. Me agarró de la mano y me pidió que acercara mi oído a su boca.

– ¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo me has salvado? –me dijo en un tono de voz tan bajo que apenas podía oírla.

Le sonreí y parpadeé lentamente para hacerle ver que no era el momento de contestar a sus preguntas.

Estuvimos con ella todo el tiempo que nos dejaron, que se me hizo cortísimo teniendo en cuenta la espera. Cuando vino Sandra a buscarnos, a penas me dio tiempo para darle otro beso y decirle que la quería más que a mi propia vida. Elin al oírme cerro los ojos y se puso la mano simbólicamente en el corazón.

Una vez que la vi fuera de peligro decidí ir a casa para darme una ducha, cambiarme de ropa y traerle a ella una muda. Se lo dije a Sandra y me prometió que cuidaría de ella en mi ausencia. Marta se vino conmigo.

Antes de subir, pasamos por el portal para recoger las nuevas llaves del buzón. Yo no estaba segura de que el peligro hubiera pasado, así que no dejé de mirar a todos lados, pero al menos de momento todo parecía despejado.

Nos duchamos las dos y metí en la lavadora toda la ropa que había llevado puesta, incluidas las zapatillas de deporte y toda la ropa de Marta. Quien aún había dejado algunas cosas en su armario, de manera que no tuvo problema para vestirse con su propia ropa. Me había llevado los pantalones y la camiseta de Pablo con los que había vestido a Elin. En el hospital los habían rajado para atenderla, los trocéé más, como si fueran trapos y también los lavé.

De pronto me di cuenta de que había cometido un fallo. La navaja con la que apuñalé a Pablo no estaba por ninguna parte. Intenté recordar lo que había hecho con ella. Cuando cogí a Elin en brazos para llevarla al baño debí dejarla sobre la cama. Esperaba que con el fuego hubiese

quedado irreconocible, pero no podía estar segura. En cualquier caso ya nada podía hacer.

Cuando estuvimos listas, llevé a Marta a casa de Mónica para que durmiera un rato y volví al hospital.

Nada más entrar me encontré con Sandra que estaba tomándose un pequeño descanso. Me dijo que Elin estaba mejor, pero muy débil. En cuanto quedara una habitación libre la trasladarían a planta para que pudiese estar con ella.

Iba a llamar a Andrea, pero pensé que era mejor hablar con Marga directamente, no sabía cuando iba a poder volver al trabajo y le dije que entendía que se buscara a otra persona, ya que yo le estaba fallando demasiadas veces últimamente. Ella me tranquilizó. Me dijo que no había prisa y que si la cosa se alargaba mucho, buscaría a alguien temporalmente, pero que en cuanto yo pudiese volver, ella estaría encantada de tenerme allí de nuevo. Insistió en mantenerme el sueldo y por más que le dije que no lo veía lógico, ella se negó a dejar de pagarme.

Elin estuvo una semana hospitalizada y yo no me retiré de su lado en todo el tiempo. Cuando le dieron el alta decidí llevármela al pueblo, a la casa de mis abuelos. No estaba convencida de que mi piso fuera seguro y al menos hasta que ella estuviese totalmente recuperada me pareció una buena idea.

Poco a poco los hematomas y los cortes fueron desapareciendo, pero otras heridas, las que van por dentro, tardaron mucho más en sanar.

La memoria

El tiempo que estuvimos allí fue muy tranquilo. Mis padres y mis hermanos vinieron un par de veces a vernos. Les conté que nos habíamos recluso para estudiar los exámenes, no era la primera vez que lo hacía, así que me creyeron. Yo estudié a ratos y a pesar de que había faltado mucho a clase, conseguí aprobar todo con buenas notas. Debo decir que Marta me prestó su inestimable ayuda, sin la cual me habría sido totalmente imposible hacerlo, dejándome los apuntes y viniendo de vez en cuando a estudiar conmigo para aclararme todas las dudas que me surgían.

Llevábamos más de un mes en el pueblo y en todo ese tiempo no habíamos tenido relaciones sexuales. Yo la deseaba, pero no quería presionarla. No estaba segura de qué recordaba de todo lo que le había pasado y quería darle tiempo. Tampoco hablábamos de ello, no leíamos los periódicos ni veíamos la televisión, estábamos aisladas del mundo.

Aquella mañana Elin salió a comprar, se empeñó en hacerme una comida especial y quería que fuera sorpresa. A mi no me hacía demasiada gracia dejarla sola, pero también sabía que antes o después tendría que dar ciertos pasos. Debo reconocer que la seguí, aunque pareciese un poco obsesivo, sólo quería protegerla.

La comida fue fantástica, todo estaba delicioso y no faltaba detalle en la mesa. Yo ya la conocía lo suficiente como para saber que aquello no era porque sí, había una razón.

– Gracias cariño, estaba todo buenísimo –le dije mientras tomábamos el café.

– Tenía ganas de hacerlo –me contestó con una sonrisa que le iluminó la cara.

Me acerqué a ella y la besé.

– Raquel, necesito hablar de lo que pasó –me dijo manteniendo mis mejillas entre sus manos.

Yo temía aquel momento, llevaba evitándolo mucho tiempo.

– Lo sé –contesté consciente de que era necesario hacerlo, para recuperar nuestra vida.

– Quiero contarte lo que viví y necesito saber cómo me sacaste de allí –me dijo bajando la mirada.

Elin comenzó su narración.

Cuando la cogieron aquellos tipos la metieron en el coche y uno de ellos se sentó detrás con ella encañonándola todo el viaje con una pistola. En ningún momento le vendaron los ojos, por eso supo que no saldría de allí con vida. Nada más entrar en casa de Pablo empezaron las palizas. La subieron al piso de arriba y la violaron los tres, como ella se intentaba resistir, Pablo le inyectó heroína. A partir de ahí no recordaba nada.

Mientras hablaba las lágrimas rodaban incontenibles por sus mejillas. Me acerqué para abrazarla pero ella me detuvo con suavidad.

– Lo único que me ayudaba en aquel momento era pensar en ti. Di gracias porque no estuvieras allí conmigo, porque no estuvieses sufriendo aquella tortura y porque no me vieses rendida y humillada –confesó y sentí su vergüenza.

Me explicó que cuando se despertó en el hospital y Sandra le habló, supo que de alguna manera yo había conseguido sacarla de la casa. Puesto que el tiempo pasaba y la policía no aparecía, lo que había tenido que hacer para rescatarla debía ser muy grave.

– ¿Qué hiciste Raquel? –me preguntó sin rodeos.

Respiré hondo y le conté paso por paso lo que había sucedido. Como vi el secuestro desde casa de Marga, como llegué hasta allí tras recoger a Marta, como me colé en la casa y como asesiné a Pablo cuando iba a violarla una vez más. Le conté que quemé la casa y también que dejé olvidada la navaja, que no estaba segura de si había algún testigo de su raptó ni de nuestra huida. Le dije que Sandra nos hizo el favor de no llamar a la policía, porque por muy amigo que Arturo fuera de Marga, lo que yo había cometido era un asesinato.

Elin se quedó mirándome, aunque se le había pasado por la cabeza que lo hubiese hecho, la confirmación no era fácil de asumir. Por un lado se sentía culpable de haberme arrastrado a aquella situación. Por otro lado, ver que por ella había sido capaz de matar, la elevaba al Olimpo de las diosas, las que consiguen que un simple mortal se juegue lo más preciado que tiene: su vida, por conseguir su amor. Esa extraña mezcla de orgullo y culpa era un sentimiento difícil de manejar.

– ¿Te arrepientes? –preguntó.

Me quedé pensando. Decir que no era demasiado osado y decir que sí era mentira.

– No tuve más remedio que hacerlo, era él o nosotras. Me habría gustado que las cosas fueran de otra manera, pero han sido así –contesté sin poder evitar que un oscuro sufrimiento atravesara mi mirada.

Se arrodilló y colándose entre mis piernas me abrazó, pero no de forma protectora, se aferró a mi cintura, apoyó su mejilla en mi pecho y dejó que mis brazos la cobijaran. Estuvimos así mucho tiempo y al fin ella se levantó, me agarró de la mano y me llevó al dormitorio.

Se sentó en la cama, entendí lo que buscaba. Comencé lentamente a desnudarla, no parecía ella, sentí su bloqueo. La tumbé con suavidad y me quité la ropa, sin ninguna prisa, dejando que se recreara en la visión de cada centímetro de mi piel. Después me tumbé a su lado. Cogí su mano y dirigí sus caricias, ella se dejó llevar. No quería ser demasiado directa, aunque hacía mucho tiempo que la deseaba, controlé mi excitación. Comencé a acariciarla, me costaba un mundo no comérmela a besos, quería hacerle el amor salvajemente, sin límites, pero debía contenerme. Ella necesitaba olvidar para recordar y yo, que la amaba profundamente, iba a sacarla de su abismo.

Me giré hacia ella, rozándola con mi cuerpo y comencé a dibujar cada una de sus curvas con mis dedos. Apoyé con suavidad mi mano entre sus piernas y ella apretó los muslos cerrando el acceso. La coloqué sobre mí, la envolví con mis piernas, sus lágrimas me llenaban de sal. La besé con ternura. Noté sus manos recorriéndome, cerró los ojos y sus dedos se escurrieron entre mis piernas. La besé de nuevo y ella siguió sin rodeos, buscó mi placer, oí como su respiración se agitaba, como mi entrega la excitaba, como olvidaba y como recordaba... Deslicé mi mano entre su cuerpo y el mío, ahora sin resistencia, sentí como se sometía, como mis movimientos se la llevaban y como el éxtasis, el orgasmo, el clímax, como aquel placer extraordinario nos arrastraba, nos unía y nos curaba. Su cuerpo y el mío, cargados de peso, desvanecidos, solapados, eran de nuevo uno sólo, el yin y el yan, el complemento puro del amor absoluto.

Nos quedamos dormidas. Sé que soñé con ella y cuando desperté sólo lo bueno quedaba en mi memoria. Sólo el recuerdo de sus caricias, el olor de su piel y la ternura de sus labios.

La coartada

Los días pasaban sin noticias de la policía, pero las dos sabíamos que antes o después tendríamos que afrontar aquello, y había demasiados cabos sueltos.

Ella, era una víctima sin duda, aunque las palabras “ajuste de cuentas”, la incriminaban directamente en el tráfico de drogas. Yo, aún lo tenía peor, añadía a esos cargos el de asesinato. Si la justicia no llevara una venda en los ojos, si la ética y la moral imperaran sobre la ley, ¿quién podría condenarnos? Pero la llevaba...

Esta vez mi gran ventaja era que la única que sabía lo que de verdad había pasado era yo. Era pues la única que sabía qué y cómo cambiar los hechos.

Cogí un cuaderno y comencé a escribir todos los datos que recordábamos y todas las vulnerabilidades que había en nuestro relato. Los testigos, los implicados y los cómplices debían dar veracidad a la historia. La mentira sobre la que construyéramos nuestra coartada debía tener en cuenta cada punto inamovible del suceso y a su vez ser consistente y paralela, como las sombras del *mito de la caverna*.

Primero pensé en la parte que sólo confería a Elin. Cuando la secuestraron y la metieron en el coche, todo pasó con gran rapidez, pero aún era de día y sucedió prácticamente en frente de la Continental. Era muy probable que varios testigos, transeúntes, clientes o trabajadores de la cafetería y vecinos de la zona, lo hubiesen presenciado, incluso denunciado. Por otra parte los dos sicarios, que recibieron el pago en coca y a los que quizá alguien había visto entrar en el chalé de Pablo, ante la posibilidad de ser acusados de asesinato, es posible que cantasen lo que de verdad había sucedido, incluida la violación. Eso situaba a Elin en el lugar de los hechos, lo cual no mejoraba las cosas.

Por mi parte, Marga era testigo del rapto y de mi reacción, pero de poco más. El taxista que me llevó a casa y mi amiga Mónica, me situaban lejos de la escena del crimen, aunque eso era perfectamente compatible con la hora y lugar donde mataron a Pablo.

En el mejor de los casos, aquel en el que nadie me hubiese visto entrar ni salir de casa del camello, de alguna manera tenía que explicar cómo saqué de allí a Elin y como la llevé al hospital, donde entró inconsciente. La navaja, podía haberme servido para cortar las cuerdas y liberar a Elin y posteriormente, dejarla allí abandonada ante la urgencia de salvarle la vida a ella.

Tenía una forma y tamaño bastante peculiares. Todos los años en las fiestas del pueblo de mis abuelos, se encargaba una edición limitada y se daban como premio en las distintas competiciones campestres que se organizaban. Era pues un modelo relativamente exclusivo que desde luego era fácil vincular conmigo. Todo suponiendo que el deterioro producido por el fuego no fuera suficiente como para que desapareciese cualquier rastro de aquella exclusividad.

Hasta ahí todo había sucedido como en la realidad, la historia paralela debía comenzar a partir del momento en el que yo entré en la casa:

“Cuando Pablo contestó al teléfono, subí las escaleras y encontré a Elin. Con mi navaja corté las cuerdas y la saqué de allí. Alguien entró en la casa y yo me escondí con Elin en otra de las alcobas. Pablo y aquel tipo subieron al dormitorio y al comprobar que Elin se había fugado discutieron, las palabras llegaron a mayores, hubo una violenta pelea y el otro tipo apuñaló a

Pablo. No lo vi pero oí sus gritos. Consciente de que lo había hecho con mi navaja me asusté y la dejé ahí, esperando que las huellas le incriminaran. Al tocar a Pablo me llené las manos de sangre, me las lavé en el baño y también a Elin cuyo aspecto era lamentable, le busqué algo de ropa y avisé a Marta que estaba esperándome abajo, de que entrara para socorrer a Elin. Ella subió para ayudarme a meterla en el coche y al ver la escena vomitó. Cuando estábamos a unos cincuenta metros de la casa, por el retrovisor vi a alguien saltar la valla, y ya en el desvío nos sorprendió una enorme columna de humo que parecía venir de aquella zona.”

Esta parte debía prepararla con Marta, aunque lo había pensado para que ella prácticamente no tuviera que mentir.

Por otra parte, Sandra, había rellenado el parte de lesiones para la policía, sólo que lo había traspapelado poniéndolo bajo otros informes y se había ocupado de hacerlo cada día hasta que le dieron el alta. Además había evitado firmarlo ella, que aunque estuvo presente, no atendió directamente a Elin en ningún momento.

De esta manera, la historia, aunque tenía ciertos vacíos, quedaba creíble.

Yo pensaba que mi aspecto inocente jugaría a mi favor, resultando difícil creer que alguien como yo hubiese sido capaz de cometer aquel crimen, tan sangriento como brutal.

Aquel mismo fin de semana llamé a Marta y le pedí que viniera para redondear definitivamente la coartada.

Sueños rotos

Desde que detuvieron al padre de Patricia, su relación con Marta se había deteriorado. La confianza ciega y absoluta de tiempo atrás, había desaparecido por el peso de los secretos que una y otra cargaban ahora sobre sus espaldas.

Cada vez que Marta venía a vernos inventaba una excusa y Patricia, abrumada por la asunción de la terrible verdad que ocultaba su familia, por increíble que resultara el pretexto por el cual debían separarse, la creía.

Por otra parte, Marta sabía que el padre de su novia había mandado matar a su mejor amiga, y eso la alejaba cada vez más de ella.

Por todas estas cosas y no porque no la amara, un día antes de venir a vernos la dejó. La desdicha del abandono es muy mala consejera, Patricia se cargó de venganza y de ira y sin más razón que su propio dolor, decidió ir a la policía y contarles que Elin y yo éramos las mulas en cuyas alforjas había llegado la cocaína a su casa. Llegó a la entrada de la comisaría dispuesta para aquella traición, se paró y respiró. Entonces recordó las caricias de Marta, los besos, el amor en su mirada, recordó las noches cómplices y la felicidad compartida y no pudo hacerlo.

Volvió a su coche y aparcada frente a su casa esperó horas hasta que la vio salir. Marta se subió en un taxi que la llevó a la terminal de autobuses. Con su mirada angelical convenció a la taquillera de que era una amiga y quería darle una sorpresa, descubriendo así el destino de su viaje. De esta manera llegó al pueblo de mis abuelos antes que ella. Cuando bajó del autobús la siguió a distancia y comprobó, tal y como sospechaba que acudía a encontrarse con nosotras. Volvió a la plaza del pueblo y llamó desde la cabina a su casa para decir que no volvería hasta el lunes.

Nada más llegar Marta, le conté la nueva versión de los hechos que Elin y yo habíamos acordado. Ante la perspectiva de ser acusada de ser cómplice de asesinato y puesto que su parte no cambiaba demasiado, le pareció que sería fácil mantenerla si la policía la interrogaba y aceptó colaborar una vez más con nosotras. En su versión había aún menos detalles, puesto que de la parte que no había vivido, tan sólo debía decir que le conté que liberé a Elin y que nos escondimos hasta que el asesino salió de la casa, momento tras el cual yo fui a buscarla para reclamar su ayuda.

Pronto cambiamos de tema, me había traído los apuntes que necesitaba para preparar el último examen, en eso estábamos cuando de pronto llamaron al timbre.

Nos sobresaltamos las tres, no esperábamos a nadie más aquel día. Salí de la casa y bajé hasta la puerta de la finca. Antes de ver quien había tras la verja, distinguí el coche de Patricia. No tenía sentido esconderme, ella sabía que estábamos allí.

Le abrí y nos quedamos mirando. Fue un momento tenso, intenté ver tras su mirada, adivinar si podía confiar en ella.

– Sólo quiero hablar con Marta, déjame entrar por favor –me dijo llena de tristeza.

– Está bien, pasa –

Patricia me siguió escaleras arriba, hasta el acceso a la casa. Entró. En la cocina estaban Elin y Marta, al verla se levantaron las dos. Se colocó frente a Marta y le cogió las manos.

– Por favor, no me dejes –dijo y después exhaló un profundo suspiro.

Marta la miraba, le resultaba difícil resistirse a ella porque no había dejado de quererla. Elin y yo salimos al jardín para dejarlas solas. Nos preocupaba la reacción de Patricia y su fidelidad, pero confiábamos en Marta, ella sabría como manejar la situación.

Estuvieron casi dos horas hablando, ya eran las tres de la tarde cuando salieron a buscarnos.

– He decidido confiar en ella, no puedo evitarlo porque la amo. Pero hay cosas que no me corresponde contarle a mí. Vosotras decidís –dijo dejando en nuestras manos confiar en la hija de nuestro peor enemigo.

Patricia era una buena chica, desconocedora absoluta de todos los delitos que había cometido su padre. Hasta donde yo la conocía era una buena amiga, fiel y generosa y en este momento no sabía cómo manejar lo que se le venía encima.

– Vamos a comer algo y después hablaremos –les dije mientras ponía al fuego una olla con agua para cocinar la pasta.

Cogí a Marta a un lado y le pregunté hasta que punto pensaba que Patricia estaba preparada para oír lo que su padre había ordenado, ella me dijo que nadie está preparado para escuchar algo así. Me quedé pensativa, no le faltaba razón.

Comimos tranquilamente y después de tomar un café saqué el arsenal alcohólico y todo lo necesario para acompañarlo. La conversación que teníamos pendiente requería para unas y otras de mucho valor. No era fácil hablar, pero tampoco escuchar.

Marta, Elin y yo comenzamos a relatar todo lo que había sucedido. Patricia nos escuchaba, con los ojos como platos. No podía creer los peligros que habíamos corrido. Escuchó como habíamos llegado hasta esa situación y el trato que habíamos cerrado con la policía para detener al traficante, que resultó ser su propio padre. Lo que vino después fue aún más duro, las palabras de Elin hicieron brotar las lágrimas de la princesa destronada, y hasta donde llegamos para salvarla, sobrepasó con creces lo que estaba preparada para asumir.

Se quedó pensativa, se levantó y abrazó a Elin. Le dijo que lo sentía muchísimo, que renegaba de su sangre, que no podía entender como su padre podía haber hecho algo así. Mientras hablaba lloraba amargamente y Elin lloraba con ella.

– Tu no tienes la culpa –le dijo consolándola mientras le acariciaba el pelo.

– Cuando pienso en que todo lo que tengo, mi ropa, mi coche, mis estudios, todo está manchado de sangre... –dijo mirándonos a las tres suplicando nuestro perdón.

Marta se levantó y la abrazó. No era justo que ella pagara por las fechorías de otros, aunque indirectamente se hubiese beneficiado de ellas, y aunque el malhechor fuera su padre.

La citación

Poco a poco todas nos fuimos tranquilizando. La posición de Patricia quedó clara, nadie que llorase así ante el dolor ajeno podía ser un traidor, estábamos convencidas de que no nos vendería.

Sabíamos que antes o después vendrían a buscarnos, la duda era quién. En el mejor de los casos sería la policía, pero si por alguna razón nuestra coartada no resultaba creíble y terminábamos en la cárcel. En las duchas, en el patio o en el comedor, alguien por un gramo de heroína terminaría con nuestras vidas. Si no era la policía, la cosa era aún peor.

El domingo por la mañana, nos acabábamos de levantar cuando me llamó Marga. Su amigo el comisario le había hecho una visita el sábado por la noche. Ginés Salorio, el padre de Patricia nos había acusado directamente de venderle los doscientos kilos de coca y aunque la policía estaba al tanto de eso, nos iban a citar para declarar. Debíamos hablar con Arturo Villegas para preparar nuestra versión. La mejor opción era contar que fuimos a Colombia, que nos tentaron con sacarnos un buen dinero extra, pero que una vez allí nos asustamos y no nos trajimos la coca. Ya en España para evitar un desenlace fatal, convinimos con ellos hacer el trabajo y bajarnos desde Galicia una importante cantidad de droga. Fue entonces cuando acudimos a la policía, pues no queríamos vernos envueltas en un asunto tan turbio y acordamos que haríamos la entrega, señalando de esta manera la morada del traficante.

El problema era lo que había pasado después, ni siquiera sabíamos si estaban investigando el asesinato de Pablo, si lo habían relacionado de alguna manera con nosotras o con el caso de Ginés Salorio. Me di cuenta de que debíamos informarnos de eso antes de hablar con el comisario.

No es que en el pueblo hubiera una hemeroteca, pero en el hogar del jubilado estaban los periódicos de toda la semana y con suerte, los de semanas anteriores. Era un buen lugar para empezar a buscar.

Salimos a tomar un aperitivo y pasamos por allí para recoger los periódicos. Pusimos la excusa de que Elin estudiaba periodismo y los necesitaba para hacer un trabajo. No le extrañó a nadie, todos sabían que Marta y yo éramos estudiantes, ¿por qué no iba a serlo Elin?

Entre las cuatro no nos costó demasiado encontrar todas las noticias relacionadas con el suceso. En seguida nos dimos cuenta de que la versión que aparecía en los diarios distaba bastante de lo que realmente había pasado. La policía no había dado demasiados datos a los reporteros, la mayoría se basaban en conclusiones y opiniones de los vecinos y en ningún caso se relacionaba a Pablo con el padre de Patricia. Eso era bueno y malo. Bueno porque a priori eso nos evitaba dar explicaciones mucho más complicadas. Malo porque no teníamos ni idea de lo que realmente sabía la policía.

Después de comer llamé a Villegas, quedé con él el miércoles antes de ir a declarar, puesto que Ginés ya sabía que le habíamos vendido a la policía, no me preocupaba tanto que nos vieran con él.

Marta y Patricia se quedaron con nosotras hasta el último momento. La madre de Patricia se enfadó con ella, pensaba que debía volver a casa para apoyar a su padre en aquel complicado trance. Sin embargo, con lo que ahora sabía, se sentía incapaz de hacerlo. Así que se quedó.

Sabíamos que una vez que volviésemos a Madrid, no podríamos regresar de nuevo al pueblo, si no terminaríamos por poner en peligro a mi familia.

Había pues que buscar algún destino recóndito en el que no fuera fácil encontrarnos. Lejos de Galicia y de Madrid. De momento en España, aunque no descartábamos hacer algún viaje al extranjero.

La declaración

El miércoles salimos muy temprano. A las nueve habíamos quedado con el comisario frente a los juzgados. Nos dijo que el juez estaba informado de nuestra cooperación, que sólo quería saber algunos detalles sobre los contactos que hicimos con los traficantes. Era inevitable hablar de Pablo, pero queríamos impedir a toda costa que se nos relacionara con su muerte, así que decidimos que sortearíamos como pudiéramos las preguntas que nos hicieran al respecto y en ningún caso diríamos su nombre.

Arturo nos aconsejó que no diéramos demasiados detalles, sólo los justos y necesarios, y que si dudábamos era mejor decir que no lo recordábamos bien, antes que comprometernos. Durante la conversación me di cuenta de que sospechaba que había alguna relación entre nosotras y el asesinato de Pablo Andrade, alias “el capucha”, y también que no quería saberlo.

El juez nos llamó a declarar por separado, llevábamos la lección bien aprendida y no hubo contradicciones entre nosotras, en una hora y media estábamos fuera de los juzgados.

Cuando salimos de allí sentimos un gran alivio. Al menos de momento nos habíamos librado. El siguiente paso era salir de Madrid esa misma tarde.

Fuimos a casa para coger algo más de ropa, pensábamos estar fuera bastante tiempo y ya empezaba a hacer calor. Nos pareció que un destino de playa era perfecto, ya que no teníamos más remedio que huir, al menos disfrutaríamos de unas relajantes vacaciones. Pero los planes casi nunca salen como se conciben.

Estábamos guardando las cosas en la maleta cuando sonó el teléfono. Era Carmen, la llamaba para avisarla de que esa mañana le había llegado un telegrama.

La palabra telegrama siempre sonaba a algo urgente, así que decidimos pasarnos por allí para recogerlo. Era de su madre, le pedía que acudiese lo antes posible, su padre estaba muy grave. Elin le había dado la dirección a su hermano, bajo la promesa de que sólo la utilizaría en caso de extrema necesidad.

Bajo el texto había un número de teléfono, en seguida me di cuenta, el prefijo era de Colombia.

– ¿Te has fijado en el número? –le dije a Elin esperando vanamente que ella tuviese la misma retentiva que yo con los números.

– ¿Qué le pasa al número? –preguntó segura de que yo se lo diría.

– ¡Es un teléfono de Colombia! –contesté.

En ese mismo instante ató cabos igual que yo lo había hecho. Aquello no podía ser casual, salvo que su padre tuviera alguna enfermedad, lo más probable es que hubiese sido víctima de un ajuste de cuentas. Elin pidió permiso a Carmen para llamar y de esta manera pudo hablar con su familia. Su madre le confirmó sus sospechas, a su padre le habían asaltado de camino a la embajada, había recibido dos tiros, uno en el pecho y otro en la garganta. A duras penas había logrado llegar al interior. Desde allí le habían trasladado rápidamente al hospital y aunque aún estaba con vida, su estado era crítico.

Aquello trastocaba totalmente nuestros planes. Viajar a Colombia era un tremendo riesgo, pero por otra parte no ir era algo de lo que Elin podía arrepentirse toda la vida. Así que decidí tomar la iniciativa.

– Voy a llamar a Santi, le pediré que nos consiga unos billetes lo antes posible –le dije apoyando mi mano sobre su hombro de manera tranquilizadora.

No nos entretuvimos mucho más, teníamos que volver a casa para gestionar los billetes. Nos despedimos de Carmen y nos marchamos.

Al llegar al portal de casa, alguien nos silbó desde el bar de enfrente. Nos giramos, Marta y Patricia nos estaban esperando. Nos sentamos con ellas un momento y les contamos lo que acababa de pasar y la urgencia con la que debíamos marcharnos. Ellas nos dijeron que Patricia había discutido con su madre y que le había dicho que se iba a vivir con Marta. A mí no me daba tiempo a procesar tantas noticias, la cabeza me iba a estallar. Entonces Elin, tuvo una de sus grandes ideas.

– ¿Por qué no os venís con nosotras? –les preguntó, mientras a mi se me giraba noventa grados el cuello, estupefacta ante su increíble idea.

– Me parece una idea genial –contestó Patricia.

Marta y yo nos miramos, como era posible que nuestras novias estuvieran tan locas.

Elin pidió otra ronda y las cuatro celebramos que nos íbamos de viaje juntas. Al final opté por llamar a mi amigo desde el bar para pedirle los billetes, ya que parecía que la velada se iba a alargar. Me confirmó que podríamos viajar al día siguiente a las cuatro. Volví con la noticia y de nuevo brindamos, dejándonos llevar por aquel inconsciente y etílico jolgorio.

El regreso

A la una y media estábamos las cuatro en el aeropuerto. A mí todo aquello me seguía pareciendo una locura, aunque la verdad es que agradecía la compañía. Si pasaba por alto a qué íbamos, el peligro que suponía volver a Colombia y lo que ya llevábamos vivido, parecía un viaje de placer con unas amigas. Intenté aferrarme a esa idea, era mucho más sano mentalmente que vivir la realidad.

Por la premura con la que habíamos comprado los billetes, había sido imposible conseguir asientos contiguos, así que una vez que estuvimos en el aire, Elin con su encantadora sonrisa puso en pie a medio avión, hasta conseguir que las cuatro nos sentáramos en la misma fila. Reconozco que esas cosas me encantaban de ella. Su absoluta carencia de timidez, su desparpajo para encandilar a la gente y su tenacidad para conseguir lo que quería, eran algunas de las cosas que me enamoraban de aquella preciosa mujer.

Marta y Patricia pronto se quedaron dormidas, era lo mejor que se podía hacer ante tantas horas de viaje. Yo sin embargo casi nunca me dormía, pasaba el vuelo atenta a cualquier sonido extraño. Revisaba la ruta, las características de la nave, la altitud y cualquier incidencia meteorológica o movimiento extraño de la tripulación.

Me acurruqué en Elin, ella estaba tan tranquila, llevaba desde niña viajando por todo el mundo y este sólo era un vuelo más. Sin embargo había algo en su mirada que no era habitual en ella.

– ¿Estás bien cariño? –le pregunté mirándola desde su pecho.

– Estoy nerviosa –confesó.

Me di cuenta de que a partir del momento en el que recibió el telegrama, yo me había ocupado con gran diligencia de todos los trámites necesarios para el viaje, pero ni siquiera le había preguntado como se sentía.

– Yo voy a estar contigo en todo momento –le dije tratando de tranquilizarla.

– Mi relación con mis padres es muy tensa, nunca nos hemos entendido, pero les quiero –dijo cerrando los ojos y respirando profundamente.

– Lo sé mi amor –

Reconozco que de todas las facetas de Elin había una que me cautivaba, cuando se mostraba tierna y vulnerable. Eso era algo único, algo que sólo me mostraba a mí y en muy pocas ocasiones. La acogí entre mis brazos y ella se dejó querer. Por un instante dejé de oír nada que no fuera su respiración, podía haberse terminado el mundo en aquel momento y yo no habría dejado de ser feliz.

La azafata interrumpió aquel onírico momento ofreciéndonos algo de beber. Cogí dos botellitas de whisky y una Coca-Cola. Pensé que nos vendría bien evadirnos un poco, Elin sonrió conforme con mi elección. Las tomamos tranquilamente, como en el salón de casa y cuando terminamos me hizo señas de que la siguiera. A estas alturas del viaje la mayoría de los pasajeros estaban durmiendo, leyendo o viendo la película que emitían en ese momento. La seguí por el pasillo hasta la cola del avión. Cuando nadie miraba tiré de mí y me metió con ella dentro del servicio.

Le sonreí, ella comenzó lentamente a desabrocharse la blusa mirándome provocadora. Deslicé mis manos por su cintura, ya desnuda y apoyé mis labios en sus cálidos pechos. Ella se curvó

sensualmente hacia atrás, apoyándose en el lavabo y comenzó a desabrocharse el pantalón, dejando entrever la parte baja de su vientre. Se lo bajé sólo lo suficiente para que mis manos se abrieran paso. Fuera se oía hablar a las azafatas, la situación era muy morbosa. Noté como se excitaba con el movimiento de mis dedos. La senté en el lavabo y dejé que sus pantalones cayeran hasta los tobillos. La penetré mientras mi boca avanzaba por la cara interna de sus muslos. Ella agarró mi cabeza, acompañándola con suavidad en sus movimientos. Sus piernas se tensaron y yo la agarré, presionándola contra mí, sintiendo su orgasmo, hasta que se venció, relajando su cuerpo y pausando poco a poco su respiración. Entonces la besé y sin poder evitarlo le dije:

– Nunca había amado a nadie como te amo a ti –

El momento era tremendamente romántico, pero no el lugar. Salimos de nuestro idilio cuando una mujer, al parecer con mucha prisa, aporreó la puerta reclamando el acceso. Los golpes de la mujer llamaron la atención de la mitad trasera del avión y nuestra salida con el pelo revuelto y ligeramente sonrojadas las mejillas, evidenció, como dice la canción: *“love is in the air”*, que el amor estaba en el aire.

A las siete de la tarde, hora de Colombia, aterrizamos en El Dorado. Un funcionario de la embajada española fue a buscarnos al aeropuerto y nos llevó directamente al hospital. Allí nos esperaban la madre y los hermanos de Elin.

Entendí en seguida por qué Elin era tan guapa, su madre era una mujer espectacular, no llegaba a los cincuenta años, pero habría pasado por treinta y sus hermanos parecían sacados de la prensa del corazón. Aquella clase no era por casualidad, llevaban generaciones instalados en la alta burguesía. Imaginé a mis antepasados limpiando sus cuadras y cepillando a sus corceles.

Elin abrazó a sus hermanos, el pequeño Erik, se le agarró como una garrapata. Detrás, sin perder la compostura a pesar de que hacía años que no veía a su hija, su madre esperó el turno. Pensé que aquel iba a ser un encuentro como el que yo tendría con mi madre en esas circunstancias, de gritos, llantos y vestiduras rasgadas, pero no lo fue. Se dieron dos besos como si se hubiesen visto el día anterior. Entonces Elin nos presentó:

– Ellas son Marta y Patricia, dos buenas amigas y Raquel, mi novia –dijo mientras me cogía de la mano.

Su madre saludó a las chicas y después a mí, luego miró a su hija y le dijo:

– No entiendo por qué tienes que ser siempre tan extravagante –

Reconozco que jamás me habían rechazado con tanta elegancia. Entonces Elin contestó:

– Porque vivo la vida en lugar de leerla en los libros, mamá –

En aquel preciso instante entendí todo lo que Elin me había contado sobre sí misma desde que nos conocíamos.

El embajador

Acompañamos a la familia a la zona de cuidados intensivos y Elin entró a ver a su padre con su madre, las chicas se bajaron a la cafetería y yo me quedé fuera esperándola con sus hermanos.

Erik era una copia en miniatura de ella, se parecían físicamente, pero sobre todo era su carácter lo que me recordaba a Elin. Él amaba a su hermana y a todo lo que ella amara, así que fue un gran aliado en aquel tenso momento. Durante la media hora en la que estuvo con su padre, me contó numerosas anécdotas de ella y me facilitó mucho la conversación con sus otros hermanos.

Al rato salieron, Elin vino directa hacia mí y me besó, bajo la mirada reprobatoria de su madre. Me contó como había visto a su padre, en ese momento estaba estable, aunque no totalmente fuera de peligro. Él la había reconocido y se había alegrado mucho al verla.

Desde allí nos fuimos todos menos su hermano mayor a casa de sus padres. Sólo podía quedarse una persona con su padre y él y su madre se turnaban para que no se quedara solo.

La casa del embajador era enorme. Tenían al menos diez personas de servicio y si no querías, era fácil no cruzarte con nadie.

Anexa a la casa principal, había una pequeña casa de invitados. Su madre decidió alojarnos allí a las cuatro, en parte por nuestra comodidad y en parte, para no estar viendo a cada momento a su hija con una mujer. Sabía que Elin no iba a reprimir en ningún momento lo que sentía por mí, y no quería que las numerosas visitas presenciaran la excéntrica, y a su entender pasajera relación de Elin conmigo.

Los días transcurrieron entre idas y venidas del hospital. Su padre fue mejorando poco a poco y a los diez días salió de la UCI. Estuvo aún dos semanas más ingresado y aunque no estaba totalmente recuperado, finalmente optaron por traerlo a casa. Contrataron una enfermera que le hacía las curas a diario y estaba atenta a cualquier retroceso que pudiera haber en su mejoría.

Cuando su padre estuvo suficientemente fuerte, Elin decidió presentarme. Le habló de mí y a pesar de que a él tampoco le hizo demasiada gracia que su hija tuviera una relación lésbica, yo le caí bastante bien. Pensó que dentro de lo malo, una persona centrada, a punto de terminar sus estudios superiores, dadas las circunstancias, era la mejor influencia que ella podía tener.

Pasado el primer momento tenso, él y yo mantuvimos una buena relación. Le gustaba hablar conmigo y en ocasiones intentaba utilizarme para guiarla al lado correcto.

En todo ese tiempo, Marta y Patricia se mantuvieron al margen de la vida familiar y aprovecharon el viaje para conocer a fondo Colombia. La mayoría de las noches teníamos la casa de invitados para nosotras solas.

Aquella vida acomodada era algo que yo jamás había tenido, lo más parecido a eso era una asistente que venía a mi casa un día a la semana cuando mis hermanos y yo éramos pequeños y mis padres trabajaban, para evitar que nuestro hogar fuera un caos absoluto. A veces me resultaba difícil entender como Elin había renunciado a todo aquello sólo por ser libre.

Cuando el embajador estuvo recuperado, organizó una fiesta con los más allegados para celebrar su vuelta a la rutina. También invitó a Marta y a Patricia, a quienes aún no había conocido personalmente.

Los preparativos para la fiesta eran una locura, lo que el embajador llamaba allegados,

resultaron ser más de cien personas, yo pensé que eso en mi pueblo ya era una boda...

Su madre nos compró vestidos largos para las cuatro, tenía miedo de que nos presentásemos en vaqueros, cosa que yo habría hecho con gusto, aunque entendía que no era adecuado. Elin sabía que su estancia allí era algo temporal, así que se hizo el propósito de no discutir con ellos, lográndolo en la mayoría de las ocasiones.

Las chicas llegaron de sus viajes cargadas de regalos y recuerdos de cada lugar visitado y también de anécdotas. Me dio cierta envidia, yo también quería disfrutar de un viaje de placer con mi amor. Elin se dio cuenta y me dijo que ahora que su padre estaba recuperado también nosotras podríamos hacer turismo.

Después de comer, comenzamos a prepararnos para la fiesta que empezaba a media tarde e incluía cena y baile posterior. Lo dicho, ¡cómo una boda!

La fiesta

Nos metimos las cuatro en el mismo cuarto para vestirnos y peinarnos, todas estábamos muy guapas, pero se notaba a la legua que Patricia y Elin estaban mucho más acostumbradas que nosotras a asistir a aquel tipo de eventos. La naturalidad con la que llevaban los vestidos y los tacones, la facilidad con la que se dejaban atender y ayudar a vestir y peinar por Rosa, la chica del servicio que nos asistía, marcaba un abismo entre ellas y nosotras. Me alegré mucho de que Marta estuviera allí, tener cerca a alguien de mi mismo mundo me conectaba con la realidad,

Su madre pasó a verificar que todo estaba correcto y se congratuló al ver que parecíamos cuatro señoritas acomodadas y no cuatro lesbianas fuera de lugar.

Un poco antes de que empezara la fiesta nos trasladamos a la casa principal. Elin quería presentarle a su padre a las chicas antes de que llegaran los invitados.

Cuando nos vieron entrar sus hermanos se deshicieron en halagos y piropos, ellos también iban muy elegantes, parecían jóvenes *gentleman*.

Al fondo de la estancia el padre de Elin le daba instrucciones al chófer de como debía colocar los vehículos de los invitados. Nos acercamos a él para presentarle a las chicas.

– Papá, estas son Marta y Patricia –le dijo Elin tocándole la espalda.

El embajador se giró hacia nosotras y entonces clavó la mirada en Patricia y ella en él.

– ¿Samuel? –preguntó la chica con cara de estupefacción.

El resto les mirábamos con asombro. ¿Se conocían?

Él le tendió la mano evitando su mirada y ella insistió.

– Samuel, soy yo Patricia –le dijo como si el embajador tuviera que conocerla.

– Encantado. Y tu debes ser Marta –contestó él girándose hacia mi amiga y tendiéndole también la mano.

La situación era de lo más extraña. Si el padre de Elin conocía a Patricia ¿por qué no lo reconocía? Ella había dicho su nombre con una familiaridad fuera de toda duda y sin embargo él evitaba con ella incluso el contacto visual. Esto no nos pasó desapercibido a ninguna, pero ante la negativa de él a admitirlo hubo un silencio tenso que pronto rompió la madre de Elin.

– Chicas, venid, ayudadme con las guirnaldas –dijo señalando al lado contrario de la sala.

La seguimos he hicimos con ella el recorrido de reconocimiento. Todo estaba en orden para recibir a los invitados que empezarían a llegar en menos de media hora.

La fiesta fue muy intensa, yo a pesar de mi memoria era incapaz de recordar ni el cincuenta por ciento de los nombres de las personas que saludamos. El embajador había decidido que Elin y yo saliéramos del armario, así que como futura nuera y dada mi formación, me presentó a la mayoría de los empresarios que podían darme un buen puesto que me situara dentro de aquella élite de magnates y diplomáticos.

No es que no fueran interesantes los contactos, pero yo no tenía muy claro que ni Elin ni yo buscáramos exactamente el tipo de vida que su padre quería para nosotras. Aun así, saludé gentilmente a todos ellos, mostrándome dispuesta a una futura relación laboral, en cuanto finalizara mis estudios.

Por otra parte, la madre de Elin, no perdía la esperanza de sacar a su hija de esa “antinatural”

relación con las mujeres, presentándonos para ello a todos los hijos casaderos de la alta sociedad colombiana.

La velada terminó tarde, ya sólo quedaban un pequeño grupo de camaradas del embajador, que dejaron la sala para reunirse con él en su despacho.

Yo ya no aguantaba ni un segundo más los zapatos, así que cuando Elin nos propuso volver a la casa de invitados, me pareció la mejor idea del mundo.

No paraba de darle vueltas a lo que había pasado con Patricia y no era la única, aunque claramente aquel no era el lugar para hablar de ello.

Elin cogió una botella de whisky y algunos refrescos y nos hizo señas para que la siguiéramos. Abandonamos las cuatro la casa principal.

La red

Tras quitarnos los vestidos y los taconazos, fui a la cocina y saqué unos hielos y unos vasos para tomar una copa tranquila con mis amigas.

Estaba claro que el tema rondaba nuestras mentes. Elin era la más impaciente, así que en cuanto nos sentamos en el salón copa en mano, fue la primera en preguntar.

– ¿De qué conocías a mi padre? –dijo mirando directamente a Patricia.

Ella estaba deseando hablar, se notaba la sospecha en su mirada y aunque no quería sacar conclusiones, aquello no le cuadraba.

– Tu padre ha venido innumerables veces a mi casa. Mi padre me lo presentó hace más de cuatro años como su socio en Colombia –contestó recorriéndonos a todas con su mirada, intrigada por si vería en nosotras la misma sospecha que le había surgido a ella.

Y sí, a todas nos surgió la misma sospecha. ¿Estaba el embajador implicado en aquella inmensa red de tráfico de cocaína? Y no sólo eso. ¿Era el padre de Patricia consciente en todo momento de que Elin era la hija descarriada del embajador?

Marta y yo nos mirábamos, parecía que sólo nuestros padres, quizá por su humilde procedencia, quizá por no haber frecuentado ninguna de aquellas fiestas, eran los únicos que se libraban de aquel entramado, de aquella red...

La sospecha de que el embajador ocultara algo o no, cambiaba bastante el panorama al que nos enfrentáramos. Yo intentaba colocar todas las piezas en aquel tablero.

De las posibilidades, descartaba que supiera que su hija estaba metida en aquel asunto, al menos hasta que él mismo fue víctima de su propia codicia. En ese momento algo debió cuanto menos sospechar. Las noticias de que Ginés Salorio había sido detenido, debieron llegarle por alguno de sus contactos y si él no le había traicionado, ¿por qué iba a recibir aquella lección?

Y si ahora lo sabía, ¿cuál iba a ser su posición ante aquello? Era evidente que a pesar de sus luchas del pasado adoraba a Elin, me atrevería a decir que era su favorita. Quizá por ello estaba tan decepcionado.

Por otra parte era necesario saber cuál era su nivel de implicación en todo aquello, ¿era un simple facilitador o participaba activamente en el tráfico de droga? La cuestión era como averiguar todo eso sin levantar demasiadas sospechas.

Uno de los caminos para bordear el interrogatorio y obtener algo de información era hablar con la madre de Elin, ella seguramente no estaría al tanto de los turbios negocios del embajador, pero sí de sus idas y venidas y de muchos de sus encuentros. A ella le encantaba pavonearse y darle la oportunidad de sentirse importante contándonos los múltiples viajes y eventos a los que debían asistir debido a la ajetreada agenda de su marido, era algo que sin duda no iba a rechazar.

Los siguientes días, de forma sutil unas y otras fuimos recabando información hasta tener un dibujo bastante claro del papel de Samuel en aquel lucrativo negocio, por el cual obtenía pingües beneficios, que le permitían llevar un tren de vida muy por encima del de un funcionario público, por alto que fuera su rango.

Dadas las circunstancias y puesto que su estado de salud había mejorado mucho, decidimos que nuestro viaje a Colombia estaba a punto de llegar a su fin. Acordamos que aprovecharíamos la

comida del sábado para decírselo a la familia de Elin, era uno de los pocos momentos en los que estaban todos juntos.

Mientras llegaba el día nosotras nos dedicamos a pensar cual sería nuestro siguiente destino. Volver a Madrid era muy arriesgado, pero tampoco podíamos estar toda la vida viajando.

Andábamos sumidas en nuestro dilema cuando recibí una llamada de Marga. Había hablado un par de veces con ella desde que llegamos a Colombia, era la única persona, aparte de nosotras cuatro que sabía todo lo que había ocurrido. Tras interesarme por su estado de salud, me disponía a comentarle las últimas averiguaciones sobre la vinculación del padre de Elin con la red de narcotraficantes, cuando me paró en seco y comenzó a hablarme de Benito, un jilguero que había tenido de niña. Aquella era una clave que ella y yo teníamos hace años cuando no quería que hablásemos de ciertos temas delante de Andrea. Entendí rápidamente lo que sucedía, por algún motivo no era seguro hablar de eso en aquel instante, así que se lo comenté a Elin y le pedí que saliéramos de la casa, con cualquier pretexto para poder llamarla desde un teléfono público.

Después de comer, aprovechando que su madre tenía su habitual partida de canasta con las demás “señoras de”, decidimos irnos al centro con las chicas para tomar un café y hacer algunas compras. Insistimos en pedir un taxi, pero finalmente consentimos en que nos llevara el chófer de la familia, para no levantar sospechas.

El hada madrina

Nos sentamos en una terraza a tomar unos jugos y al cabo de un rato, me levanté para ir al servicio y llamar por teléfono. Me costó encontrar uno público, tuve que entrar en una hotel que había a unos cincuenta metros de donde estábamos, cuando al fin lo hallé, llamé a Marga.

En España ya eran casi las once de la noche. Pensé que quizá Marga ya estaría durmiendo y que contestaría Andrea, pero no fue así, claramente me estaba esperando.

– Buenas noches Marga, siento las horas, ha sido imposible llamarte antes –le dije disculpándome por romper su rutina.

– Tranquila, lo suponía. ¿Estás sola? –preguntó.

– Sí, ahora mismo sí –contesté.

– Bien, porque necesito que hablemos sin que nadie nos escuche –afirmó.

Le confirmé que había ido sola al hotel para llamarla y entonces comenzó a contarme todo lo que había averiguado.

Me contó sin que yo le dijera nada, que el embajador estaba metido hasta el cuello en la red, y que la mayoría de aquellos intachables empresarios que nos había presentado, habían hecho su fortuna gracias al narcotráfico. Él era pieza fundamental, el nexo entre los capos colombianos y Ginés Salorio, que más allá de lo que el comisario Villegas pensaba, era uno de los principales distribuidores de la cocaína por Europa, y no sólo el pez gordo de la zona centro. Motivo por el cual, su detención había golpeado con mucha más dureza de lo que a *priori* se podía imaginar al mundo del narcotráfico, hasta el punto de que algunos al enterarse de que Elin era su hija, habían decidido ajustar cuentas tras nuestra inesperada huida.

El embajador al entender la situación, había redoblado sus esfuerzos diplomáticos dentro de la red, prometiendo proporcionar un nuevo distribuidor en España a cambio de su propia vida y la de su hija. Esto había disgustado sobremanera a Ginés, sintiéndose traicionado por su socio y había elevado el precio de nuestras cabezas. De manera que al menos en España, nos iba a ser muy difícil escapar de un terrible destino, de ahí la insistencia del padre de Elin por que nos quedáramos en Colombia. Aunque tampoco quedarnos allí nos garantizaba la seguridad, durante los años que Ginés había regentado su negocio, había hecho innumerables favores y tenía aliados con los que podía contar en cualquier momento, sicarios dispuestos a cualquier cosa por saldar su deuda o por conseguir su apoyo.

Mientras Marga me contaba todo lo que había logrado saber de aquel entramado criminal, yo colocaba mis ideas y buscaba alguna solución al menos momentánea, aunque ya empezaban a agotárseme los recursos.

– Si no podemos volver a España y no podemos quedarnos en Colombia, ¿qué demonios podemos hacer? –le pregunté sin poder ocultar mi angustia ante la falta de soluciones factibles.

– Tranquila, ya he pensado en eso. En un par de días, camuflados en una caja de frutas de Aragón, recibiréis cuatro billetes para la siguiente semana. No anunciéis vuestra marcha, seguid como si no tuvieseis fecha de partida y cuando llegue el día marchaos sin que nadie se de cuenta con cualquier excusa y con lo puesto. Me ocuparé de que allí tengáis lo que necesitéis –contestó.

Yo confiaba ciegamente en ella y sabía, a pesar de que rara vez daba ningún dato al respecto,

que se había codeado con gente muy importante y que la información de la que disponía, iba más allá de cualquier cosa que yo pudiese averiguar.

– Está bien, seguiré tus instrucciones al pie de la letra –le dije vencida por las circunstancias.

– Confía en mí Raquel, voy a sacaros de este embrollo –me dijo con tal firmeza que borró de mi mente cualquier duda.

Las dos hicimos una pausa y en seguida prosiguió:

– Habla con las chicas, asegúrate de que nadie os escucha. Planead una excursión para la semana que viene, pero no cerréis la fecha hasta que no tengas los billetes y mientras tanto, manteneos en la casa, es muy peligroso dejaros ver en público. En cuanto colguemos volved a la mansión –concluyó.

Nos despedimos y yo volví a la terraza donde las tres me esperaban un poco inquietas por mi tardanza. Mientras recorría los cincuenta metros que me separaban de ellas, pensé que Marga para mí era como las hadas madrinas de los cuentos, siempre dispuesta a utilizar su barita para convertir los ratones en corceles y las calabazas en carrozas.

Les conté la conversación completa, sin olvidar ni un detalle y todas acordamos, pues no se nos ocurría ningún plan mejor, seguir las instrucciones de mi protectora. Cuando terminamos, Elin le hizo una señal al chófer para que nos recogiera y volvimos a la casa de sus padres.

Frutas de Aragón

Los siguientes días nos mantuvimos a la espera de que llegara el paquete de Marga, tardó dos días más de lo esperado, aun así llegó con suficiente antelación. Lo envió a mi nombre, para evitar que alguien de la familia se sintiera en derecho de abrirlo. Cuando el cartero lo trajo la madre de Elin mandó a Rosa para que me lo llevara a la casa de invitados. Estábamos tomando un zumo en el porche delantero cuando llegó con el paquete, era más grande de lo que yo pensaba, a la pobre Rosa casi no le llegaban los brazos...

Lo cogimos y entramos en la casa para abrirlo. Tal y como Marga nos dijo, contenía una buena cantidad de frutas de Aragón, yo temía que con la temperatura que hacía se les hubiese derretido el chocolate, pero tal y como pude comprobar después estaban en perfecto estado. Bajo ellas en un sobre cerrado estaban los cuatro billetes. Me dejaron abrirlo a mí, aunque todas estaban intrigadas por cuál sería nuestro próximo destino.

Cogí el sobre y lo abrí con un abrecartas de marfil que había sobre el escritorio. Estaba nerviosa. Saqué los billetes y leí el destino.

– ¡Venga! ¿Dilo de una vez que me estás poniendo nerviosísima! –dijo Elin haciendo el gesto de morderse las uñas.

Le sonreí, dándome cuenta del poder que tenía ahora mismo y entonces Marta y Patricia se unieron a su ruego.

– Vale, vale, el destino es...París –dije simulando el tono en el que anunciaban los ganadores de los *Oscar*.

Debo decir que nos sorprendió bastante, nos habíamos hecho a la idea de que terminaríamos en alguna remota isla del Pacífico, viviendo como náufragas, entre cocoteros y nativos, lejos de la civilización. Pero París nos pareció un destino perfecto, cerca y lejos a la vez.

Los billetes eran para el siguiente jueves. Era un buen día para viajar. De lunes a viernes todos estaban ocupados con sus quehaceres y sería más fácil que nuestra huida pasara desapercibida.

Nos quedaban aún cinco días allí y decidimos tomárnoslo con calma y disfrutar de las múltiples instalaciones que incluía la mansión del embajador: piscina, gimnasio, pista de tenis, sauna, sala de juegos, incluso había un pequeño pub. En aquel lugar podía haberme pasado la vida. A veces pensaba que si las cosas fueran de otra manera no me importaría que Elin y yo viviésemos con ellos. Luego recordaba todo lo que ella me había contado, además los inmensos esfuerzos que estaba haciendo para no discutir con sus padres y volvía a la realidad.

La familia de Elin estaba muy contenta de tenernos allí, incluso su madre parecía irse acostumbrando a mi presencia.

Faltaban sólo dos días para que nos escapáramos de aquella cárcel de oro, cuando el embajador me pidió que le acompañara al despacho, quería hablar en privado conmigo.

Ordenó a Rosa que nos llevara una buena botella de whisky y me indicó que le siguiera. Yo lo hice, tenía la sensación de que quería tener conmigo la típica charla de “hombre a hombre”.

Nos sentamos en los sillones que había frente al escritorio. No es que un whisky solo fuera lo que más me apeteciera en ese momento, pero no quería hacerle el feo y lo acepté.

– Raquel, hace tiempo que quería tener esta conversación contigo –me dijo en un tono serio pero

cercano.

Me quedé mirándole, ligeramente sonriente, esperando su discurso.

En seguida continuó hablando. No andaba desencaminada. Me habló de Elin, de lo difícil que había sido su relación con ella y del dolor que sentía por haber estado tanto tiempo separados. Me confesó que cuando llegó diciendo que yo era su pareja, le pareció una más de sus rebeldías, pero que después, al conocerme mejor y ver como me amaba su hija, se fue dando cuenta de que en realidad era una suerte que me hubiese conocido. Parecía que toda la conversación versaría sobre su aceptación de nuestro amor lésbico y la emoción ante la vuelta de la hija pródiga, cuando de pronto dio un giro radical.

– ¿Qué pasó en Madrid? –preguntó como el que sabe algo pero necesita confirmación.

– ¿En Madrid? –pregunté haciéndome la tonta.

– Vamos, no me minusvalores...¿Que hace aquí la hija de Ginés? ¿Qué le hicieron a Elin? Y lo que más me intriga, ¿cómo la salvaste? –dijo poniéndome la mano en el hombro.

Mientras él preguntaba, yo me debatía entre decir la verdad o afirmar con rotundidad que no sabía de que estaba hablando. Sabía que si respondía a una sola de las preguntas tendría que hacerlo a todas.

– Quizá deberías preguntárselo a Elin –contesté intentando eludir la responsabilidad de contestar.

– Raquel, sé que sabes quién soy, pero antes que nada soy su padre y la quiero más de lo que puedas imaginar, te aseguro que ahora mismo daría mi vida si con ello lograra salvar la suya –debo reconocer que me impactó lo sinceras que sonaron sus palabras. Aun así, no confiaba en él lo suficiente.

– Patricia es la novia de mi mejor amiga. Lo que le pasó a Elin es que sus padres estaban más preocupados de llevarla por el camino correcto, que de entenderla. Y respecto a quien salvo a quien, estás muy confundido, ella me salva a mí cada mañana que despierto y está a mi lado –y tras pronunciar estas palabras, me levanté y me dirigí a la puerta.

El me miró, sabía que yo no le diría nada más. Cuando estaba a punto de abrir la puerta del despacho me llamó por última vez.

– ¡Raquel! –dijo con voz firme.

Me giré y el añadió:

– ¡Cuida de mi niña! –

Asentí y salí cerrando tras de mí.

París

El día del viaje metimos en una mochila lo imprescindible. Elin escribió una carta dirigida a sus padres y a sus hermanos. Explicaba a grandes rasgos que debíamos marcharnos por motivos de fuerza mayor y dedicaba unas palabras a cada uno de ellos.

La suerte estuvo de nuestro lado. Nos quedamos solas en la casa, de esta manera pudimos salir de allí sin dar explicaciones a nadie. Pedimos un taxi que nos llevó directamente al aeropuerto. No pude evitar recordar lo vivido anteriormente, pero esta vez todo era muy distinto.

Debíamos ser las viajeras con menos equipaje de todo el aeropuerto, tan poco que tuvimos que dar explicaciones a varios funcionarios. Como las mentiras deben ser sencillas, explicamos que íbamos a París a renovar por completo nuestro vestuario. No tenían más que echar un vistazo a Elin y Patricia para convencerse de que aquello era perfectamente posible, así que todos terminaron por creer el caprichoso motivo de nuestro viaje.

Llegamos a París a las ocho de la mañana, hora local. Aunque intentamos dormir algo en el vuelo, el desfase horario unido a la tensión de lo inesperado nos mantuvieron en vela casi todo el viaje, razón por la cual, cuando al fin pusimos pie en tierra, parecíamos cuatro zombies.

Salimos las primeras, dando gracias por no tener que esperar otra media hora a que salieran nuestros equipajes. Fuera nos esperaba Jean Pierre, le reconocí en seguida. Le había visto varias veces en casa de Marga. Era uno de sus mejores amigos y siempre que venía a España aprovechaba para visitarla.

Nos saludamos. Yo ya sabía lo de los tres besos de los franceses que empiezan por la izquierda, pero pude comprobar, no sin cierta sorna, que era la única que lo había tenido en cuenta.

Jean Pierre nos llevó al lugar que Marga había preparado para nosotras. Era un apartamento a las afueras de París al que no le faltaba detalle. Había comida en la nevera, sábanas y toallas, e incluso ropa en el armario. No me hizo falta inspeccionar mucho para darme cuenta de que la que se había ocupado de todo era Andrea. Reconocería aquel metódico orden hasta con los ojos cerrados. También que aquel no era un apartamento de alquiler. Estaba lleno de fotografías de Marga y de sus múltiples viajes y en la mayoría, Andrea estaba con ella. Eso confirmaba mi teoría de que ellas, si no ahora, en algún momento de su vida habían sido pareja.

A parte de todo, sobre el mueble del recibidor nos habían dejado las llaves de un coche, sobre un papel en el que estaba apuntado el número de la plaza de garaje.

La verdad es que a priori aquel parecía un estupendo lugar para quedarnos. Patricia y Marta antes o después tendrían que marcharse, pero nosotras dos, teníamos de momento muy difícil volver a España.

Cuando Jean Pierre se fue, nos repartimos los dormitorios. Nosotras nos quedamos con el principal y las chicas cogieron el otro, que era un poco más pequeño. Estábamos tentadas de meternos en la cama, pero ya eran casi las doce de la mañana y si nos acostábamos nos despertaríamos a media noche, así que Elin propuso darnos una ducha y salir a dar una vuelta por París para combatir el “jet lag”.

El plan de Elin resultó perfecto. La comida y un par de botellas de buen vino francés nos sacaron al menos temporalmente del agotamiento. Reinaba cierta euforia entre nosotras. Hacía mucho

tiempo que no nos sentíamos tan fuera de peligro y no cabía duda de que París no era cualquier destino.

Hasta aquel momento, Elin había sido para mí aquella oveja descarriada, incapaz de comprometerse con ningún trabajo o formación que requiriera de una cierta disciplina para llevarlo a cabo. Pero esa estimación no era del todo cierta. Ella había recibido una educación exquisita en los mejores colegios, de cada lugar al que la imparabla carrera diplomática de su padre les había conducido. Esto entre otras cosas implicaba, que hablaba a la perfección casi tantos idiomas como el embajador, y eso incluía por supuesto el francés.

La primera vez que la oí, fue al salir del portal, con un simple saludo al cruzarse con un vecino. Me pareció tremendamente erótico, casi le arranco la blusa allí mismo. Luego en el taxi y después en el restaurante, entendí que su francés era tan bueno, que ni siquiera los nativos se daban cuenta de que no era su propia lengua. Aquello, sin duda era algo que nos facilitaría pasar desapercibidas.

Por una vez mi formación no resultaba ventajosa respecto a la suya, era algo extraño para mí sentirme en inferioridad de condiciones, aunque debo decir, que lejos de molestarme me hizo sentir un profundo orgullo.

En París descubrí a otra Elin, culta e interesante, amante del arte y la música y capaz de disfrutar de lo más sencillo y de entender lo más sofisticado. Si yo no hubiese estado enamorada de ella hasta la médula, sin ninguna duda habría caído rendida a sus pies entonces.

A mis padres les tuve que mentir, les dije que había recibido una beca de estudios, ya que tantos meses de ausencia ya empezaban a no tener justificación. Les llamaba una vez cada dos o tres semanas. Les di la dirección de Jean Pierre para que me enviasen allí la correspondencia a su nombre, ya que era vital que nadie supiese dónde estábamos

Las chicas habían vuelto a España, estaban viviendo juntas y Marta se había encargado de cancelar el contrato de alquiler de nuestra antigua casa y trasladar todas mis cosas al trastero de su nuevo apartamento.

Yo por mi parte, había solicitado el traslado de expediente a la Sorbona y estaba realizando allí el proyecto fin de estudios. Eso y aprender francés me mantenía ocupada una buena parte del día. Elin también retomó sus estudios de Sociología. Milagrosamente o por un error en el traslado del expediente, nunca nos quedó claro, la situaron en el tercer curso de la carrera, que esta vez sí se tomó en serio, siendo considerada como una de las mejores estudiantes de aquel curso.

Nuestra vida durante muchos meses fue tan tranquila, que llegamos a olvidar todo aquello de lo que estábamos huyendo. Pero nada dura eternamente.

El correo

Aquel sábado, nos levantamos tarde. La noche anterior habíamos salido por el centro con unos amigos de la universidad, hasta altas horas de la madrugada.

Aunque no nos apetecía demasiado, era primer sábado de mes y siempre quedábamos con Jean Pierre en un pequeño café, cerca de *Moulin Rouge*. Él nos traía la correspondencia y se ocupaba de proporcionarnos cualquier cosa que necesitáramos. Así que sin pensárnoslo demasiado para no arrepentirnos, nos dimos una ducha y acudimos al lugar de la cita.

Llegamos un poco tarde y nos extrañó no encontrarle ya allí, pues solía ser muy puntual. Pedimos dos cafés y dos *croissant* mientras le esperábamos. Cuando ya pasaban treinta y cinco minutos de la hora habitual, empezamos a ponernos nerviosas. No queríamos elucubrar, pero era inevitable que sintiéramos cierta inquietud. Una hora después empezaba a no tener ningún sentido seguir esperando. Estaba claro que algo le había sucedido. Quizá sólo se había olvidado de la cita o estaba en cama con gripe. Finalmente decidimos acercarnos a su apartamento, nadie tenía por que saber que estábamos en París ni relacionarnos con él de ninguna manera.

Cogimos el metro y nos fuimos para allá. Al llegar al portal un gendarme nos impidió el paso. Elin le preguntó que sucedía y él le dijo que había habido un asesinato. Ya nos esperábamos lo peor cuando de pronto escoltado por dos gendarmes, con las esposas puestas, pasó a dos metros de nosotras el mismísimo Jean Pierre, que con una leve subida de ceja, nos indicó que nos marcháramos de allí.

Como si fuéramos dos transeúntes cualquiera que se habían parado a mirar, abandonamos la zona volviendo sobre nuestros pasos. Sin entender nada de lo que había sucedido y con una tremenda inquietud por lo que aquello nos pudiera acarrear.

Lo único que se me ocurrió en aquel momento fue hablar con Marga. Ella era la única que podía ayudarnos, la única que conocía toda la verdad. Elin estuvo de acuerdo, así que nos fuimos hacia casa y en la primera cabina que encontramos, paramos a llamar.

Petra cogió el teléfono. Hacía mucho que no hablaba conmigo y quiso conversar un rato. Intenté no ser cortante con aquella tan sencilla como encantadora mujer, pero le tuve que decir que era urgente que me pasara con Marga, porque veía que se me terminaban las monedas contándole la que, por otra parte, era una falsa versión de mi vida.

Cuando al fin Marga cogió el teléfono, consciente de que no tenía demasiado tiempo para resumirle lo que había pasado, le dije que si se cortaba la volvería a llamar. Le conté lo que acabábamos de presenciar y como Jean Pierre nos había advertido que nos marcháramos. Que la policía nos había hablado de un asesinato y que su amigo parecía ser el asesino. Marga hizo una pausa demasiado larga en su respuesta y finalmente me dijo que no me preocupara, que se ocuparía primero de enviarle un abogado a su amigo y que la llamara al día siguiente, que seguramente tendría algo más de información.

Elin me cogió por la cintura y me dio un beso en la mejilla para tranquilizarme.

– Anda, vamos a casa. Te haré algo especial de comer y después te daré un masaje para que te relajes –me dijo con sonrisa pícaro.

Yo admiraba esa capacidad suya para evadirse de los problemas con una buena comida y algo

de sexo. Le devolví la sonrisa, tenía razón, no había nada mejor que eso para olvidar cualquier cosa.

Amor para olvidar

Mientras Elin preparaba su comida especial yo bajé a la floristería sin que se diera cuenta. Subí un enorme ramo de rosas rojas y las coloqué sobre nuestra cama formando un corazón. Ella siempre me dedicaba momentos románticos, era mucho más espontánea que yo. Mi obsesión por meditarlo todo, por pensarme las cosas varias veces y no dejarme llevar por los impulsos, me impedía en la mayoría de las ocasiones ser libre, mostrar mis emociones...

Entré en la cocina y me quedé mirándola. Se había recogido el pelo. Sus manos se movían delicadamente, pero con determinación, como las de los amantes. Ella se sabía observada y jugaba a provocarme. Desde luego lo conseguía.

Cogió la botella de vino y la abrió. Me sirvió una copa. Tomé asiento sin dejar de mirarla. Desde mi posición de *voyeur* la observé cortando, batiendo, amasando, realizando su alquimia de los sentidos. Era tentador levantarme y poseerla, retirar platos y pucheros y hacerla mía entre harinas y aceites, pero conservé la calma y me conformé con contemplarla.

Cuando apagó el último fuego me levanté, terminé el vino y fui hacia ella. Se quitó el delantal y me sonrió, sabía que la comida tendría que esperar. Me agaché un poco y la cargué sobre mi hombro, como si fuera un saco. Intentó zafarse pero yo era más fuerte que ella, así que la llevé hasta el dormitorio y la tumbé sobre el corazón de rosas. Abrí la pequeña navaja con la que le había quitado las espinas a las rosas y corté uno a uno los botones de su blusa. No llevaba nada debajo, la seda resbaló dejando a la vista su pecho. Saqué dos bridas de la mesilla y até sus muñecas al cabecero de la cama. Le desabroché el pantalón y tiré de él hasta sacarlo por sus tobillos. Puse la mano sobre la única prenda de ropa interior que aún llevaba, estaba muy excitada. Con un pañuelo le vendé los ojos. Acaricié sus pechos con las dos manos, su piel se erizó. Volví a poner mi mano entre sus piernas, estaba empapada, la metí por debajo de la tela y al paso de mis dedos gimí, siguiendo mis movimientos con un sutil balanceo de sus caderas. Me incliné sobre ella y la penetré sin dejar de acariciarla. Apoyé mi cuerpo y mi boca cayó sobre su pecho. Al notar mi lengua, su respiración se aceleró aún más, hasta que un profundo gemido, unido a un incontrolable espasmo recorrió su cuerpo. No dejé de tocarla y unos segundos después un orgasmo aún más violento que el primero la sacudió con furia, tanto que intentaba escabullirse de mis manos y de mis besos y entonces la liberé, destapé sus ojos y corté las bridas de sus muñecas. Sus brazos se aferraron a mí y sus piernas me atraparon, dejé que me abrazara, que me envolviera de ella, que se escurriera por mi vientre y que su boca me encontrara, ya rendida, a penas a un instante del éxtasis. Me sujetó las manos y sentí como todo aquel huracán de placer retorció mis tendones, tensaba mis músculos y tiraba de mis entrañas y en ese preciso momento en el que alcancé el orgasmo, sin saber por qué, grité su nombre y me rendí.

Después nos quedamos aún un rato abrazadas, comiéndonos a besos. Ella casi desnuda y yo casi vestida, sólo pensarle me excitaba. Aún no había terminado la batalla.

Una hora después decidimos salir de la cama. Elin encendió de nuevo los fogones y yo la ayudé a poner la mesa, y cada vez que entraba en la cocina le robaba un beso.

Comimos, deleitándonos con el aroma y el gusto, y también con la vista y el tacto. Cayó la botella de vino. Cayó el champagne y el cognac, era como si nada pudiera romper nuestra

felicidad.

Durante todo el resto del día nos dedicamos exclusivamente a nuestro amor, alejamos los fantasmas que volaban sobre nosotras con besos y caricias. Me di cuenta de que cada vez me era más fácil hacerlo, que podía vivir en una fantasía con ella sin que nada nos perturbara.

La noche llegó y no nos cansábamos. Creo que hicimos el amor en todos los sitios de la casa y al final, ya de madrugada, caímos rendidas.

Uno menos

El domingo volví a la realidad. Aún no tenía ninguna certeza de que lo que había pasado en casa de Jean Pierre tuviese ninguna relación con nosotras, al fin y al cabo sabía poco o nada de él, pero algo dentro de mí había disparado las alarmas y yo confiaba en mi intuición, que tantas veces me había ayudado a sortear el peligro.

Elin aún dormía y no quise despertarla. Cogí todas las monedas que pude encontrar y me bajé a hablar por teléfono tras dejarle una nota en la mesilla.

Ya en la calle compré un par de croissant para el desayuno y de paso cambié algo más para llamar tranquilamente, suponía que la conversación sería larga.

Andrea me cogió el teléfono, me dijo que Marga me estaba esperando, eso me inquietó un poco.

Tras preguntarme si estábamos bien, sin más rodeos entró en materia. Me dijo que Jean Pierre salió de su casa para encontrarse con nosotras y a mitad de camino se dio cuenta de que se había olvidado de revisar el buzón por si había algo más. Al entrar en el portal oyó un ruido raro y decidió subir a comprobarlo, encontró la puerta de su casa forzada. La abrió con sigilo, pero nada más hacerlo se encontró de bruces con un tipo que se abalanzó sobre él sin darle a penas tiempo a reaccionar. Forcejearon y finalmente valiéndose de sus conocimientos de artes marciales logró reducirle. Un segundo tipo, que estaba revolviendo su despacho, oyó los gritos de su compañero y sacando del bolsillo una navaja de grandes dimensiones se lanzó contra ellos. Jean Pierre utilizó de escudo al primero y este recibió por él la cuchillada mortal en el abdomen. El villano, al ver la situación salió corriendo escaleras abajo con la navaja ensangrentada, cruzándose con una vecina, que aterrorizada subió a su casa y llamó a la policía. Cuando llegaron le encontraron en el suelo, intentando taponarle la herida al intruso, pero fue inútil porque antes de que llegara la ambulancia ya estaba muerto.

– ¡Madre mía! ¿Y Jean Pierre? ¿Está bien? –pregunté angustiada ante la espeluznante historia.

– Sí, ya está en su casa. La vecina testificó y eso corroboró su versión de los hechos. Pero el otro tipo sigue en paradero desconocido –respondió.

– Tenemos que ir a verle, a darle nuestro apoyo –afirmé.

– No Raquel. Hay algo más –dijo quitándome la idea.

Le pregunté qué más había y entonces Marga me contó, que por la descripción que Jean Pierre le había dado, era muy posible que aquellos dos tipos fueran los que secuestraron a Elin, y que el hecho de encontrárselos en su casa, era señal inequívoca de que de alguna manera nos habían seguido la pista.

No pude evitar que me vinieran las imágenes del pasado. Pensé en Elin y en cómo contarle que uno de sus violadores andaba de nuevo al acecho.

Antes de colgar Marga me dijo que tuviéramos mucho cuidado, ella estaba buscando un nuevo lugar para protegernos. Le agradecí mucho todo lo que hacía por nosotras y quedé en hablar con ella en unos días.

Cuando subí a casa Elin ya se había levantado, estaba preparando el desayuno. Dejé los croissant en la mesa y fui a darle un beso.

Me conocía demasiado bien como para no darse cuenta de que algo iba mal, sin embargo no

preguntó. Sabía que yo se lo contaría en cuanto reuniese fuerzas para hacerlo.

Yo por mi parte quería enfocar aquello de manera que ella sufriera el menor daño posible, pero sin mentir ya que era vital que fuese tan consciente como yo lo era, del nuevo peligro en que nos hallábamos.

Tampoco tenía mucho sentido demorar demasiado la conversación, ella sabía que había hablado con Marga y mi silencio le confirmaba que algo sucedía. Así que cuando terminamos de desayunar me armé de valor y se lo conté.

Observé cada uno de sus gestos mientras lo hacía y cómo le fue imposible ocultar que el recuerdo de lo que sucedió la perturbara. Pero Elin era muy fuerte, a pesar de su noble cuna, la vida le había enseñado a no tener lástima de si misma y a afrontar, por dura que fuera, cualquier situación con un alto nivel de optimismo, así que cuando termine de hablar dijo:

– Bueno cariño, ¡uno menos! –

Le sonreí agradecida por ser capaz de sacarme de mi mar de angustia, señalando el único dato positivo que había en toda la historia.

La costa azul

Tal y como estaban las cosas y con el verano tan cerca, pensamos que darnos un respiro y salir de París una semana, mientras Marga nos buscaba un nuevo destino, nos ayudaría bastante. Elegimos a este efecto la Costa Azul.

Todavía no era temporada alta, así que encontramos en Niza un pequeño hotelito cerca de la playa a muy buen precio. La habitación era grande y tenía una terraza con vistas al mar. Elin estaba sacando la ropa de la maleta y yo salí para respirar un poco de aire puro. Tenía ante mí el paseo, el buen tiempo había sacado a la gente a la calle. En esas fechas en su mayoría eran jubilados y alguna pareja, quizá por eso me extrañó bastante ver a un hombre solo avanzando entre ellos, le seguí con la mirada y le vi entrar en una pensión que había a doscientos metros de nuestro hotel. A la distancia que estaba no distinguía bien sus rasgos, pero teniendo en cuenta nuestra situación, no me fiaba de nada ni de nadie.

Entre en la habitación y se lo dije a Elin, si aquel era su secuestrador, ella sin duda lo reconocería. Nos sentamos en la terraza las dos y esperamos a que el tipo saliera. Era casi la hora de comer y era probable que dejara las cosas en la pensión y fuera en busca de algún menú. No nos equivocamos, a los veinte minutos salió y se metió por una calle aladaña. Se acercó lo suficiente como para que Elin lo tuviera claro: era el mismo tipo que se había sentado con ella en la parte de atrás del coche, el último de los violadores que quedaba vivo.

La pregunta era cómo nos había localizado y cuanto le estaban pagando o como de grande era su deuda como para tomarse tanto trabajo en perseguirnos.

– ¿Que vamos a hacer? ¿Nos vamos? –pregunté un poco angustiada por la confirmación de Elin.

– ¡No! –contestó con rotundidad.

La miré, no quería entender lo que me decían sus ojos, pero lo entendí. Bajé la mirada, intentando huir de mis pensamientos, pero sabía que ella estaba decidida y yo no la iba a dejar sola.

– Raquel, estoy harta de huir –me dijo consciente de que yo ya sabía de que hablaba.

– Ese tipo es muy fuerte y peligroso y nosotras no tenemos armas, ¿cómo vamos a hacerlo? –pregunté incapaz de pensar en nada en ese momento.

– No te agobies ahora por eso, vamos a vigilarle. Esta vez seremos nosotras las que le cacemos a él y no al revés –dijo convencida de que antes o después se nos ocurriría algo.

Durante los tres siguientes días, seguimos sus pasos. Salimos cuando él entraba y entramos cuando él salía. Se notaba que empezaba a ponerse nervioso al no localizarnos. Todas las noches bajaba a un tugurio que había tres calles más arriba de su pensión, y bebía hasta emborracharse, cuando volvía al alojamiento casi no se tenía en pie. Intentaba ligar con todas las mujeres del local, pero nunca lo conseguía. Fue entonces cuando empezó a ocurrírseme el plan.

A pesar de lo que había pasado con Pablo yo no era una asesina y dudaba que pudiera repetir algo así y menos a sangre fría, pero esa debilidad que él tenía por las mujeres iba a ser su perdición.

– Elin, ya sé cómo lo vamos a hacer –le dije de pronto.

– ¿Cómo? –preguntó.

– Necesitaremos una jeringuilla, unos guantes de látex, una puta y heroína, ¿crees que podamos conseguirlo? –

Se quedó pensativa un momento y pronto respondió:

– Creo que sin problema y ahora cuéntame tu plan –

Le sonreí, porque por muy horrible que fuera lo que íbamos a hacer, yo no podía evitar embriagarme de éxito pensando que tenía un gran plan.

La jeringuilla y los guantes los compramos esa misma tarde en la farmacia y luego nos acercamos al puerto. Allí no era difícil conseguir cualquier droga y Elin, aunque no estaba orgullosa de ello, sabía manejarse muy bien en esos ambientes. Ya sólo nos faltaba contactar con una meretriz. No podía ser demasiado evidente que lo era, aunque tampoco tenía que parecer una niña de la alta sociedad. Así que llamamos a varias de las que se anunciaban en las páginas de contactos hasta que una nos pareció perfecta.

Elin estaba intrigadísima por mi plan, aunque confiaba tanto en mí que ni una sola vez me preguntó cual era. Aquella noche, durante la cena, viendo que ya estaba todo listo me decidí a hacerlo.

La prostituta, debidamente aleccionada, con la excusa de que aquel tipo era un amigo al que le queríamos gastar una broma, debía tontear con él y cuando estuviese suficientemente borracho acompañarle a la pensión. Era muy probable que ni siquiera tuviesen que acostarse. Cuando el tipo se quedase dormido, debía bajar y darnos la llave de la habitación. Entonces nosotras subiríamos y le inyectaríamos la heroína para dejarle totalmente fuera de juego, y para justificar un segundo pinchazo, el que acabaría con su vida. Lo que le íbamos a inyectar no era otra cosa que aire, pero en el torrente sanguíneo, produciéndole un colapso similar al que sufren los buceadores.

– ¡Dios! ¡Me acabas de dar mucho miedo! –dijo Elin mientras se reía al ver lo maquiavélico que era mi plan.

– ¿Lo ves factible? –pregunté.

– ¡Es perfecto! –

Decidimos que lo haríamos ese viernes.

La prostituta que era mucho más guapa de lo que él se merecía, no puso ninguna pega, entre otras cosas porque le ofrecimos el doble de su tarifa, recibiendo la segunda parte a la entrega de la llave.

El día anterior nos compramos un par de minifaldas horteras en el mercadillo, como las que llevarían las amigas de ese tipo y dos pelucas pelirrojas, que de día parecían de pelo de muñeca, pero de noche daban el pego. No era probable que nos cruzáramos con nadie, porque la pensión no tenía recepción a partir de las doce. Sin embargo, cuanto menos nos relacionasen con aquello mejor, y siempre podía vernos algún otro cliente.

El viernes llegó y nosotras sentíamos una mezcla de ansiedad, nervios y miedo, imposible de evitar. Ni siquiera Elin conseguía mantener la calma. Mi plan parecía perfecto, pero llevarlo a cabo implicaba unas connotaciones morales para las que ninguna de las dos estábamos preparadas, sin embargo nuestro propósito era firme, pura supervivencia.

Después de cenar verificamos que una noche más terminaba la jornada en el mismo tugurio. La clientela de aquel local era siempre la misma, marineros de bajo rango. Rara vez se repetían las mismas caras, salvo la del camello de turno, apostado al fondo de la barra, recibiendo clientes de la más baja calaña. Él cada noche le compraba, entraba en el baño y se metía un par de rayas y después a beber, hasta que el cuerpo ya no le aguantaba.

Aquella noche, cuando estaba a dos copas del coma etílico, entró en juego nuestra involuntaria cómplice. Él la miró y ella, al contrario de lo que hacían todas las mujeres a las que torpemente

abordaba, se acercó a él. Hinchado de éxito compró al camarero una botella de whisky, su plan era invitarla a un trago y llevársela al catre. Pero ella, aleccionada sobre el estado en el que debía terminar nuestro “amigo”, le reto a más de diez rondas de chupitos. Cuando salieron de allí, tuvo que apoyarse en ella para no caerse. No conseguía abrir el portón de la pensión así que le dejó la llave, que ella guardó en el bolso, para completar con éxito el plan. Ya en la habitación, siguió dándole de beber, mientras le desnudaba. Cuando terminó de hacerlo ya estaba inconsciente. Le zarandeó un poco para comprobar que no se despertaba y salió de la habitación con la llave a buen recaudo.

Nosotras la esperábamos en el lugar acordado. Abrí mi bolso y deposité dentro la llave. Se despidió dándonos las gracias y poniéndose a nuestra disposición para cualquier otro servicio que requiriéramos.

Antes de entrar nos pusimos los guantes. Abrí el portón y subimos a su habitación en la primera planta.

Cuando entramos en la estancia, le encontramos desnudo, tirado sobre la cama con la boca abierta. Cogí la jeringuilla y la heroína que habíamos comprado. Me quedé un segundo parada, aquello era un polvo, ¿Cómo íbamos a inyectárselo?

Elin me miró sonriente y sacó del bolso una cuchara y un líquido, que no era otra cosa que agua y zumo de limón y preparó la mezcla. Me di cuenta de lo ignorante que era en esos menesteres.

Quise ponerme manos a la obra, pero ella me frenó.

– Esto es cosa mía –dijo cogiendo la jeringuilla e inyectádosela al tipo.

Lo agradecí, me temblaba el pulso. Le preparé la segunda jeringuilla y ella la inyectó, en el mismo lugar, con tal tino que parecía un único pinchazo. Se la pusimos en la mano y salimos de allí, dejando la llave en el suelo y la puerta sin cerrar. No nos quedamos a certificar su muerte.

Bajamos por las escaleras, con sumo cuidado de no cruzarnos con nadie y cogimos el coche. Nos quitamos las pelucas y los guantes, nos cambiamos de ropa y metimos todo en una bolsa de basura. La tiramos a un contenedor al lado opuesto de la ciudad y entramos a tomar una copa en la mejor discoteca de Niza.

Elin desplegó todas sus habilidades sociales y de esta manera nos aseguramos de que tanto los camareros como algunos clientes del local, recordaran nuestra presencia allí. Habíamos estado varias veces y sabíamos que siempre empezaban la noche con la misma secuencia de canciones. Hicimos varios comentarios al respecto, de manera que todos quedaron convencidos de que llevábamos allí varias horas.

Cuando volvimos al hotel, ya era de día. La adrenalina nos mantenía despiertas, así que fuimos a desayunar a una terraza que había frente a la pensión.

A las once de la mañana una ambulancia paró a la puerta. Al rato bajaron los sanitarios y pronto llegó la policía. Nosotras contemplábamos el ir y venir de gente y cómo poco a poco se iba formando un pequeño revuelo. Preguntamos al camarero y nos dijo que la señora de la limpieza dio la voz de alarma, que encontró la puerta abierta y a un tipo que parecía muerto sobre la cama. Que por lo visto había muerto por una sobredosis y que la policía estaba esperando al juez y al forense para realizar el levantamiento del cadáver.

Pagamos el desayuno y nos fuimos tranquilamente al hotel, para darnos una ducha y descansar un poco.

El único medio que se hizo eco de la noticia fue un periódico local, con una breve columna en la sección de sucesos.

El domingo regresamos a París, con los deberes hechos.

Plantarse

Los siguientes días en París, lejos de mostrarnos eufóricas ante la liberación que suponía haber borrado del mapa a los dos sicarios de Ginés, por los que todo hay que decirlo, no sentíamos ni la más mínima compasión, simplemente disfrutamos de una merecida calma.

Sin embargo, ambas éramos conscientes de que aquello tenía fecha de caducidad. El padre de Patricia no estaba dispuesto a pasar por alto nuestra traición y más pronto que tarde volvería a buscar venganza. Ante la perspectiva de pasarnos la vida huyendo, yo no paraba de darle vueltas buscando una solución definitiva, que no supusiera la renuncia absoluta a nuestros orígenes.

Elin por su parte, ya estaba tan acostumbrada a la ausencia de los suyos, que sólo soñaba con viajar conmigo a una isla desierta. Pero sabía que mi arraigo era muy fuerte y que aunque la amaba, sentiría una enorme tristeza al sentir su ausencia. Esto de alguna manera la bloqueaba, porque su manera de amar era todo o nada y aunque su empatía conmigo era absoluta, no podía entender que en la vida hubiera más ligadura que la que se elegía libremente.

Sin embargo en aquel mismo instante, podría decirse que éramos felices y que nada era tan grave como para romper nuestra felicidad.

Yo tenía pendiente desde nuestro viaje a la Costa Azul una llamada a Marga, que sin duda estaría preocupada por nosotras y atareada buscando alguna solución que si no definitiva, nos mantuviera a salvo el suficiente tiempo. Me costaba coger el teléfono porque sabía que esta vez sí le tendría que mentir, que esta vez debía ocultar la verdad a mi mentora, a mi mecenas, a mi salvadora.

Por otra parte el siguiente jueves leía mi proyecto. Aunque cada vez veía más complicado trabajar como ingeniero, era algo que no quería dejar a medias. Decidí pues que llamaría a Marga una vez que hubiese terminado mi reto académico.

Elin fue a escucharme defender mi proyecto, rocé la perfección como alumna brillante que había sido durante toda mi carrera. La vida me había sacudido tan fuerte en el último año y medio que ni siquiera estaba nerviosa. El tribunal me felicitó y nada más publicarse mi nota, vinieron a buscarme las mejores empresas francesas, además de los jefes de departamento que dirigían las investigaciones más punteras del momento. Todos recibieron la misma respuesta: “me lo pensaré”.

La realidad es que mi pensamiento estaba muy lejos de allí, la fascinación por la ciencia y la ingeniería que antaño me embriagaban, hoy eran sólo un pequeño capítulo casi cerrado en mi mente.

Aunque bien es verdad que aquel día Elin y yo lo celebramos, como si de verdad fuera importante y ella, como casi siempre, presumió de mí con todos los que quisieron saber a que se debía tanta dicha. Y no era mentira que ella me admiraba, pero para mí ya había tantas cosas más importantes que ser una gran mente... vivir, sentir, luchar y desde luego amar.

Con la resaca decidí bajar y afrontar aquello de lo que llevaba huyendo demasiado tiempo. Me cargué de monedas y de intenciones y busqué un bar con teléfono público para que Elin no tuviera que separarse de mí más de dos metros.

Marga cogió el teléfono, creo que esa gran mujer llevaba ya demasiado tiempo esperándome y debía estar angustiada por no saber de mi paradero. Me disculpé nada más empezar la conversación. Entonces me di cuenta de que hacía tiempo que tenía la solución en mis manos y no

había caído.

Marga comenzó a contarme el rocambolesco plan que se le había ocurrido, en el cual pasaríamos por varios destinos, para terminar en un lugar cuyo nombre ni me sonaba, de esos en los que nadie conoce a nadie. La escuché y le agradecí todos los esfuerzos, pero rehusé su ayuda. Preocupada ante mi negativa insistió hasta la saciedad, convencida de que el problema era que yo no quería aceptar más su ayuda, por algún absurdo orgullo. Pero me mostré tan tenaz en mi decisión que al final se rindió y me dejó marchar de su infinita protección.

Volví a la mesa en la que Elin me esperaba tomando una cerveza, pedí una para mí y no pude evitar sonreír ante mi última ocurrencia, que desde luego no le iba a contar a nadie, ni siquiera a Elin, pero que estaba convencida de que iba a ser la solución definitiva que nos permitiría salir de ese bucle de tráfico, persecuciones y asesinatos.

– Bueno, cuéntame ¿cuál es nuestro próximo destino? –preguntó intrigada por mi comportamiento relajado y autocomplaciente.

– Volvemos a casa –le dije y no tuve que añadir más para que ella supiera que aquella idea no partía de Marga sino de mí.

El retorno

Antes de volver a casa, había muchas cosas que organizar. Entre ellas buscar un lugar donde vivir. Llamé a Marta y le pedí que me buscara un apartamento a ser posible en el mismo edificio en el que ellas vivían. Le pareció un espléndida idea. Me echaba de menos y yo a ella, así que por más que nuestra vuelta le parecía arriesgada, su corazón le impedía advertirme de nada y sólo gritaba ¡vuelve!

Aunque la mudanza parecía que iba a ser algo gravoso, no fue para tanto. Realmente no teníamos demasiadas cosas nuestras, cabían todas en el maletero del coche que gentilmente Marga nos había prestado y que nos iba a servir para volver a España.

Nuestra llegada fue celebrada por muchos aunque posteriormente no todos se congratularían tanto de nuestro regreso.

Los primeros días fueron una verdadera locura, familia y amigos nos reclamaban y de cada contacto salía una nueva cita. Aquella imparable sucesión de reuniones fraternales nos mantenía embriagadas, pero yo no olvidaba que la solución había que llevarla a cabo, que la paz estaba a la vuelta de la esquina pero no llegaría sola, había que ir a buscarla.

Con mis padres y mis hermanos nos reunimos en la casa del pueblo que por otra parte tantos recuerdos nos traía.

Le pedí a mi padre que me llevara a cazar aquella mañana e insistí en hablar con él. Elin ni siquiera propuso acompañarnos, matar animales indefensos como ella decía, no era una de sus aficiones. No es que a mí tampoco me emocionara, pero era una manera de quedarme a solas con mi padre, pues lo que tenía que contarle y que pedirle requería de una calma que de ninguna otra manera obtendríamos. De todos mis hermanos, la única que de verdad disfrutaba de la caza era yo, más por lo primitivo del momento que por otra cosa, y mi padre lo sabía. Aquel día hablé con él, mientras esperábamos a que apareciera la presa. Le conté lo que sentía por Elin, todo lo que nos había pasado y cuál era nuestra situación actual y le dije lo que necesitaba que él hiciera por mí. Él que me quería más que a su vida me dijo que sí, sin dudarle ni un instante.

Ese mismo día, mi padre habló con mi madre y ella también estuvo de acuerdo. Así que en un momento, cuando mis hermanos mantenían a Elin ocupada como el nuevo miembro confirmado de la familia, mis padres y yo fuimos al notario, para terminar de urdir mi plan, aquel que nos traería la paz, o al menos la tregua.

Elin me observaba silenciosa, era un silencio al que ya me había acostumbrado, el silencio que ella me regalaba, el de la confianza absoluta, el del amor sincero. Me hacía sentir poderosa y a la vez cargaba sobre mis espaldas todo aquel peso que yo había aceptado voluntariamente, pero que no por eso dejaba de hundirme en el barro. Pero esta vez yo tenía la solución en mis manos y no iba a desaprovecharla.

La reunión con mi familia, que por supuesto no duró sólo un día, terminó por relajarnos a las dos, aunque sólo fuera por puro agotamiento. Era imposible estar en tensión con ellos, eran envolventes. Cantamos, bailamos, comimos y bebimos. No hubo ni un momento en el que nos sintiéramos solas. Mis padres no dijeron nada a mis hermanos, no hizo falta. Ellos me conocían, de alguna manera éramos como un clan, como los mosqueteros: todos para uno y uno para todos.

Era imposible que los ocho pudiéramos dormir en la casa de abajo, así que Elin y yo nos fuimos a dormir a la de arriba. La cama era como una mesa de tortura, pero al menos estábamos solas.

Ella sabía que yo tramaba algo, la manera en la que me estaba comportando, la tranquilidad que demostraba, la escapada con mis padres. Lo veía nítido, cristalino, pero no tenía ni idea de qué era y yo de momento no se lo iba a decir.

Cuando al fin nos despedimos de los míos vi en la mirada de Elin que había entendido por qué no les quería perder, eran cercanos, amorosos, nada entre nosotros se hacía por puro postureo, todo era sincero. Aquello era tan diferente a su propia experiencia...no es que ellos no se quisiesen, pero importaba tanto que cada uno estuviera en el lugar adecuado, que se habían olvidado del significado de la palabra familia.

Al día siguiente, después de comer volvimos a Madrid. Marta y Patricia nos esperaban, casi no habíamos tenido tiempo de estar con ellas, aunque a partir de ese momento las íbamos a tener muy cerca.

Escapar de la prisión

Para continuar con mi plan, debía contarle al menos en parte a Elin en qué consistía. Así que aquella mañana mientras desayunábamos me decidí a hacerlo.

– Elin, sé que llevas días observándome y que sabes que estoy tramando algo –le dije segura de que estaba deseando escucharme.

– Sí lo sé y también que tú tienes tus tiempos y no te gusta que yo los rompa. Por eso siempre espero a que estés lista para hablarme –dijo mostrándose absolutamente sincera.

La verdad es que me llamaba la atención esa capacidad suya de ser paciente, parecía contraria a su esencia, a su carácter impulsivo y salvaje, sin embargo lo era y mucho.

– Vamos a ir a hablar con Ginés a la cárcel, quiero que lleguemos a un acuerdo con él para que todo esto termine –afirmé sin dar detalles del acuerdo que quería alcanzar.

Me miró, no tenía ni idea de que le podíamos ofrecer a cambio de nuestra seguridad. Pensó que quizá se me había ocurrido hacer de nuevo de “mula”, aunque le parecía una solución demasiado sencilla para lo retorcidos que solían ser mis planes.

– Está bien, iremos a verle, aunque pienso que va a ser complicado que podamos ofrecerle algo que no pueda obtener por otro camino –contestó intrigada por cual sería nuestra oferta.

Una de las pocas cosas que podíamos hacer por él era testificar a su favor. En algún momento se me había ocurrido. Decir que la policía nos obligó a hacerlo y que él no era consciente de la carga real que transportábamos, que pensaba que era tabaco de contrabando y no cocaína. Pero aquello no se sostenía de ninguna manera y además nos ponía en una posición complicada, en la que sería fácil que termináramos en la cárcel. Por eso lo descarté en seguida.

Como nosotras no éramos familia de Ginés, él tenía que solicitar vernos, si no lo hacía sería imposible visitarle. Pero por lo poco que le iba conociendo sabía que la prepotencia y la soberbia le perdían. Así que aprovechando que Patricia tenía con él un vis a vis el siguiente fin de semana, le pedí que le dijera que queríamos hablarle para llegar a un acuerdo. Además Patricia era su debilidad, la única que le conmovía y por la que haría cualquier cosa, era pues el correo perfecto.

Ella que sabía todo lo que él nos había hecho, se sintió en el deber de convertirse en mediadora y cuando fue a verle le pidió que lo hiciera por ella, ya que en tantas cosas la había defraudado.

Por otro lado hablé con el comisario Villegas, le hice entender la difícil situación en la que nos encontrábamos, escondiéndonos constantemente para intentar salvar la vida. Le dije que en la medida de lo posible, hablara con la dirección del centro para que autorizaran la visita una vez que él la hubiese solicitado, bajo promesa de que en ningún momento cambiaríamos ni una palabra de nuestra declaración.

Al principio se negó a vernos, pero cuando Patricia le insistió en que queríamos llegar a un acuerdo con él, en parte por la curiosidad de lo que le íbamos a ofrecer y en parte porque quería darse el gusto de decirnos que no a la cara, cedió y pidió vernos el siguiente sábado.

Durante esa semana repasé en varias ocasiones lo que pensaba decirle, incluso la contundencia con la que lo haría y mi reacción a las posibles respuestas de Ginés. Era vital que en ningún momento me viese dudar, sólo de esa manera le convencería de que mi oferta era seria.

El viernes anterior le pedí a Elin que nos quedáramos en casa. Debíamos madrugar el sábado y

quería tener la mente lúcida para no cometer ningún error. Hicimos un plan tranquilo de cena y cine, y nos acostamos pronto y sin más alcohol en el cuerpo que el vino de la cena.

A primera hora llegamos a la puerta del centro penitenciario de Alcalá-Meco. Tras pasar los controles pertinentes nos acompañaron a una sala en la que había mesas y sillas. Nos sentamos en la que nos indicaron y pronto apareció Ginés. Se sentó frente a nosotras con mirada retadora.

– Bueno, ya estoy aquí. ¿De qué queréis hablarme? –dijo en tono ligeramente burlón.

– Queremos llegar a un acuerdo y estoy segura de que te va a interesar –le dije sin dejar que me intimidara.

Entonces saqué una copia del documento que había firmado con mis padres en el notario. Era un documento de cesión en vida. En él mis padres consentían cedermé mi parte de la herencia en vida, esta consistía en varios terrenos rústicos, dos casas en el pueblo, un piso en Madrid y cinco millones de pesetas. Se lo extendí para que lo leyera. Lo hizo y me miró como el que tiene un Ferrari y le regalan un Seat.

– ¿Esta es tu oferta? –dijo mientras profería una sonora carcajada y añadió:

– Mira niña con eso yo me limpio el culo –

Yo me quedé mirándole y también sonreí.

– Tú sí –le dije en el mismo tono de burla que él utilizaba conmigo.

Cambió el semblante, al darse cuenta de que no iban por ahí los tiros.

– Te ciega tu prepotencia Ginés –le dije en un tono que hasta a mí misma me asombró.

Elin me miraba sin entender aun lo que pretendía, pero apoyándome en todo momento, imitando mis expresiones como si ella también lo tuviese clarísimo.

– Bueno y si no es para pagarme ¿para qué es? –preguntó–

– Esto es lo que le voy a pagar al asesino de tu hija –contesté.

– ¿Cómo? –dijo el sin poder ocultar su confusión.

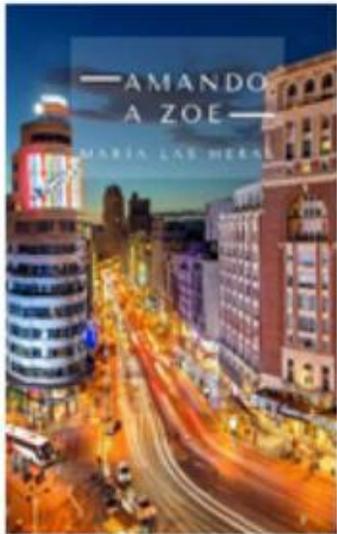
– Sí, puesto que estás decidido a matarnos, te voy a devolver la jugada. Tengo dispuesto que si a mí, a Elin o a cualquier persona de nuestro entorno le sucediera algo. Todo esto pasaría a manos de un sicario que he contratado, sólo por matar a tu hija. ¿Y sabes qué? A él no le ha parecido que fuera tan poco –le dije y sin esperar su respuesta me levanté de la mesa y pedí al funcionario que nos dejara salir.

Elin no podía evitar sonreír asombrada. Pensaba en aquella estudiante tímida que se trababa al hablar con ella y en cómo me había transformado en una mujer fuerte y poderosa.

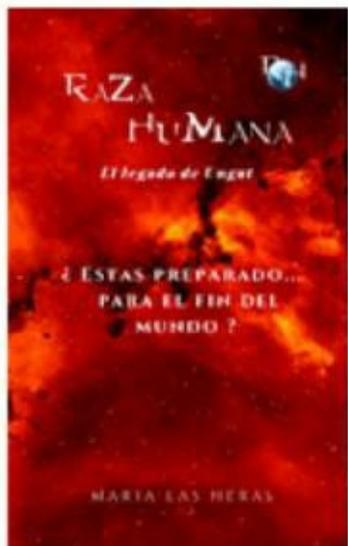
Se contuvo hasta que estuvimos fuera y una vez que salimos del centro penitenciario y llegamos al aparcamiento. Se paró frente a mí y gritó con toda su capacidad pulmonar como los vaqueros del salvaje oeste y después, cogiendo mi cara entre sus manos me besó apasionadamente.

Salimos de allí y mientras volvíamos en el coche, con la música a todo volumen, nos sentíamos como Thelma y Louise, dirigiéndonos felices a toda velocidad hacia el abismo, sólo que en esta ocasión quien iba a saltar no éramos nosotras.

Otros Títulos de la autora



Un encuentro casual, como cualquier otro llevó a Lucía; quien creía conocerse, quien creía tener definida su forma de amar, a descubrir los límites de la pasión de la mano de quien le llevaría a conocer, más allá de las fronteras del bien y el mal, mucho más allá de los límites, el verdadero amor, el que no conoce barreras ¿Qué serías capaz de hacer por amor? ¿Cuál es el límite? Una situación al borde del abismo, un plan desesperado, un final inesperado y sorprendente y un amor lleno de pasión...



Aquel inesperado y demoledor ataque sin precedentes, cambió el futuro para siempre. Ellas frente al caos y la invasión. Sin leyes ni normas, en un mundo hostil, la justicia y la libertad, cambiarán el significado que tuvieron hasta entonces. A pesar de lo extremo de las circunstancias, la pasión llevará a las protagonistas a descubrir su lado más salvaje en una supervivencia extrema...

Otros Títulos de la autora



El mundo se ha transformado, una nueva sociedad domina la Tierra. Mos, ha logrado acallar las voces de la verdad y ha borrado toda huella del pasado construyendo una historia paralela. Un siglo y medio después, las nuevas generaciones mestizas le consideran el héroe de la batalla. ¿Cuánto tiempo podrá ocultarse la verdad? El libro de Nuria y su contenido es la mayor amenaza de los invasores y su nuevo mundo, en sus páginas está la certeza de aquella mentira y está a punto de ser descubierta...



maria@mlasherass.com



www.mlasherass.com



[maialasherass_escritora](https://www.instagram.com/maialasherass_escritora)



[@mlasherasserrano](https://www.facebook.com/mlasherasserrano)



[@mlasherass](https://twitter.com/mlasherass)